



*Brent
Channing*

DARDOS SINIESTROS

DARDOS SINIESTROS

BRENT CHANNING

DARDOS SINIESTROS

1ª EDICIÓN
ABRIL 1953



**EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA**

TÍTULO ORIGINAL:
SINISTERS DARTS

Versión castellana de:
JOSÉ HERRERA

Derechos Reservados PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

CAPÍTULO PRIMER



O

El anuncio era breve, tajante. Lo descubrí en las columnas *agony* (1) del «Evening World» y lo leí un par de veces antes de decidir que podía ser interesante. Decía así:

«Se necesita socio para casa de alta costura. Preferible un hombre con licencia de arma. Dirigirse a Lana Gowns (2). Tercera Avenida. New York City».

Justamente veinticuatro palabras, veinticuatro pro-metedoras palabras. Yo no entiendo nada, la verdad, de ropas de alta ni baja costura, pero me llamó especial mente la atención el detalle de que el futuro socio tu viese que disponer de licencia de arma como condición esencial.

Debido a mi calidad de reportero de crímenes del «Evening World», es natural que sintiera deseos de investigar el asunto. Lo cual explica que aquella tarde fría de diciembre, un par de días antes de Navidad, me dirigiese inmediatamente hacia la Tercera Avenida.

Había comido en el «Chambord», entre las calles 49 y 50, un magnífico plato especialidad de la casa que remojé con una botella de Haut Medoc 1937, que me costó mis buenos dieciocho dólares. Me pareció algo caro, sí, pero aquellos días acababa de cobrar mis die-tas del caso Bacall (3).

Sentía la caricia del sol invernal mientras andaba por la estupenda calle repleta de bulliciosos *saloons* irlandeses. El caso es que durante un rato me olvidé incluso del anuncio, reflexionando sobre el por qué se escribirían los menús en francés. Pensaba que era de-bido, quizá, a que el dueño del «Chambord». Roger Chau-veron, fuese francés cien por cien. O quizá porque los menús en francés les resultan agradables a Maurice Chevalier, Georges Carpentier, Jean Gabin, al mismo Monsieur Chauveron y a mi viejo profesor de francés, aunque a mí me hiciesen muy poca gracia.

De pronto, llegué ante la tienda en cuya magnífica fachada campeaba el rótulo «Lana», con luz neón a dos colores que centelleaban a intervalos alternativos. No se trataba de una tienda de cinco centavos ni mucho menos. La Tercera Avenida no tiene lugar para comer-cios de poca monta. Con el precio de los vestidos de señora que mostraban los escaparates, me podría comprar un automóvil nuevo. Claro que aquellos precios no debían significar nada para las elegantes neoyor-quinas. Como tampoco me habrían dicho nada a mí si hubiese tenido una regular cuenta corriente en el Banco.

Una dama alta y pelirroja con mejillas de Holly-wood, labios rojos, una

curva perfecta y luciendo un modelo que pensé sería el más reciente de las creaciones Lana, me recibió con los honores que podían dispensarse al mismo presidente de los Estados Unidos.

El salón era bastante espacioso para celebrar en él una velada de Nochebuena, con tal que el anfitrión limitase el número de invitados a quinientos. Vi media docena de dependientas que podían haber salido directamente del «Folies Bergere», y creo que debían de haber docenas más semejantes a ellas. Un negocio como aquel podía permitirse el lujo de disponer de un ejército de gente joven.

Me encontraba en medio de un alud de creaciones de Dior, Hartnell, Poulanger y Le Aloué. La luz era suave e indirecta. Los pies se le hundían a uno en las alfombras hasta las rodillas. El perfume era un compuesto de dos tercios de Golden Mist y el resto, de otra procedencia indefinible. Tuve la súbita sensación de que el estar simplemente allí, iba a costarme un puñado de dinero.

También la pelirroja dama pensaba lo mismo. Me llamó *sir*, runroneó un poco y dibujó con los labios una deliciosa mueca destinada exclusivamente para mí. Era bastante alta para besar, sin tener que agacharse, a un tipo de cinco pies, diez pulgadas.

Un servidor de ustedes mide exactamente cinco pies diez pulgadas. Con mis 37 años, tengo en mi negro pelo, unas cuantas hebras grises de más para que pueda pre-sumir, pero creo que sé llevar debidamente mi abrigo cruzado Kuppenheimer sobre el traje de serge, y, de-bajo de él, una camisa White Arrow y corbata Regal Aire.

—Voy en busca de Lana — dije.

La dama me cogió del brazo y me guió por encima de un nuevo trecho de alfombras, en las que también me hundía hasta la rodilla, y por delante de una hilera de probadores con las paredes cubiertas de espejos y con alguna que otra compradora medio desnuda, hasta que llegamos ante una puerta con el panel de vidrio, en el que se leía:

LANA LE VANE

Particular

—¿Tiene noticia de su visita Miss Le Vane? — me preguntó la pelirroja, con voz crespá.

—Sí — repuse yo, sin parpadear.

—¿Su nombre, por favor?

—Brent Channing.

Creo que mi nombre no le decía nada a la muchacha.

—¿Querrá aguardar un momento? — me preguntó. — Voy a ver si Miss Le Vane está aquí.

La pelirroja golpeó la puerta con los nudillos y entró. Yo seguí tras ella y fue entonces cuando sus calvas cejas entraron realmente en acción. Su rostro empezó a encenderse y me pareció que sus dedos se disponían a dejar marcado el mío, pero creí que había llegado mi turno para cogerla del brazo.

Se lo sujeté firmemente y le hice volverse, diciéndole mientras le señalaba el cuarto tipo Waldorf-As-toria:

—Oye, niña, Miss Le Vane está ahí dentro. No perdamos el tiempo. — Le pasé la mano por el pelo que olía a Chanel número 5, y le dije: — Algunos las prefieren rubias, pero yo no cambiaría una pelirroja por nada del mundo.

Junto con estas palabras, le ofrecí una sonrisa Channing. Claro está, mi sonrisa no puede obrar efecto siempre. Y aquella vez no lo obró. La pelirroja me dejó helado con una mirada y, encima, me propinó una bofetada magnífica.

Cogí entonces el tirador de la puerta y aparté a la joven de un empujón. Cerré detrás de mí, avancé de nuevo sobre otra alfombra más mullida aún —

china y verde — y me planté ante la enorme mesa escritorio de nogal repleta de una infinidad de cachivaches, entre los que se contaban tres lámparas italianas bizantinas, un seca firmas con el asidero de cuero, tres teléfonos color crema, una caja de cigarrillos de ébano y bastantes ficheros y cubetas de alambre como para demostrar que Miss Le Vane no estaba perdiendo el tiempo. Miss Le Vane no gustaba, por lo visto, de hacerle perder el tiempo a nadie.

Estaba entonces tomando el té de la tarde de un sólido servicio de plata, un juego inglés de calidad, y untaba de manteca una tostada con el cuidado y el arte con que Rembrandt modelaba la nariz de un opulento ciudadano de Amsterdam. Por la abertura de la mesa, tuve ocasión de verle los pies. Los llevaba encajados en zapatos azules en forma de corazón. Vestía con una chaqueta de tafetán azul encima de una fantástica creación de gasa de color lila, con pliegues. La figura que se adivinaba debajo del exquisito vestido era como para quitarle el hipo al más pintado. La dama debía de tener cerca de los cuarenta y llevaba el pelo res-plandeciente, bien peinado después de humedecido, con abundante brillantina. Su color era de un cobre obscuro, y el tocado seguía la forma perfecta de la cabeza, cual una gorra ceñida a ella. Desde luego, su belleza habría convertido a la dama en una de las estrellas nocturnas de Broadway. Y hétela ahí metida hasta el cuello en el fragor de los negocios, en los que ponía toda su atlética energía. Yo no dudaba que debía de haber sido la fundadora de la firma «Lana Gowns».

Tras una breve interrupción en su tarea de untar la tostada, sus ojos pardos me miraron rápidamente de pies a cabeza y sin pestañear. Me pareció que así, con la misma rapidez, debía de tomar sus decisiones aquella mujer. Para dirigir un negocio como aquel había que obrar sin entretenerse demasiado en sopesar los pros y los contras de las cosas.

Llevaba las uñas largas, recientemente pintadas de color cereza y tan pulidas que uno podía mirarse la cara en ellas para afeitarse. No ostentaba otras alhajas que una delgada sortija con una roseta de diamantes en la mano derecha. Le observé las manos mientras ella hacía deslizar una minúscula porción de pan un-tado entre sus dientes blancos y bien alineados.

Así estuvo atacando delicadamente la tostada hasta que hubo desaparecido el último trozo. Entonces fijó sobre mí toda su atención empezando a mirarme desde las suelas de mis zapatos de piel de becerro hasta lo alto de mi pelo negro con vetas grises. Yo acepté la inspección impasible y pensé que la dama se había ganado por lo menos media sonrisa Channing. Apartó la bandeja de plata del té a un lado y pulsó un timbre. El servicio fué retirado prestamente por una mucha-chita inquieta, de nariz respingona, que probablemente era una aprendiz de la sección de reformas.

A continuación, Miss Le Vane volvió hacia mí sus bellos ojos y me dijo:

—Usted tiene, poco más o menos, treinta y seis años. Viste bien, es pasablemente guapo, posee un alto concepto de sí mismo, tal vez prefiere la buena música al jazz y no es partidario del trato ceremonioso. Desde luego, sus modales dejan mucho que desear.

Le concedí la otra mitad de la sonrisa. Creo que se la había merecido.

—Señora, usted debe de leer en la palma de la mano — le dije —. Sólo le reprocho lo que se refiere a mi edad y a mis modales. De todos modos, le aseguro que soy un tipo excelente, una vez se me ha tratado.

—¿Es que yo he de tratarle?

—Claro que sí. Imagínese. Siendo su socio...

La dama apoyó su redondeada barbilla en sus dos esbeltas manos, con los codos descansando encima de la mesa de nogal.

—Comprendo. Usted ha leído mi anuncio.

Me echó entonces una mirada acogedora y separó una mano de la barbilla

para indicarme un sillón. Era un sillón Christy Tyler, tapizado de verde, cuyos brazos se ajustaban a mi cuerpo. Yo coloqué mi sombrero Buckskin Rancher en el suelo y saqué un paquete de «Chesterfields». Ella se me adelantó empujando hacia mí la negra caja de ébano.

—Sírvase usted, Mister...

—Brent Channing.

Ella lo repitió un par de veces.

—Lo siento — dijo —. No recuerdo...

Metí la mano en la caja y cogí un cigarrillo. Iba a sacar mi encendedor cuando la dama me acercó un cestillo de fresas. La del centro era una llama. Por lo visto, me ganaba la partida en toda la línea.

—Claro, mi nombre no le dirá a usted nada, si es que no suele leer la sección de crímenes.

—No me diga que es usted un criminal.

—Un criminal no, aunque mi trabajo está estrechamente relacionado con ellos. Soy periodista.

—Ya lo veo — dijo —, pero no comprendo cómo puede afirmar que se propone ser mi socio.

—Esto es la idea, en principio, señora.

—Pero yo no pido ningún periodista en mi anuncio. Pedía un hombre con licencia de arma.

—Es por eso por lo que estoy aquí.

—¿Los periodistas tienen licencia de arma?

—No sé, pero sí sé que yo la tengo.

—¿Y pistola? Esto podría hacerle falta.

—Y revólver. Un «Colt» 45. Además, sé cómo se maneja — añadió.

—Usted es un hombre extraordinario, Mr. Brent Channing.

Moví la cabeza en asentimiento, y vi el brillo de una sonrisa en los ojos pardos de Miss Le Vane.

—¿Le gustaría llegar a un acuerdo con el uno o el otro? ¿Con Brent o con Channing? Usted dirá.

La sonrisa se le extendió entonces a toda la cara iluminándola bellamente.

—Muy bien, Brent. ¿Tiene que preguntarme algo? — añadió a continuación.

Yo eché una bocanada de humo hacia el techo y miré a la dama a través de la nubecilla.

—Sí. Para empezar, ¿cuánto tengo que pagar para pasar a ser su socio?

Ella juntó las manos de modo que las uñas, color de cereza, se tocaban en tanto que los codos continuaban apoyados sobre la mesa.

—Usted no debe pagar nada. La clase de socio que necesito es un hombre que haga funcionar el cerebro con rapidez y tensa buena puntería con la pistola. Le explicaré: me han amenazado.

—¿Qué clase de amenaza es esa?

—La de que si no entrego 50.000 dólares, mi negocio puede sufrir un revés.

—¿Y de dónde viene la amenaza?

—No sé. Me la hicieron por teléfono. Un hombre.

—¿Cuándo?

—La primera vez, hace una semana. Dos días después la repitieron. Y esta mañana me lo han recordado nuevamente.

—Debe de ser un tipo paciente.

—Al contrario, me ha dado un día más para hacer entrega de ese dinero.

Sacudí la ceniza del cigarrillo mientras meditaba unos instantes.

—Supongo que no se propone usted ceder.

—Supone usted bien.

—¿Sospecha quién puede ser ese fulano?

—No tenso ni la menor idea. Puede usted imaginar-se que quedé sorprendida y no poco trastornada.

—¿Asustada?

—No, asustada, no. A mí no me asustan fácilmente. Lo que pasa es que me desagrada la gente que amenaza. Particularmente cuando no tiene el valor suficiente para hacerlo dando la cara.

—Tal vez eso quede así: en una amenaza.

—He pensado en eso, pero después de la segunda y tercera vez me ha dado que pensar un poco. He tenido idea de que es posible que la lleven a cabo. Y es ahí donde entra usted, Mr. Chan... Brent.

—¿Soy el nuevo socio?

—Usted es el tipo capaz de meterle miedo fácilmente a un chantajista. Le pagaré bien.

Cogí otro cigarrillo de la caja de ébano. Y esa vez encendí yo mismo el encendedor fresa. Desde luego, aquella era la clase de mujer que le hace a uno actuar de prisa.

—¿Y si le dijera que no tiene que pagarme nada? — le dije —. ¿Y si aceptara solamente el encarguito por el material que me pudiera proporcionar para mi día-río?

—Tómeselo como quiera, Brent — repuso la dama, con una ligerísima inflexión de ansiedad en su voz —. ¿Acepta el puesto?

Eché una hilera de círculos de humo al aire, y con-testé:

—Señora mía, harían falta diez mil sujetos amenazando a diestro y siniestro para hacerme desistir. Lo único que necesito es dirigir la casa y contar con su permiso para tomar todas las medidas que considere necesarias.

—Mi permiso lo tiene ya — contestó Miss Le Vane, con una sensación de alivio evidente.

Me levanté y ella dió la vuelta al escritorio gigante. Observé que andaba como si hubiese tomado cursos de caminar durante muchos años, tal era su ritmo de grácil. Aquello no era andar. Parecía flotar en el aire o deslizarse como una suave corriente. Me alargó la mano y yo se la retuve en la mía treinta segundos más de lo que los libros de etiqueta señalan. Visto de cerca, su cabello color de cobre parecía más suave, más brillantinado, y los ojos más profundos y claros. El perfume que usaba era un Corday Tzigane venido directamente de París.

—He tenido mucho gusto en conocerla... mi socia — le dije, devolviéndole la mano y girando sobre mis talones para pisar otra vez la mullida alfombra en dirección a la puerta.

Había dado apenas tres pasos cuando ésta se abrió para dar entrada a un tipo menudo, de unos sesenta años. Quitóse el sombrero flexible y dejó al descubierto una magnífica calva adornada con un mechón de pelo fofo detrás de cada oreja. Tenía todo el aspecto de un gallito en un gallinero, pulcro, acicalado, viva-racho. Por lo visto, no tuvo tiempo para cerrar la puerta tras de sí. Se plantó encima de la alfombra china, verde, de un tirón y abrió la boca aspirando cerca de la mesa escritorio.

—¡Lana! — exclamó entre jadeos, demostrando sin lugar a dudas que alguien le había metido el miedo en el cuerpo —. Acaban de llamar por teléfono diciendo que mañana estaré muerto si no se entrega el dinero.

Y levantando las manos entrelazadas, se dejó caer en el sillón que yo

acababa de dejar libre y se puso a llo-riquear.

En el instante en que se abrió la puerta y entró en el despacho el minúsculo personaje, comprendí que ha-bía hecho una buena obra al contestar al anuncio y husmear en el caso de Lana Le Vane.

CAPÍTULO II

Lana Le Vane se arropó arreglándose la chaqueta de tafetán sobre sus delgados hombros como si alguien hubiese abierto las ventanas dejando entrar un soplo de aire glacial. Tocó el timbre y acudió en seguida la tierna y pequeña doncella.

—Un poco más de té — dijo la dueña — para Mister Burkell.

Aquella gatita podía no ser de gran utilidad en la sección de reformas de la casa, pero para hacer té era una verdadera artista. Mientras Mr. Brent Channing fué presentado a Mr. Oswald Burkell, y a Mr. Oswald Burkell se le hubo explicado que Mr. Brent Channing estaba allí para llevar a cabo algunas investigaciones sobre las amenazas telefónicas, la chica estaba otra vez allí con el servicio. Dejó la bandeja de plata sobre la mesa transatlántico y salió del despacho silenciosa-mente sin echar a ninguno de los presentes ni siquiera media mirada.

Lana sirvió el té y le tendió una taza al viejo Mister Burkell. La dama no se había dado cuenta, pero lo que el hombrecillo necesitaba en aquellos instantes, en lu-gar de té, era un buen trago de *whisky*. Mr. Burkell cogió la taza que repiqueteó en el platillo como si fuese a terminar sobre la verde alfombra. Cuando hubo ad-quirido un poco de control sobre sus nervios acercóse al líquido a los labios para echar un sorbo. A la tercera vez de sorber logró dar un suspiro y luego se acomodó en su asiento.

Lana creyó que eran necesarias algunas explicacio-nes. Acercó uno de la media docena de recios sillones que había en la sala y sentóse a mi lado.

—Mister Burkell es un amigo muy antiguo. Y tiene sobre sí bastante responsabilidad en conexión con la firma «Lana Gowns». Quiero decir que tiene un puña-do de billetes invertido en el negocio. ¿Sabe usted?

—Ya veo — le dije, aun cuando me estaba pregun-tando, si en realidad no veía absolutamente nada más que lo que ella me dejaba ver.

—Me interesaría saber si Mr. Burkell tiene alguna idea sobre quién puede ser el autor de la amenaza de asesinato — pregunté.

El hombrecillo se estremeció otra vez y apuró el resto del té de un solo golpe. Cuando Lana le hizo una señal con los ojos invitándole a tomar otra taza, mo-vió la cabeza negativamente.

—Me temo que no podré decirle nada interesante — contestó, con una vocecita afectada —. Miss Le Vane le habrá explicado ya las amenazas que a ella le hicie-ron. Aunque sea pura suposición, imagino que se trata del mismo individuo que me ha amenazado a mí ahora hace poco.

—Suposición acertada — asentí yo —. ¿Me podría describir la voz del individuo?

Mister Burkell jugueteó con los flecos de detrás de las orejas.

—No creo que tenga ningún rasgo particular. Era una voz honda y pronunciaba cada palabra con mucho cuidado.

—¿Americano?

—Sí, americano. Lamento que no le pueda ser a usted de mucha más utilidad en este punto.

—¿Y usted, Lana? ¿Qué clase de voz era la de su comunicante? — pregunté, dirigiéndome a la dama.

Burkell me echó una rápida mirada por debajo de sus hirsutas cejas al notar que llamaba a la dueña por el nombre de pila.

—Temo que también me encuentre en la misma si-tuación de Oswald. No recuerdo ningún detalle parti-cular. Sí, era una voz honda, me acuerdo, pero me pa-reció que la segunda vez no era la misma. Parecía un poco más aguda. Algo más áspera.

—¿Y por qué habrá alguien interesado en amena-zarles a ustedes? — pregunté, cogiendo otro «Chester-field» y aplicándole la llama del encendedor.

Lana se encogió de hombros y volvió a su sitio un mechón de pelo cobrizo que se le había deslizado. An-tes de convertirse en Lana Gowns, habría podido ser muy bien una modelo de casa de modas o de estudio de fotógrafo. Burkell avanzó el cuerpo hasta el borde del sillón y movió la cabeza lentamente.

—Daría cualquier cosa para saberlo — dijo, con voz suave.

—¿Algún enemigo, Mr. Burkell?

—Que yo sepa no tengo ninguno.

—¿Lana?

—Yo no creo que me cree enemigos demasiado fá-cilmente.

La recorrí con una mirada, desde sus zapatos de forma de corazón hasta lo más alto de la cabeza.

—Desde luego — dije — coincido en su misma apre-ciación. — Y volviéndome hacia el viejo Burkell, añadí: — Cuando no se dedica a poner o sacar dinero de la firma «Lana Gowns» o a cualquier otra actividad rela-cionada con la casa, ¿cómo pasa usted el tiempo?

El hombre me echó una mirada significativa y un tanto embarazosa.

—Mister Channing — replicó —. Soy presidente del «Burkell Manufacturing Group». De ahí que me entra-se interés en invertir dinero en una industria de alta costura.

Contemplé la magnífica línea del pecho de Lana, sus piernas cubiertas de fino nylon, y contesté:

—Sí, comprendo.

Uno de los tres teléfonos de color crema se puso a chillar. Lana avanzó grácil sobre la alfombra china y cogió el aparato.

—Es para ti, Oswald — le dijo, pasándoselo a él.

Mister Burkell empezó a levantarse del sillón Christy Tyler, pero yo me adelanté y cogí el aparato.

—¿Mr. Burkell? — preguntó una voz honda y bien cultivada.

—Al habla — contesté, sacudiendo la ceniza de mi cigarrillo en un cenicero de cristal tallado.

—Mister Burkell, no quisiera molestarle. Usted es un hombre muy ocupado y siente deseos de continuar viviendo, ¿no es así?

—Sí — repliqué —. Deseo continuar viviendo.

—Siendo así, convendría que recomendara a Lana Le Vane que me dé aquellos cincuenta mil pavos esta misma noche. Para ustedes esto no representa mucho. Le espero en la mesa de uno de los ángulos en el «Criterion», a las diez y media. ¿Estará usted allí?

Eché un poco de humo en el interior del micrófono.

—Descuide, no faltaré por nada del mundo — dije dejando el aparato en su soporte.

Lana Le Vane sonrió amargamente.

—Ahora ve usted — me dijo — por qué necesitaba un socio con licencia de arma... y con arma.

CAPÍTULO III

El lugar era coquetón y apacible. La consumición más barata empezaba alrededor del dólar y medio, y el cubierto a cinco por cabeza. La pista de baile tenía las dimensiones de un sello de correos, con una orquesta y bailarinas de brido deslumbrador. Llegué alrededor de las diez. Cuando hube cenado pedí una bebida rosada en un vaso de champaña porque me dió por beber así.

Saqué el paquete de «Chesterfield» y me puse a fumar en la mesa de un rincón. Estuve contento de que el local no hubiese comenzado todavía a llenarse, aun cuando para mí había más que suficiente concurrencia. No me gustan los apretones. Contemplé los magníficos escotes de los vestidos de noche de las damas, la orquesta y los camareros hasta que me sentí invadido por el aburrimiento. Al final miraba sin mirar a ninguna parte en particular.

Así estaba cuando el individuo entró, y se detuvo para hablar con un camarero que le guió hacia mi rincón. Preguntóme, amablemente el mozo, si existía algún inconveniente en que el caballero se sentara a mi mesa. Contesté diciendo que no.

El sujeto era alto, con un cabello gris ondulado dividido por una raya perfecta, tenía las mejillas muy hundidas y ojos centelleantes. Debía de estar alrededor de los cuarenta y cinco y se adivinaba que en su juventud hubo de ser bien parecido. Ahora, en su madurez, lo era, y no sé por qué me parecía ver en él cierto aire de actor dramático. Me fijé en esto cuando dejó ver sus blancas y manicuradas manos para echar la silla hacia atrás. Y volví a notarlo cuando se sentó con una fili-grana como si supiese que le estaban observando las damas. Y le observaban en realidad.

Cogió la cartulina del menú, puso en ella la atención de un experto y pidió los platos también como un verdadero experto. Por lo visto estaba acostumbrado a comer en restaurantes de gran lujo. O por lo menos, su aire teatral hacía creerlo así. Tenía un diente de oro en el centro de la dentadura y una boquilla de concha de un pie de longitud. Dejó la boquilla encima de la mesa y echó una prolongada mirada a su alrededor.

Entonces hizo como que me veía por primera vez y me ofreció una ligerísima sonrisa. Yo correspondí con una grave inclinación de cabeza. El camarero estaba de regreso, sirviéndole. El reloj con saetas de oro y esfera iluminada del centro de la sala, señalaba las diez y media.

El forastero se concentró en la comida y no volvió a levantar la vista hasta que hubo terminado. Entonces echó una mirada a los restos de mi licor rosado.

—¿Me permite que le invite a tomar algo? — preguntó con acento más teatral que nunca.

Observé que era la clase de tipo que sabe utilizar el tono de voz adecuado para cada caso: ora el áspero del traidor, ora el suave del héroe. A mí me parecía que cosecharía más aplausos en el papel de traidor.

Pero los comparas de teatro no suelen ganar la pasta suficiente para permitirse el lujo de cenar en el «Criterion». De ahí las amenazas a Lana Le

Vane. ¿O tal vez Channing se adelantaba demasiado al juzgar?

—Agradecido — replique —. «Scotch».

Nos fué servido el *whisky* a los dos, y él me ofreció un cigarrillo. Luego situó su larga boquilla en un ángulo de la boca y se recostó en la silla con el resoplido de satisfacción del hombre que ha comido bien.

—Estoy aguardando a Mr. Oswald Burkell — decla-ró, echándome una dura mirada —. ¿No sería usted Mister Burkell por casualidad?

Yo sonreí débilmente al recordar aquellos flecos de-trás de las orejas y el aspecto de pavo decrépito del personaje asociado con Lana.

—No — repliqué —. No soy Mr. Burkell. Él no podía acudir a la cita. Me rogó que viniese yo en su lugar.

El forastero acercó la silla a la mesa y puso los codos sobre el mantel.

—Estoy encantado de conocerle, señor — anunció —. Soy Alvar Liquet.

No me ofreció la mano. Se lo agradecí. Y también me sentí agradecido de que tampoco conociese a Mister Burkell. Esto me concedía una gran ventaja sobre él.

—Brent Channing, para servirle — contesté.

Estuve pensando cómo se imaginaría el individuo que yo podría serle de alguna utilidad.

Me dio otro cigarrillo y él enroscó uno en su boquilla.

—¿Ha traído usted el dinero, Mr. Channing?

Hice como que no había oído y le dije:

—Antes de hacer entrega de la pasta, Mr. Liquet, creo encontrará lógico que queramos asegurarnos de que no se han de repetir las demandas.

El hombre inclinó su canosa cabeza, al tiempo que se alisaba algunos de los huecos de su rostro.

—Es una pretensión razonable, desde luego.

Yo me lo estaba imaginando en el mismo centro del escenario, inundado su cuerpo por la luz de las candi-lejas, extendidas las manos ante un público fascinado. Tras una breve pausa, continuó:

—Cuando le diga que este fin de semana volaré ha-cia Europa para situarme en el Sur de Francia, creo que se mostrará de acuerdo conmigo en que no se pro-ducirán nuevas demandas.

—¿Y cuando la pasta se haya terminado?

—¿Cincuenta mil dólares. Mr. Channing? Si uno sa-be dosificarlos, no se le pueden terminar nunca.

Estuve observando a los músicos que dejaban los instrumentos para ir a beber. Pensé que buena falta debía de hacerles.

—¿Es que usted es la clase de tipo que sabe dosi-ficar previsoramente algo. Mr. Liquet?

Mi interlocutor extendió las manos. Era un movi-miento de Acto Segundo. Escena Primera.

—Debe usted creerme. Soy previsor. A partir de esta noche, nunca más oirá hablar de mí.

—¿Y si el dinero ese no le fuese entregado, Mister Liquet? ¿Serían llevadas a efecto las amenazas hechas a Miss Lana Le Vane y a Mr. Oswald Burkell?

Mister Liquet sacudió elegantemente la boquilla en un cenicero y frunció el ceño.

—Es desagradable hablar en estos términos, Mister Channing. Mi deseo era evitar toda referencia a los métodos violentos, pero desde luego, si no entregan el dinero me temo que les puede ocurrir algo lamentable a los dos.

—¿Lamentable? ¿Para usted?

—No, Mr. Channing, para ellos — Mr. Liquet estuvo meditando por espacio de un minuto. Yo aguardaba. Por mi parte, no tenía ninguna prisa. De pronto, el hombre pasó rápidamente al Tercer Acto —. Yo nací en Texas — dijo —, y eso hizo de mí un trotamundos ya desde que vestía de corto. Teníamos una vía férrea delante mismo de la casa y mi padre trabajaba en el muelle. En cuanto salí de la escuela se propuso hacerme doblar el lomo para trabajar con él. El trabajo de carga y des-carga de vagones le endurece a uno. A mí me endureció de tal modo que acabé las ganas de trabajar. Me fui a Tennessee, donde tuve que colocarme de jardinero en una aldea de los Smokies. Pero, claro está, eso de jardinero no hacía tampoco para mí.

—No — le dije, mirándole por encima de mi vaso de Scotch —, no tiene el aspecto de serlo. No tiene los dedos verdes.

Mister Liquet hizo caso omiso de mi observación y continuó explicando:

—Salí de allí, aterricé en Nueva Orleans y trabajé de taxista en la fabulosa Storyville. Ahorré dinero y aprendí a gastarlo adecuadamente. Tenía facilidad para hablar y ambicionaba hacerme un nombre por mí mismo. Uno de esos nombres que brillan intermitentes en la noche con luces eléctricas. Pero uno necesita algo más que valor y habilidad cuando se propone conquistar fama. Hace falta tener suerte. Y esto es lo que nunca se ha cruzado en mi camino. Por eso llegué a la conclusión de que mi Destino estaba ligado a obtener el dinero por medios más expeditivos.

—O sea, que se volvió usted valiente — dije, tamborileando con el índice en el vaso.

—Sí — contestó él, suspirando con un brillo en los ojos que nunca supo producir su nombre —. Eché por el camino de en medio porque quería hacer dinero de prisa. No he tenido manera de hacerlo lentamente, a través de los años.

—Y ahora se propone alcanzarlo por medio de amenazas contra una tienda de alta costura.

Mister Liquet sonrió mostrando fugazmente dos hileras de blancos dientes.

—Hace muchísimo tiempo que me convencí de que nadie era más capaz de cuidar de Alvar Liquet que el mismo Alvar Liquet. Así, pues, Mr. Channing, ya ve. Sería muchísimo mejor para todos si ese asunto se pudiese arreglar pacífica y amigablemente ahora mismo. Sería una verdadera lástima que Miss Lana Le Vane no pudiese continuar el negocio o que Mr. Burkell sufriera un accidente. ¿Comprendido?

Encendí otro cigarrillo sin invitarle a él. Una espiral de humo se levantaba hacia el techo.

—¿Ha visto usted alguna vez a Miss La Vane? — se pregunté.

—Nunca. No hace ninguna falta. Puedo ajustar esa operación con ella o con Mr. Burkell sin necesidad de conocernos mutuamente.

—¿Y por qué los ha escogido a ellos precisamente? — continué preguntando.

Mister Liquet extendió las manos otra vez y terminó su Scotch. Luego, dijo:

—Cuando llegué a Nueva York me hice el propósito de recoger rápidamente un buen paquete y salir para Europa. Para realizar esa ambición tenía que encontrar un negocio próspero. No es difícil para un hombre que tiene vista y está al tanto encontrar un negocio próspero. He ahí el de Lana Gowns. Ese fue mi objetivo. Resolví que ese es el que debía pagarme los cincuenta *grands* (4). Y me los pagará.

Yo continuaba jugando con mi vaso entre los dedos. Le creí de plano como creo en las naranjas de la China.

—Bueno, supongo que si no le pagan, estará usted dispuesto a arriesgar la cabeza, asesinando a Mr. Bur-kell, por no decir a Miss Le Vane también.

El hombre se estremeció como si le hubiese metido un trozo de hielo por el cogote.

—Supongo que sería más sencillo para todos sol-tar la pasta — dijo mientras sus ojos fulguraban con-tinuamente como una alcándora, abarcando toda la escena en cada disparo.

Solté un globo de sonda:

—¿No habrá recogido usted esas ideas trabajando en papeles secundarios de teatro, Mr. Liquet?

Sus ojos dejaron de fulgurar por un momento y me miraron con dureza. Su diente de oro parecía una cha-lana en medio de un mar de blanca espuma.

—¿Y qué le mueve a usted a indagar eso? — me es-petó.

Estudí la punta de mi cigarrillo por espacio de un buen medio minuto. Cuando levanté los ojos me lo encontré mirándome con tal fijeza que parecía que sus pupilas se habían contraído hasta convertirse en ne-gras puntas de alfiler.

—No siempre le es fácil a uno esconder su proce-dencia — expliqué —. Se ve a la legua que usted ha tra-bajado en el teatro, amigo. Además, se le ha escapado a usted aquello de su facilidad para el habla y su am-bición de ver su nombre en luces eléctricas.

Mister Liquet colocó otro cigarrillo en la boquilla y le prendió fuego.

—Perfectamente, pues. Quedamos en que no sé cu-brir las apariencias demasiado bien. He trabajado con una compañía de comedias hasta que llegué a Nueva York. Quizá ahora comprenda usted mejor por qué ne-cesito tanto el dinero. Las compañías de teatro de se-gunda categoría no son un buen sitio para que uno ha-ga una fortuna.

—¿Por dónde anduvo?

Creí que no me iba a contestar a la indiscreta pre-gunta. Sus ojos dejaron de fulgurar mientras los fijaba en la punta del cigarrillo. Al fin, habló:

—En Gulch City. Una pequeña población de mala muerte en la costa del Atlántico. Seis años estuve tra-bajando allí. Seis años terriblemente grises, monóto-nos, durante los cuales creí perder toda esperanza de triunfar. Pero, vamos a ver. No he venido aquí para hacerle un relato de mi árbol genealógico. He venido a recoger dinero.

La orquesta terminó su descanso y atacó de nuevo unos *blues*. Mr. Liquet seguía el ritmo de la música tamborileando con la mano derecha sobre el mantel. Entraron unas cuantas damas más, acompañadas de sus encopetadas parejas. Mi atención se sintió atraída por una mujer que se movía en el extremo opuesto de la sala. La veía vagamente, un poco de soslayo. Era fácil distinguirla, puesto que era la única que no iba con el escotado vestido de noche. Llevaba una chaqueta gris holgada. De momento, dió unos pasos hacia nuestra me-sa como si fuese a hablarnos, pero se paró y giró rápi-damente hacia la izquierda, encaminándose a la salita de descanso.

—Si — dije —. Usted ha venido a recoger el dine-ro, Mr. Liquet, pero me temo que tendrá que marcharse sin él. No soltamos una gorda. Ni hoy ni nunca.

Mister Alvar Liquet dejó de prestar atención a la orquesta y a los clientes que iban entrando. No se fijó en la mujer de chaqueta gris que había despertado mi interés. Sus ojos dejaron de centellear y la piel de sus mejillas fué poniéndose tensa. No me contestó, cuando le dije que no le pagaríamos.

La repentina falta de interés de Mr. Liquet en lo que sucedía a su alrededor, era debida a una flecha de tres pulgadas de longitud que tenía clavada en la parte trasera del cuello.

El difunto Mr. Alvar Liquet permaneció sentado, totalmente inmóvil durante cuarenta y cinco segundos. Luego la mano que había estado siguiendo el ritmo de los *blues* empezó a arrugar el mantel y el hombre cayó con los brazos abiertos encima de la mesa con un ruido que provocó un coro de chillidos de los parroquianos de las mesas vecinas. La carrera de Mr. Alvar Liquet, de Texas, había terminado allí.

CAPÍTULO IV

Tardé dos horas largas en poder salir del «Criterion». En seguida bloquearon todas las salidas y llamaron a la Brigada Criminal. Los policías acudieron como una riada de lava. Con ellos acudió el detective teniente Spud Murphy con su considerable calva y su expresión permanentemente aliquebrada. Claro está que no hay para menos para que el hombre ande siempre con aquel aire abatido. ¿Quién puede ser feliz con una mujer que pesa 115 kilos y sus once hijos?

Nos hicieron alinear y anotaron nuestro nombre y declaraciones hasta que los cuadernos de notas y de los policías amenazaron con agitarse. Murphy me echó una dura mirada.

—¡Maldita la gracia que me hace — exclamó con su acento sacado directamente de County Cork — com-probar que no ocurre un solo asesinato en esta ciudad sin que metas las narices en él!

—No sé una palabra — dije yo, mirándole con ojos inocentes.

—Será la primera vez que no lo sabes, pues — re-funfuñó el policía —. El muerto sentado a tu mesa y no sabes una palabra. Será mejor que hables claro, Channing; déjate de rodeos o te metemos en la sombra.

—No hay razón alguna para meterme en la sombra — protesté yo con energía.

—¿Que no hay razón dices? El negarse a facilitar información a la justicia es razón de sobra. ¿Cuál es el nombre del fulano?

—Oye, Spud: te he dicho todo lo que sabía. Me lo han plantado en mi mesa, se ha sentado, ha cenado, hemos tomado un «Scotch» juntos, luego hemos fuma-do unos cigarrillos y me ha dicho que se llamaba Alvar Liquet.

Murphy frunció el ceño.

—Solamente eso, ¿eh? Encarga la cena, se la come, engulle su «Scotch y, de pronto, se levanta sobre los talones y recita su nombre: «Me llamo Alvar Liquet». Channing, ya te lo he advertido: te estás exponiendo peligrosamente a pasar una noche en el calabozo...

—No se ha levantado sobre sus talones — dije yo —. Sentado como estaba y apoyado de codos a la mesa me ha dicho, simplemente, su nombre. Así, como amigos. Ya sabes cómo suceden esas cosas.

—¡Y qué diablos voy a saber! — vociferó Murphy. — ¿Por qué te lo ha dicho?

—Murphy — le dije entonces, muy serio —, soy periodista. Me ha parecido que el hombre tenía cara de actor de teatro. Yo conozco a mucha gente de las tablas, pero a él no le tenía visto. Deberías saber que a mí me pagan por hacer preguntas a la gente y descubrir cosas...

—Bueno, ¿y qué has descubierto?

Encendí otro «Chesterfield» y le eché una suave bo-canada de humo en la cara. Mi interlocutor resopló para defenderse del ataque.

—Pues que su nombre era Alvar Liqueet, que ya no quería pisar más las tablas y que había proyectado un viaje a Europa.

—¿Dónde estuvo haciendo comedia?

Yo eché un poco más de humo antes de contestar:

—No me lo ha dicho.

Murphy masticó una maldición y cedió. Con mi ami-go nos ayudamos alguna vez, pero en aquella ocasión no estaba yo dispuesto a soltar prenda para su provecho. A veces le doy alguna información, y él hace lo mismo conmigo... de vez en cuando. Murphy me ayuda para escribir buenos reportajes, y la que yo le proporciono le hace ganar medallas y felicitaciones de sus jefes. Pero aquella vez no iba a pasarle lo poco que sabía. Por lo menos de momento.

Regresé a mi aposento de la Séptima Avenida, situada entre un brillante *saloon* cromado, deslumbrador, y una fachendosa casa de bolos. Perkins, el atildado y menudo Cockney (5) que recogí en Inglaterra, me sirvió un «Scotch». Noté que buena falta me hacía. Me metí en la cama y dormí hasta las ocho. Desayuné con tres lonjas de magra, cada una de ellas acompañada de un huevo. Luego busqué la dirección de Burkell y me dirigí con el coche hacia Riverside Drive.

Aquello no era una casa: era un palacio en miniatu-ra, con un par de leoncitos de bronce macizo sentados en lo alto de sendos pilares de ladrillo de doce pies de altura que sostenían la verja de hierro forjado. Como la encontré abierta, hice entrar por ella mi «De Soto» hasta delante mismo del porche con columnas, espacioso como una plaza de pueblo.

Apreté el botón de un timbre grande como un platillo, y me abrió un criado de camisa almidonada. Era un individuo de una estatura considerable. Por lo visto, a Mr. Burkell le encamaban las personas altas.

—Mr. Channing que viene a visitar a Mr. Burkell — le dije —. Me está aguardando. No me haga perder tiempo.

—Le anunciaré — repuso el arrogante criado, enarcando las cejas al ver que yo entraba sin más formalismos.

—Me anunciaré yo mismo: no se moleste — le dije mientras me dirigía hacia el recibidor.

El de la camisa almidonada no estaba dispuesto a dejarse ganar la delantera. En unas cuantas zancadas se me colocó delante y abrió la puerta del comedor.

—¡Mr. Channing! — vociferó.

Mr. Burkell levantó los ojos que tenía puestos en su huevo hervido y respondió también gritando:

—Retírate.

El criado se retiró. Yo supuse que la orden del viejo Burkell iba dirigida al criado. Por eso me quedé donde estaba. Aunque por el caso que hizo de mí era como si no me hubiese quedado. Y el mismo caso me hacía la señora Burkell. La dama había terminado su huevo de desayuno y estaba entonces sentada en la mesa frente a su marido, simplemente mirándole con ojos que no tenían ni el más leve parpadeo. En aquellos ojos brillaba la adoración. Me chocó porque creía que la señora era ya bastante vieja para estar de vuelta de ciertas cosas.

En la rica mansión, los preparativos de Navidad se echaban de ver por todas partes. El marco de la puerta tenía su rama de muérdago que adornaba también la gran lámpara del centro del comedor. Los espejos aparecían también

enmarcados con el simbólico ramo navideño. Toda la pieza estaba adornada con oropeles de brillo deslumbrador. Pensó que a Mrs. Burkell debía de haberle costado su buen centenar de dólares aquella decoración, además de unas cuantas horas de trabajo delirante. Pero seguramente se sentiría satisfecha al ver que la sala había quedado muy acogedora, coque-tona y genuinamente navideña.

Los Burkell me habían despedido, si es que me ha-bían visto siquiera.

—¿No te parece que ha quedado delicioso todo esto? — le preguntó la señora a su marido.

Él apartó de sí la cáscara de huevo que se acababa de comer y se sirvió una taza de café humeante que engulló en seguida como si hubiese tenido un tubo de hierro por garganta.

—No — contestó —. Me parece horrible; me fasti-dian los oropeles. Esto es pagano.

Mrs. Burkell se le acercó y dulcemente le puso en su sitio tres mechoncos de pelo que se le habían re-velado; la mujer se esforzaba inútilmente por cubrirle la calvicie. Con la punta de un dedo humedecido le apretó los mechoncos detrás de las orejas. Él sacudió la cabeza airadamente, echándole a rodar a la dama todo el trabajo que acababa de realizar. Ella suspiró. Durante la mayor parte de sus treinta años de vida matrimonial (no podían ser menos que treinta) debía de haberse esforzado por esconderle la calva a su ma-ridito. A medida que transcurría el tiempo, su labor se había hecho cada vez más difícil. Ahora era ya im-posible.

—No te enfades, queridito — le suplicó como saben hacerlo las señoras casadas.

Mr. Burkell quería mostrarse enfadado porque se sentía enfadado de verdad. Yo sabía por qué. Es posi-ble que Mrs. Burkell no lo supiera. La vida del hombre de negocios había sido amenazada; su fortuna lo había sido también, y Miss Lana Le Vane igualmente. Acaso Mrs. Burkell no supiera nada en absoluto sobre Miss Le Vane. Y ahora le decía palabras azucaradas que a él debían de hacerle la misma gracia que la ornamenta-ción navideña de la sala.

—¡Basta! — exclamó con porfía —. ¡No me llames más queridito!

Pero la mujer sabía que no iba a obedecer. Era su costumbre. Aquel calificativo fué la primera palabra que le dijo cuando se vieron por primera vez. Él en-tonces debía de ser un empleado muy joven y las pa-labras dulces le sentarían mejor que ahora. Al menos no le parecerían tan escandalosas.

—Queridito — le dijo en el mismo tono suplican-te —. No te olvides que es Navidad. Y por Navidad to-dos los pensamientos están presididos por la buena voluntad. Sé amable conmigo.

Él lanzó un gruñido y tiró la punta del cigarrillo que no le había visto encender. Por lo visto estaba re-sistiendo a la tentación de metérsele a ella en la boca.

La señora le dió unos golpeitos cariñosos en la mejilla

—Cariñito, mientras tú estás trabajando terrible-mente en la oficina haciendo magníficos negocios y atra-yendo deslumbradoras parroquianas con tu genio, tu mujercita ha de estar aquí sola, sin nada que hacer. Serías un marido bastante amable si le dices a tu pobre esposa un centenar de dólares para que pueda comprar algunas cosillas bonitas...

—¡No! — exclamó Mr. Burkell —. ¡De ninguna ma-nera! — Y sacando un reloj de oro añadió: — Llegaré tarde; he de marchar volando.

—¿Y los cien dólares, cariñito?

—Te daré diez — dijo Mr. Burkell, que no era en la intimidad el hombre

atento que yo había conocido en la oficina de Miss Le Vane. Allí le había visto ja-deante y desesperado por lo que le ocurría; ahora es-taba brutal, monosilábico y, a juzgar por su aspecto, a punto de repartir puñetazos.

—No, cariñito; por favor, con diez dólares no tengo ni para empezar. ¡Son tantas las cosas que hay que comprar! ¡Piensa que es Navidad, cariñito!

—¡Diez! — rugió Mr. Burkell, haciendo una mueca a unas figurillas de encima de la mesa.

Contó los diez dólares y se los echó encima del mantel.

—Bien, pues, con esta miseria no podremos hacer gran cosa. ¡Y nada menos que en estos días de Navi-dad! — dijo Mrs. Burkell, con acento lastimero —. ¿No podrías llegar a cincuenta por lo menos, cariñito?

—¡He dicho que diez, y basta! — tronó el hom-brecillo, haciendo visibles esfuerzos por no echar a rodar las figurinas que adornaban la mesa —. ¡Ni un centavo más!

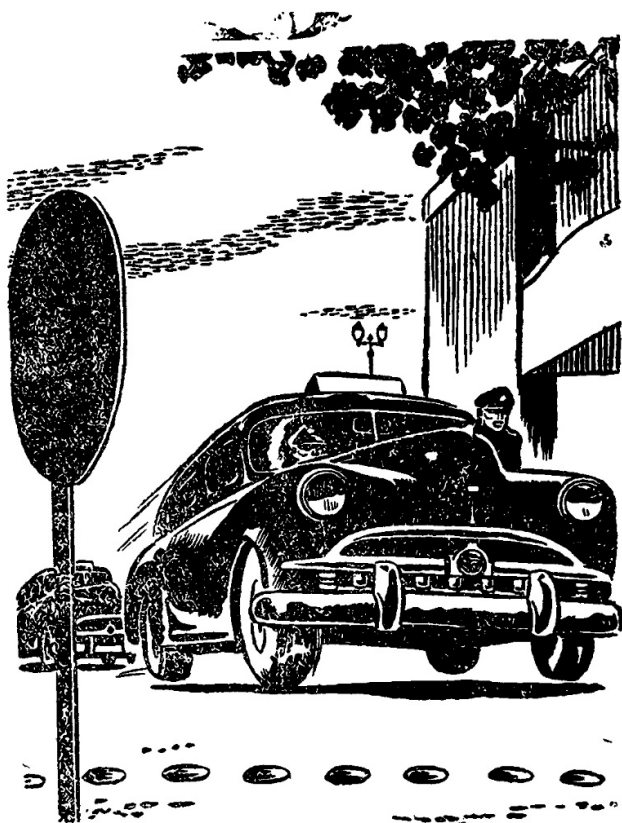
—¡Mi querido *baby*! — dijo Mrs. Burkell, golpeán-dole dulcemente en la otra mejilla.

—¡Vete a freír espárragos! — replicó Mr. Burkell, echando una mirada rabiosa a la ornamentación de la sala.

Y se encaminó hacia la puerta dando grandes zan-cadas. Me acordé que en el despacho de Miss Le Vane no andaba a zancadas, más bien se contoneaba. De pronto se paró, dió media vuelta y fué a depositar un breve ósculo en la mejilla de Mrs. Burkell; hecho lo cual corrió hacia la puerta otra vez.

Entonces se dió cuenta de mí.

—¡Dios mío! — exclamó —. Me había olvidado que usted estaba aquí. ¿Ha desayunado usted? Laura, sír-vele café a Mr. Channing. Laura, te presento a Mister Channing, un... un amigo de negocios. Espero que no traerá usted nada tan urgente que no pueda dejarlo para otro momento, ¿verdad, Mr. Channing? Temo lle-gar tarde. He de acudir a una cita; pase luego por mi despacho. — Aquí estuvo meditando un segundo y lue-go añadió — En la oficina Burkell, ya sabe.



Llamaron al Departamento de Homicidios

Enderezó a continuación su corbata de brocado mi-rándose en un espejo de la pared, abrió la puerta de un tirón y salió disparado.

Yo cerré la puerta reflexivamente y me dirigí a la mesa donde Mrs. Burkell me estaba sirviendo el café. La dama era de una talla que apenas me llegaba a los codos. Llevaba su cabello azul-blanco lustroso y lo te-nía muy largo, de modo que se lo ataba en la parte de atrás en un par de pulcros círculos. El rojo de los la-bios era muy vivo y no ahorra-ba tampoco el colorete en las mejillas y el sombreado en los ojos, que los ha-cía parecer profundos y fulgurantes. Treinta años atrás debía de haber sido guapa; hoy era una perfecta ma-trona; con todo su colorete y el brillo de los ojos pa-recía más bien una rosa mustia.

Durante mi espera descubrí un puñado de cosas. En primer lugar, que el Burkell de casa no era el mismo Burkell del día anterior. Era como si realmente

me lo hubiesen cambiado. No me habría extrañado leer en el diario de la mañana que Mr. Alvar Liquet había muerto repentinamente. Y otra cosa que saltaba demasiado a la vista era el excesivo afán de Mrs. Burkell en mi-marle y acariciarle a su mando, cuando la dama debía de saber que semejantes mimos le hacían muy poca gracia a Mr. Burkell... viniendo de ella, por lo menos.

CAPÍTULO V

—Siéntese y tome el café ahora que está caliente — me dijo Mrs. Burkell con una sonrisa deslumbrado-ra —. Y le agradeceré que me dé un cigarrillo, si es tan amable.

Le ofrecí un cigarrillo y le acerqué el encendedor, mientras la señora me sujetaba la mano para afirmarla. Me pareció que la sujetaba más tiempo del debido y que no estaba mirando a la llama. En lugar de esto me miraba a los ojos. Después de emitir un hondo sus-piro me empujó dulcemente para sentarme en el sillón. De pronto, casi al mismo tiempo, me sacó del sillón y me acompañó a un sofá Bergere.

—Nos sentaremos aquí — anuncióme —. Se está más cómodo y es más caliente. Y ahora puede decirme por qué está usted aquí; qué es lo que quiere.

Yo eché unos círculos de humo y contemplé como ella chupaba con un poco de nervosismo su cigarrillo.

—Como le ha dicho su marido, yo soy un amigo de negocios. Lo que me trae aquí he de aguardar a de-círselo hasta que más tarde hable con él. Soy perio-dista.

Los ojos de la dama miraron rápidamente al diario de encima de la mesa y volvió a mirarme en seguida a mí.

—¿Periodista? — preguntó ron aire intrigado —. Me extraña que un periodista venga a ver a mi marido, precisamente a estas horas tan temprano...

—Es a estas horas de la mañana cuando los perio-distas están más presentables, señora — le dije.

Ella me dió unos golpecitos en la mano.

—Usted está más que presentable. Mr. Channing — me dijo tiernamente —. Es usted muy guapo. Nosotros no recibimos muchas visitas, ¿sabe? Ha sido muy ama-ble en venir. Yo me aburro soberanamente ¡Estoy siem-pre tan sola! Mi marido es un buen muchacho, desde luego, pero siempre anda terriblemente ocupado con el negocio.

—Sí tan atareado que incluso se le olvida de pro-porcionarle a usted el dinero necesario, ¿verdad, Mis-tress Burkell?

La dama se sobresaltó de tal modo que hizo temblar el sofá.

—¿Cómo lo sabe usted?

Sonreí.

—Hace diez minutos que estoy aquí. Por lo visto no se han dado ustedes cuenta...

—Sí, sí, ya sé que estaba. ¡Qué poco amables he-mos sido con usted! — Mrs. Burkell meditó unos ins-tantes y puso la colilla del cigarrillo en el cenicero de una mesita cercana. — Puede llamarme Laura; parece más sociable, ¿verdad? A mí me fastidia tanto «señor» y tanta «señora»... ¿Ya usted cómo he de llamarle?

—Brent, si le gusta.

—Me gusta muchísimo — repuso la dama, acomo-dándose en el sofá de modo que quedó mucho más cerca de mí. Yo lamenté que hubieran

transcurrido tan-tos años desde que ella tenía dieciocho. Sí — prosiguió luego —, Oswald es un poquitín demasiado avaro. No es que quiera serlo, naturalmente. Lo que pasa es que es terriblemente olvidadizo.

—Y claro está, a ti no te gusta estar sin dinero, ¿verdad. Laura?

La señora dejó bruscamente de estar melosa; por un breve segundo sus ojos se endurecieron.

—Me fastidia de verdad — dijo entre dientes —. De pronto se puso tierna otra vez. Es difícil que se pongan tiernas ciertas damas —. Pero yo te aseguro que eso lo acabaré de una vez.

Se levantó y pulsó un timbre. Yo me terminé el café y ella recogió taza y platillo dejándolo encima de la mesa. El criado de la camisa almidonada acudió presuroso y se llevó el servicio del desayuno. Laura le contemplaba como si temiera que el hombre no aca-bara nunca. Cuando se retiraba hacia la puerta, la dueña le dijo:

—No necesitamos nada más, Henry; procura que nadie nos moleste.

Apenas la puerta se había cerrado detrás de Henry cuando ya la señora estaba otra vez en el sofá. Estiró los brazos juntando las manos detrás de la cabeza, con lo que tuve ocasión de contemplar una visión retrospectiva de su figura y sus curvas. De pronto dejó de estirarse y me metió un dedo en el cabello, empezando a enrollarlo a su alrededor como si estuviese jugando con los flecos de Mr. Burkell.

—¡Mira que algunos hombres tienen un pelo tan hermoso!... — exclamó con voz estremecida —. Yo lo tengo muy espeso también. Creo que este es un detalle muy importante, ¿no te parece? Si uno tiene la cabellera espesa y suave todo lo demás casi no importa.

—Sí — dije yo, encendiendo otro cigarrillo.

—Tú fumas demasiado, Brent — me dijo ella, frunciendo el ceño —. No me explico por qué los hombres han de fumar mientras hablan...

Dejó de jugar con mi cabello y miró fijamente hacia la chimenea como si fuese una colegiala preguntándose si podía jugar con las llamas.

—Laura — le dije yo con cara seria —. ¿Con qué frecuencia sales con tu marido?

La dama sacó un pañuelito y se lo llevó a los ojos como si estuviese esforzándose para llorar.

—Nunca. Está demasiado atareado. Es presidente del «Burkell Manufacturing Group», y eso le ocupa todas las horas. Claro, con tanto quehacer no lo queda un minuto para dedicarlo a su mujercita...

—Y es por eso por lo que te gusta que venga de vez en cuando algún visitante, ¿no?

Laura apartó el pañuelo de los ojos y me miró fijamente.

—Ya te lo he dicho: no tenemos muchos visitantes.

—Laura, quisiera hacerte algunas preguntas...

La mujer se levantó con la energía repentina de quien está enfadado.

—No estoy para que me hagan preguntas. Lo que deseo es ser feliz. No son muchas las oportunidades que tengo para serlo. Y las preguntas me disgustan; siempre me confunden. ¡Por favor, Brent, no perdamos el tiempo en interrogatorios!

—Lo siento — repuse —, porque me ayudaría mucho. Y creo que a ti te gustaría mucho ayudarme, ¿verdad, Laura?

—Sí — replicó ella, con un mohín que amenazaba convertirse en lloriqueo otra vez —. Me gustaría, sí, pero las preguntas me asustan.

Sus ojos se iluminaron súbitamente. Cruzó con paso rápido la habitación y

volvió al sofá con la caja de los cigarrillos.

—Mira, tú continuas fumando, Brent; en seguidita vuelvo a estar contigo.

—¡Pero si me has dicho ahora mismo que fumaba demasiado, Laura!

—En momentos en que no debías fumar.

Y con una dulce sonrisa salió rápidamente de la salita. Con sus cincuenta y cinco años, llevaba estu-pendamente su menudo y flexible cuerpo. Se podía decir de ella que era una joven de cincuenta y cinco años.

Continué fumando. Me levanté y husmeé por la ha-bitación. Era una pieza espaciosa, bien amueblada. A través de una vidriera observé una galería y el jardín con un rústico puente y una piscina al fondo.

Volví la atención a la salita y eché una ojeada al diario. Publicaba una fotografía de Mr. Alvar Liquet, con titulares que dañaban los ojos. Leí el relato por encima. En resumen no se hacía más que una descrip-ción gráfica de la muerte repentina del individuo. Se mencionaban las declaraciones de media docena de pa-rroquianos que estaban aterrorizados, trastornados y absolutamente confundidos. Estaba todavía leyendo cuando la señora Burkell volvió a entrar.

Ahora iba con una bata carmesí y con la cabellera azulada que llevaba extendida hasta la cintura. Tenía los labios más rojos, las mejillas más coloradas y los ojos más brillantes. Cerró la puerta y vino hacia mí con las manos abiertas.

—Ahora puedes besarme, Brent — dijo.

Observé en sus ojos un brillo febril, inquieto, rá-pido. Me hacía el efecto que estaba mirando a una nin-fomaníaca.

—Generalmente no beso tan temprano — contesté.

Ella hizo una brusca contorsión para volver la cara y empezó a hacer pucheritos.

—Aquí está el mal — dijo suavemente —; cuando quiero que un hombre me bese, él no lo quiere.

A continuación se dirigió al espejo con paso va-cilante. Se arregló el cabello, tiró de un cajón y sacó una larga cinta que anudo formando un lazo. Cuando se en-derezó volvióse a mirarme. Observé entonces que su mirada era menos firme, menos febril.

—Ibas a contestarme algunas preguntas. Laura. ¿Te acuerdas? ¿Has leído los diarios de la mañana?

—Sí — contestó ella —, sí; los he leído.

—¿Has oído hablar nunca de Alvar Liquet?

Laura movió la cabeza lentamente mientras conti-nuaba sin el menor parpadeo en los ojos.

—No; nunca. ¿Por qué tenía que conocerle?

—Sólo en el caso que hubieses leído el diario — dije yo, cogiendo el «New York Times» —. Mira, aquí tienes su nombre. Fué asesinado anoche. Alguien le disparó una saeta que se le clavó en el cuello.

La dama emitió un gemido y se cubrió la cara con ambas manos.

—¡Qué horrible! — exclamó al final.

—¿Has oído hablar nunca de Lana Le Vane? — le pregunté.

Ella retiró las manos de su cara y me miró fijamen-te, como si no hubiese oído bien para poder contestar.

—¿Lana Le... qué?

—Le Vane.

—No. ¿Quién es? No sé cómo podría conocerla...

—Yo estoy preguntando, señora. No sé si debes o no debes conocerla; es por

eso que te lo pregunto.

Golpeó ella el suelo con los pies, impaciente.

—Bueno, si no sabes nada mejor que hacer pre-guntas bobas valdrá más que te vayas. ¿No te dije que las preguntas me asustaban y me confundían? Además no me gusta que me llames «señora».

—¿Tanto te confunde que no sabes si conoces o no a esas personas que te he mencionado?

—No — repuso Laura, con perfecta serenidad aho-ra —; no estoy confundida en lo más mínimo ahora. Vete, por favor.

Recogí el sombrero y me dirigí a paso vivo hacia la puerta. Con la mano en el tirador le pregunté, sin vol-ver la cabeza:

—¿No sales nunca por los clubs de noche, Laura?

Tardó tanto en contestar que me volví para mirar-la. Tenía una mano en el respaldo de una silla. En su rostro había desaparecido todo el color.

—No — dijo como si estuviese escupiendo algo amar-go —. Ya te lo he dicho: nunca salgo —. De pronto en-contró una sonrisa y añadió: — Puedes volver siempre que quieras, Brent. Con una sola condición: no ha-cerme preguntas.

CAPÍTULO VI

La sala de la redacción del «Evening World» es un espacioso local con numerosas mesas salpicadas de má-quinas de escribir. En la mayor parte de las mesas hay un teléfono, y cuando los timbres no suenan — lo cual sucede con poca frecuencia —, los periodistas, con su cigarrillo en los labios, hablan, unos para pedir algo, otros para dar las gracias, otros, simplemente, para entretenerse.

En el fondo de una pequeña oficina separada del resto por un tabique de cristal, se sienta Watkins, el director, con la voz de trueno que los directores suelen cultivar. Le veía aquel día vociferando, en mangas de camisa, mientras yo estaba aporreando una máquina de escribir para dar mi trabajo del día. A pesar del ruido infernal de máquinas, voces y timbres, oía los chillidos de Watkins, estridentes como siempre. Mu-chas veces me he preguntado si aquel hombre pasaría también gritando las horas de dormir...

—¡Reportero de crímenes! — tronó luego —. ¡Ese tipo incapaz de hacerme un reportaje de una fiesta en un jardín! ¿Pero quién se creará ser ese Channing? ¡Maldito sea el bobo ese!

Mientras gritaba iba blandiendo unas cuartillas; tenía el aspecto de un molino de viento sonoro. El hu-racán salió del despacho del jefe y penetró en el de-partamento de los reporteros en la persona de un apren-diz que llegó a mí como un perrito frenético que trata de recuperar una piedra con la que está jugueteando.

—Mr. Channing, perdone: Mr. Watkins desea decirle una palabra...

Saqué de un tirón la hoja de papel del carrete, hice de ella una pelota y la eché a una papelera situada a cinco yardas de distancia.

—¿Una palabra o varias palabras, hijito? — le pre-gunté.

—Pues... si quiere que le diga la verdad..., está que echa chispas.

—Muy bien. Tommy; voy a ver si le calmo un poco la calentura — dije mientras la diminuta y ansiosa cara de Tommy me contemplaba al marcharme.

Doblé la esquina de la casa de cristal como un co-che de carreras. Había

escrito un pequeño y comedido reportaje sobre el asesinato de Alvar Liquet, que tenía que continuar en el periódico de la mañana. Claro está como me interesaba no decir gran cosa, me dejé mucho en la cinta de la máquina de escribir. No me apetecía soltar material que pudiera ser aprovechado por los colegas de los demás diarios. Prefería retener datos hasta que pudiese componer un relato completo y ex-clusivo del caso. No me extrañaba que al fin Watkins tuviese que felicitarme por mi prudencia y mi come-dimiento, y todo terminase en un aumento de sueldo

Pero Watkins no estaba como para repartir felici-taciones ni aumentar sueldos. Comprendí esto en el instante en que me planté en la casa de cristal. Rojo como una amapola, el director estaba en aquellos ins-tantes alargando la mano para tomar una aspirina. Al verme se le iluminaron los ojos. Del mismo modo que se ilumina un bosque incendiado.

—¡Channing! — gritó agitando mis cuartillas y de-jándolas de nuevo en la mesa con un formidable pu-ñetazo que le hizo retemblar —. ¿Esto lo ha escrito usted o lo ha mandado hacer a la chica del ascensor?

Retiré inmediatamente de mi rostro la sonrisa para Channing y la puse en conserva para mejor ocasión. Me pareció que allí no era cuestión de poner en juego sonrisas de ninguna clase.

—Claro que lo he escrito yo. ¿Hay algo de anormal? — contesté impertérrito.

Otro puñetazo devastador resonó en el piso.

—Usted tiene a su cargo la sección de crímenes, al parecer. Sus trabajos generalmente son completos. Tie-ne fama, además, de ser el más hábil reportero de crí-menes de Nueva York.

—De los Estados Unidos de Norteamérica — enmen-dé modestamente.

—¡Cállese! La sección de crímenes del «Evening World» tiene fama de ser la mejor. ¿Y qué diablos ha hecho usted con esa información de pacotilla? Esto es una solemne majadería. Casi podríamos decir una sim-ple copia de lo que dicen los diarios de la mañana. Nada nuevo absolutamente. ¡Vamos a ver, explíquese, hombre! — exclamó con voz temblorosa —. ¡Explíque-se y de prisa!

—A usted, Watkins — le dije —, a usted le pica algo, sin duda alguna.

Watkins se dejó caer en una silla al tiempo que emitía unos cuantos chillidos más.

—¡A mí no me pica nada, qué diantres! — repu-so —. Debe de ser a usted que le pican los gusanos que le roen... el cerebro, si es que lo ha tenido alguna vez. ¡A mí no me puede hacer eso! ¡No puede escurrir el bulto así, con esa frescura! Es usted el «emborrón-cuartillas» mejor pagado de los Estados Unidos y me viene aquí con una historieta insulsa y boba cuando yo necesitaba un reportaje bomba que echase chispas en cada línea. ¿Cómo no hemos podido alcanzar nuevos detalles acerca de ese asesinato?

Saqué otro cigarrillo y eché unos cuantos círculos al aire.

—Pues, sencillamente: no he recogido ningún he-cho nuevo por que no hay ninguno — contesté.

—¿Quién dice eso?

—La Jefatura de Policía.

—¿Desde cuándo se conforma usted con las noticias que da la dichosa Jefatura? ¡Nosotros le pagamos para que nos traiga noticias frescas. Channing, y si los po-lícías no las tienen, peor para usted! Le auguro un porvenir negro, amigo mío. Aquí hacen falta noticias, noticias, noticias; y hay que sacarlas de donde sea, ¿me entiende?

—No se ponga así, Watkins — le dije en tono con-ciliatorio —. Sepa que

podía haber facilitado algo más sabroso, pero no lo he hecho para evitar que hasta el último chupatintas de redacción de Nueva York se aprovechara de mis descubiertas. Prefiero tener la boca cerrada hasta que pueda soltar un reportaje que quite el hipo: una exclusiva del «Evening World».

Watkins tragó unas cuantas aspirinas más ayudán-dose de un sorbo de té frío.

—¿Quiere decir que no está ya al cabo de la calle en este asunto? — preguntó luego, atragantándose —. ¿Significa con eso que está todavía sobre la pista?

—¿Tan poco me conoce para poder sospechar que haya abandonado un caso tan fácilmente?

—Vamos a ver, pues: ¿cuándo cree que me va a en-tregar ese reportaje exclusivo?

—En cuanto sepa el nombre del asesino y todos los detalles principales del caso.

Watkins gruñó. Era una especie de variación de los chillidos. Luego dejó de gruñir y se puso a gritar:

—¡Salga de aquí! ¡No malgaste más tiempo y di-nero plantado aquí como un poste! Váyase y traiga cuanto antes material sobre este caso. Y escriba un reportaje que tenga algo realmente sensacional; de lo contrario empezaré a creer que declinan sus facultades intelectuales..., si es que alguna vez las ha tenido.

Salí sin más ceremonias.

Había tenido la intención de llegarme aquel día por la tarde hasta la casa de Lana Le Vane, pero luego se me ocurrió que era mejor ir a echar una mirada a la fábrica de Burkell en la calle Atkinson. Estuve andu-rreando aquí de allá, dándole vueltas y más vueltas a la cuestión hasta que, al fin, me dejé caer a la calle At-kinson.

En aquel hondo y angosto cañón uno puede echar una copa en cualquiera de los tres *saloons*, comer ja-món y huevos hasta las tres de la madrugada, hacerse cortar el cabello, hacerse una permanente o cambiar de fisonomía por dos dólares, mandar lavar el traje o vestido y plancharlo, proveerse de una peluca si uno es calvo, y toda clase de menesteres por el estilo. Yo desprecié todas esas gangas y me fui derecho a los ta-lleres del «Burkell Manufacturing Group», tal como me había propuesto.

Los edificios de la empresa de Burkell se remontan como una mole con arquitectura de cárcel. Tienen un techo chato y se levantan encima de la calle Atkinson como un centinela rojo y blanco.

Le di las buenas tardes al individuo que estaba atareado sacándole brillo al rótulo, cromado de la di-rección. Al fondo de un vestíbulo con piso de color verde se levantaba una ancha escalinata que se divi-día luego en dos tramos opuestos.

Frente a mí estaba la recepcionista, una chica ru-bia de miel. Tenía una cabellera sedosa, suave, que daba la impresión de ser lavada siete noches a la semana. La llevaba peinada muy recta hacia atrás y le caía con gracia sobre los hombros, donde hacía resaltar todavía más la nívea pureza de su piel.

Volví de la oficina de recepción cuando yo entré. Observé la suave cadencia de su andar a medida que se iba acercando. Luego me fijé en sus ojos y les vi hun-didos y sombreados con líneas de preocupación que una dama guapa no debería tener nunca.

—¿Puedo ayudar en algo? — preguntó.

—¿Quiere decirle a Mr. Burkell que Mr. Channing desea hablar con él? Mr. Brent Channing.

Ella cogió un aparato de comunicación interior y dijo con voz musical:

—Pregunte a Mr. Burkell si puede recibir a Mr. Brent Channing.

Mientras aguardaba la respuesta con el teléfono en la mano, me estaba escudriñando de pies a cabeza. Tenía la cara redonda y los labios de un rojo vivo; era la cara de una criatura deliciosa que trata de fascinar. Y que lo consigue. A pesar de las arrugas leves de preocupación de las comisuras de los ojos.

—Bien — dijo luego de dejar el aparato en su so-porte —. Puede subir. Mr. Burkell le espera. Habitación número 16.

Al pronunciar Estas palabras me hizo el efecto que estaba ante una rubia recepcionista recitando a las mil maravillas su papel.

A continuación me acompañó hasta el ascensor. Pulsó un botón y me empujó hacia el interior. El ascensor era automático.

—La habitación está a su izquierda cuando salga — me dijo.

Comprobé luego que tenía razón la muchacha: el despacho de Burkell tenía un tono de gravedad: era el despacho de un hombre de negocios activo y eminente-mente práctico. Las paredes estaban recubiertas con paneles de nogal. La mesa escritorio era de grandes dimensiones y los sillones, duros. Había también un canapé de cuero negro.

El hombre de negocios se levantó para saludarme. Al punto observé que también su frente estaba surcada por numerosas arrugas de preocupación que invadían incluso los dominios de la zona calva.

—Estoy satisfecho de que haya usted venido, Chan-ning — dijo —. Hace diez minutos que llamé a su oficina y me han contestado que había salido. Ya me he figurado que venía hacia acá. ¿Le ha atendido perfectamente Laura esta mañana? Siento haber sido tan brusco con usted. Supongo habrá visto que somos una pareja algo extraña...

Estas últimas palabras las pronunció el hombre con dificultad, jadeante, como si quisiera quitarse de encima y de una vez un peso molesto.

—Me ha atendido muy bien su señora — contesté —. Tiene usted una mujer maravillosa, Mr. Burkell.

—Un puco mustia — dijo él —. No es ya, ni con mucho, lo que ha sido. Creo que todos cometemos errores; ella es el mayor que cometí en mi vida. No es mi tipo. Demasiado lenta; demasiado melosa. A mí las mujeres me gustan más hechas. Laura no acabará de crecer nunca. No se lo diga a nadie, Channing, pero le confesaré que me llama «cariñito». Bueno, supongo que la habrá oído ya. Quizá ahora comprenda mejor por qué digo que cometí un error al casarme con ella... Es una verdadera lata.

Mientras Mr. Burkell hablaba, apresuradamente, con los labios muy apretados, me estaba inspeccionando sin cesar.

—Bueno, Mr. Burkell — dije luego —, espero que no me habrá usted llamado a mi oficina únicamente para hacerme escuchar un recital de sus errores matrimoniales...

El hombrecillo meneó la cabeza de modo que los vaporosos mechones de detrás de las orejas se agitaron.

—Claro que no, Channing — dijo —; he de comunicarle que hoy he recibido otra amenaza. Esta, por carta que han traído a mano. La chica de recepción ha estado fuera de la oficina por un par de minutos; al regresar ha encontrado un sobre encima de su mesa dirigirlo a mi nombre.

Mr. Burkell debió de observar mi sorpresa, que se manifestó inevitablemente ante sus ojos. Era la sorpresa del individuo cándido que había creído que la repentina muerte de Alvar Liquez pondría fin a toda la racha de

amenazas. Mucho más cuanto que, por lo que el tejano me dijo en el «Criterion», se trataba de un lobo solitario. Ahora empezaba a creer que tal vez se trataba de toda una jauría.

El viejo Burkell estiró el cuerpo hacia un cajón, echó una innecesaria mirada para comprobar si está-bamos solos, y sacó una hoja de papel azul de libreta de notas, de media cuartilla, y un sobre también azul. Me lo alargó con mano temblorosa. La nota y la dirección del sobre estaban escritas a máquina. Decían así:

«Oswald Burkell.

»Particular y confidencial.

»Deja cincuenta *grands* esta noche en el cajón de tu mesa escritorio sin cerrarlo. De lo contrario, Lana Le Vane morirá.»

Lo leí un par de veces y di una serie de vueltas al papel. Luego lo coloqué otra vez en el sobre y lo dejé sobre la mesa.

—Bueno, ¿y qué le parece si hiciese usted lo que le dicen? — pregunté a continuación —. En tal caso, ¿quién cree que podría entrar en este edificio?

Mr. Burkell se rascó su calva con la mano izquierda.

—Supongo que cualquier ladrón profesional — con-testó luego.

—Sí, es verdad — repuse yo —, pero podría tam-bién salirle mal la operación. Sin embargo, por el modo como veo escrito la nota, el fulano en cuestión parece andar sobre seguro. Al decir que hay que dejar cincuen-ta billetes grandes en esta mesa no queda la menor duda de que él piensa venir a recogerlos.

—A mí no se me ha ocurrido pensarlo siquiera — contestó él lentamente.

—¿Quién tiene las llaves del edificio, además de usted?

El hombre dibujó una sonrisilla que quería ser com-placiente, pero que a mí me hizo el efecto de una mue-ca significativa.

—Nadie. No hay otras llaves que las mías.

No añadió que no se fiaba ni de su propia sombra pero esto es lo que yo leí en aquella presunta sonri-silla.

—En este caso, si el sujeto de marras trata de po-ner los pies aquí dentro, sería fácil ponerle la mano encima. No hay que hacer más que vigilar bien el edi-ficio.

—Sea quien sea, el individuo estará vigilando para comprobar si yo me he ido a casa.

—Desde luego — asentí —; aguardará hasta verle salir a usted hacia su casa, y entonces tratará de pe-netrar hasta aquí. Pero las probabilidades están a fa-vor de que no lo conseguirá. — Encendí un nuevo ci-garrillo y proseguí hablando lentamente: — ¿Sabe us-ted en qué estoy pensando, Mr. Burkell? Creo que no existe ningún individuo que intente jamás forzar la entrada de este edificio.

—Pero la carta... — balbució Mr. Burkell.

—¿No se le ha ocurrido pensar que podría estar escrita por alguien que esté «dentro» de la empresa Burkell? — pregunté con deliberación.

El hombre meditó la idea. Su rostro dibujó una in-finidad de muecas a cuál más enigmática.

—Pero, aun así, todo el personal ha de salir del edificio antes de la hora en que, caso que quisiera obe-decer la orden, yo tendría que dejar el dinero en mi cajón.

Realmente, la cosa se presentaba bastante enmarañada, se mirase por donde quisiera.

—¿Sabe usted de alguien que trabaje aquí a quien no le importara ver a Lana Le Vane muerta si usted no soltase los cincuenta billetes grandes?

—Si existe tal persona no lo sé. Si quiere que se lo diga con franqueza, Channing, ni siquiera empiezo a comprender nada de ese misterio. — Mr. Burkell reflexionó unos instantes y luego prosiguió: — El sujeto que telefoneó ayer... en casa de Lana..., el que usted fué a ver en el «Criterion»..., ¿era el mismo? ¿Ese Alvar Liquet? ¿El que murió asesinado? Yo quiero creer que sí, pero quisiera que usted me lo confirmase.

—Sí — repuse —; era el mismo individuo, sin duda alguna. Supongo que no le conocería usted, Mr. Burkell... ¿O tal vez eran conocidos de antes?

—No — contestó apresuradamente el hombrecillo —, no le conocía en absoluto. La primera vez que he visto su facha ha sido en los periódicos.

—¿Estuvo usted alguna vez en Gulch City, Mr. Burkell? — pregunté echando una bocanada de humo al techo y contemplando luego cómo iba formando una nubecilla.

Me miró fijamente a los ojos, como si temiese que yo sacara punta al interrogatorio para acusarle a él.

—Nunca. ¿Por qué?

—Alvar Liquet estuvo allá, con una compañía de comedias. Por eso lo he preguntado.

—No — repitió Mr. Burkell, sin parpadear lo más mínimo —. Yo no he estado nunca en Gulch City.

Puso tanta firmeza en la negativa y tenía un tono tan convincente que me dejó sin ninguna duda acerca de ello, esto es, que el hombre *había* estado en Gulch City.

—Bien — le dije, levantándome del sofá —, es hora de que me vaya...

Mr. Burkell me miró un poco asustado. Salió de detrás de su mesa y se me acercó contoneándose.

—No me abandone así, Channing — suplicóme —. Yo confío en usted. Usted tiene una pistola. Necesito su protección. Esas amenazas destruyen mi vida. No puede usted marcharse sin decirme qué debo hacer.

Tan abatido y acobardado era su aspecto que me disgustó ciertamente. Nunca he sentido simpatía por las personas de espíritu débil.

—Voy a ver a Lana — dije, y observé que ahora él no se molestaba en arquear las cejas al oír que la llamaba por su nombre de pila —. Ella está en peligro. He de sacarla de esta ciudad. Luego volveré, dejaremos unos paquetes de moneda falsa en su escritorio y usted podrá marchar a casa.

El hombre no contestó. Se limitó a mirarme con ojos muy abiertos por la gratitud. Sus labios se movían pero sin articular palabra alguna. De pronto dejó de mirarme para volver la vista hacia la puerta. Me volví yo también y vi una figura más bien flaca, de talla mediana, de pie en el umbral, con el brazo estirado y empuñando un revólver. El arma apuntaba a Oswald Burkell.

No reconocí al sujeto, en primer lugar debido a que iba cubierto con un abrigo negro, sombrero también negro muy hundido en la cabeza y un pañuelo de seda negro que le cubría el rostro hasta los ojos.

Tan rápida fué su aparición que no pude tomar ninguna medida. Vi moverse el dedo que apretaba el gatillo, oyóse un chasquido y el viejo Burkell se inclinó hacia adelante llevándose las manos al estómago, se tambaleó unos pasos y cayó de bruces sobre la alfombra. Cerróse la puerta y la figura se desvaneció, llevándose consigo el revólver y el silenciador.

Entonces entré en acción. Pero era ya demasiado tarde. Corrí hacia la puerta y cogí el tirador. Estaba cerrada. Tuve visiones de pesadilla como si estuviese llegando el teniente detective Murphy. «¿Qué es eso? — chillaría —. ¿Otro asesinato, Channing, y tú aquí? ¡Diablos, es que no puede ocurrir un triste asesinato en esta ciudad sin que tú lo presencies!» Me llevé la mano debajo del brazo y me sentí reconfortado al no-tar que tenía allí mi cacharro.

Golpeé la puerta y grité. Continué armando ruido por espacio de tres minutos. Al fin abrieron, y vi a la rubia de la oficina de recepción, con cara de susto, algo desordenada su sedosa cabellera, agitado su seno como si hubiese estado corriendo mucho rato.

—He subido con el ascensor para ir a tomar el té — me dijo con voz entrecortada — y he oído gritos y llamadas a una puerta. ¿Qué pasa?

—Nada — contesté —, dejando aparte que ha ve-nido alguien y ha matado de un tiro a su jefe.

La muchacha movió los ojos y los fijó en el suelo. Al ver a la figura tendida en él, sus ojos se llenaron de lágrimas, que resbalaron en seguida por sus mejillas. De momento creí que iba a entrar corriendo al despa-cho, pero luego vi que se llevaba las manos a la cara rompiendo en sollozos.

—Cálmese, cálmese, señorita — le dije entonces — Será mejor que llame a la policía. Brigada Criminal.

La rubia apartó las manos de la cara lentamente, como si tuviese miedo de ver otra vez el cadáver.

—Sí..., s...í... — dijo suavemente —. Sí, creo que será mejor —. Y se volvió para marchar hacia la ofi-cina central.

—Ahora que me acuerdo — le dije —, ¿cómo se lla-ma usted?

La rubia me miró, evidentemente sorprendida.

—Sidonie — contestó en un tono de voz tan débil que tuve que aguzar el oído para recogerla —. Sidonie Marshall.

CAPÍTULO VII

Tuve que explicarle a Murphy lo de las amena-zas; no podía retenerlo más. El hombre estaba al rojo vivo cuando se presentó a toda máquina en casa de Burkell. Yo le enseñé la hoja azul de la libreta de no-tas en el viejo escritorio de Burkell y le expliqué que Lana Le Vane había recibido también las mismas amenazas. El policía intentó meterme el miedo en el cuer-po diciéndome que me llevaría detenido a Jefatura para ser sometido a interrogatorio. Le dije la verdad y no me aparté un ápice de ella. Naturalmente, no tuvieron otro remedio que dejarme en libertad.

También Sidonie Marshall pasaba lo suyo con los policías. Se le echaron encima disparándole un fuego cruzado de preguntas, sin lograr resultados positivos. La mujer dijo que había estado continuamente en la pieza de recibo desde que me había acompañado a mí al despacho de Burkell. Y que nadie entró. Esto lo juró repetidamente. Dijo que a las tres treinta, según acost-umbraba, subió por el ascensor para tomar su té de la tarde, cosa que hacían en la oficina general. Y que fue al salir del ascensor cuando oyó mis golpes y mis gritos. Esto lo repitió una docena de veces.

Murphy estaba preocupado por la suerte de Lana Le Vane, y aceptando mi sugerencia le aconsejó que abandonase la ciudad en seguida. Yo no la vi, pero Murphy me dijo que se había mostrado muy agitada e indignada, aunque al fin se mostró de acuerdo en ahue-car el ala. No me dijo mi amigo a dónde se había

mar-chado la dama y a mí se me olvidó el preguntárselo. A continuación Spud procuró que dos policías guardaran la casa durante la noche, pero después de toda la publicidad que se hizo en los diarios de la noche, incluyendo un reportaje que yo pasé por teléfono, no era probable que nadie arriesgase el pellejo acercándose a menos de una milla del edificio de Burkell.

Me estaba preguntando cómo se lo tomaría Laura Burkell. Yo tenía mi impresión particular acerca de ello, pero creí que no le habría hecho ningún favor a la dama exteriorizar lo que sentía. Convencí a Spud para que mandase a un policía diplomático a comunicarla la noticia a la viuda.

Cogí mi «De Soto» y me puse en marcha hacia Gulch City. Entré en la población por la carretera Atlántica y aparqué el automóvil delante del teatro. Era un edificio alto y angosto, hecho de ladrillo sucio y lleno de rótulos de neón. Tenía cuatro peldaños de mármol que en otro tiempo había sido blanco, y tres puertas repartidas simétricamente en la fachada. Una cartelera con cristales mostraba una serie de fotografías que presentaban a los artistas de la compañía en las poses más llamativas e impresionantes, sobre todo por lo que se refería a las mujeres.

La función anunciada era el «Dead Man's Bay» (6). Miré el repertorio pero no vi en él un nombre de Alvar Liquet por ninguna parte. Me cansé de escudriñar listas de nombres y entré en el teatro por la puerta central.

Llegué a un vestíbulo de paredes deslustradas que olía a desinfectantes y a un aroma muerto de humo de cigarrillos. No había nadie en la taquilla. Me entretuve mirando nuevos cuadros de los artistas. Al fin encontré uno de Alvar Liquet, hecho acaso seis años atrás. En él aparecía un poquitín más guapo. Al pie de la foto el artista había garrapeado su firma. A su lado vi un retrato de una rubia dulce. La firma rezaba: Si-donie Liquet.

Por el momento quedé satisfecho del resultado de mi visita: no obstante, continué avanzando por un pasillo hasta llegar a la puerta del escenario. El frío viento la hacía crujir. Entré. La luz allí era débil, y el olor del humo de tabaco, más intenso. El humo salía de la pipa de arcilla que chupaba un hombrecillo sarmentoso de larga nariz y ojos húmedos. Al oírme los levantó de un diario que estaba leyendo y me escudriñó atentamente.

—¿Desea ver a alguien?

Saqué un «Chesterfield» y lo encendí.

—Sí. A Alvar Liquet.

El hombrecillo se llenó la boca de humo y lo soltó en un tenue hilillo, lentamente. Al fin dijo:

—Me parece que anda usted despistado, compadre. Quizá sería mejor que fuese al depósito de cadáveres.

—¿Quiere decir que ha muerto?

—Seguro. ¿No ha leído usted los periódicos? Alguien le mandó un flecha que se le clavó en el cogote. En el «Criterion», de Nueva York.

—¡Será posible!... ¿Y cuándo ocurrió eso?

—Ayer. ¡Hay que estar al corriente de los acontecimientos, compadre! A ver si cualquier día estalla este mundo en que vivimos y usted continúa tan fresco, sin enterarse siquiera...

—Oiga, supongo que usted conocería bastante bien a Alvar Liquet, ¿verdad?

El hombrecillo de la pipa abrió los ojos y me miró con una mirada que lo abarcaba todo.

—¿Quién se interesa por él? — preguntó.

Saqué un par de billetes y se los metí en el bolsillo del chaleco.

—Yo — dije.

El hombre se quitó la pipa de la boca y cogió los billetes para mirarlos con detenimiento. Luego hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se los metió en el bolsillo de los pantalones.

—Yo traté a Alvar Liquet durante los seis años que estuvo aquí — dijo —. Un muchacho excelente. Y un buen actor. Demasiado bueno para las compañías que vienen acá. No se le dio nunca una oportunidad, que es por lo que se

pierden tan buenos actores. Luego se cansó y decidió largarse súbitamente. Estaba harto de todo esto. Ni siquiera esperó al día siguiente; una no-che cogió sus bártulos y fué a establecerse en la capi-tal grande.

—¿En Nueva York? ¿Y qué pensaba hacer allí?

—¡A mí que me registren! Esos fulanos hablan siempre conmigo, pero no me dicen nada. Siempre ocurre así. Llega uno, permanece aquí un año, poco más o menos, y luego se larga de la noche a la mañana. Con Alvar Liquet fué diferente. Él aguantó firme seis años. ¡Infeliz!

—¿Y su esposa? ¿Se fué con él?

—¿Sidonie? Magnífica muchacha: cabello hermoso y ojos profundos como un lago. La chica quitaba el hipo. No, no se fué con él.

Supongo que en aquellos momentos debía notarse mi gesto de extrañeza y contrariedad.

—Entonces, ¿continúa aquí?

El hombre de la pipa meneó la cabeza.

—No — dijo —. Ella se fué hace un año, no aguantó más que seis meses. Marchó a la gran ciudad antes que él. Seguramente encontraría un empleo de modelo. El cuerpo lo tenía para ello, desde luego. No he vuelto a oír ni una palabra más de ella. Le pregunté a Liquet un par de veces; me pareció que no le gustaba que le hablasen de ella.

—¿Dónde suelen pasar las horas que tienen libres esos comediantes? ¿Viven en alguna casucha o se alo-jan aquí?

—No, no viven aquí. No pretenden establecerse por-que todos llegan con muchos humos en la cabeza. Pien-san que aquí empezarán su carrera, aun cuando nun-ca hay uno que logre realizar sus ambiciones. General-mente pasan las horas por las tabernas de lujo. «Bunty Moran» es uno de los establecimientos que suelen fre-cuentar más, por las noches.

—¿«Bunty Moran»? ¿Qué clase de local es y dón-de está?

—¡Oiga, pero usted no sabe nada, amigo! Yo ha-bría dicho que todos los ciudadanos de los Estados Uni-dos conocen el «Bunty Moran». Es el local más elegante de la población. No se deje perder la oportunidad y lléguese a verlo. Está a un par de manzanas arriba, por el Causeway. Ya verá usted la luz roja.

—Gracias — le dije —; he visto muchas veces la luz roja; una más o menos, lo mismo da.

Me dirigí al Causeway de Gulch y levanté el cuello de mi abrigo para protegerme del frío mordaz. Eché un vistazo a los feos edificios que se levantaban a ambos lados de la avenida. El viento soplaba con furor por el cañón angosto que era la calle. Avancé a paso vivo llenándome los pulmones con aire del Atlántico que re-tenía unos instantes para exhalarlo luego como una estrella de ópera.

Vi una luz roja sobre una peluquería. Ya empezaba a sospechar que el individuo de la pipa me había to-mado el pelo cuando vi abrirse una puerta y entrar por ella a una mujer gorda. Pensé que las señoras no suelen ir a arreglarse el pelo a las diez y media de la noche, de modo que tuve mayor interés en echar una mirada al establecimiento. Desde luego, era una pelu-quería con un escaparate lleno de cremas, lociones, na-vajas de afeitar, brochas y brillantinas para el pelo. A la izquierda había la puerta, y encima el rótulo de luz roja. Llamé. La mitad superior de la puerta se des-lizó y apareció en ella un individuo de cara redonda y jovial que me enseñó los dientes — amarillos y cariados por cierto — en un simulacro de sonrisa.

—¿Desea un corte de cabello?

—Sí — contesté —, deseo un corte de cabello.

—Cinco dólares — recitó el fulano, sin ninguna ex-presión.

Solté cinco pavos. El portero los recogió y me abrió la puerta en seguida. Me encontré en el salón de una peluquería, brillantemente iluminado, con media docena de sillones giratorios y otros tantos espejos y lavabos. El fulano de la cara florida iba con chaqueta y pantalón blancos. Me señaló uno de los sillones.

—Siéntese.

Obedecí, preguntándome si no estaría realmente soñando.

—¿Lleva usted ferretería encima? — me preguntó.

Pero no me dio tiempo de contestar. Me cacheó al punto con gran habilidad y presteza. Me puso las manos en todos los bolsillos, debajo los brazos, debajo de las rodillas y alrededor de la cintura.

—No, no lleva usted ningún cacharro encima... aho-ra — dijo pasando mi «Colt 45» al bolsillo de su chaqueta —. ¿Todavía quiere que le cortemos el pelo? — preguntó luego.

—Claro que sí — repuse.

—¿Y afeitar?

—Sí. Afeitar también.

El fulano alargó una mano llena de sudor y con la palma abierta.

—Entonces faltan cinco más — refunfuñó.

Y cogiendo él mismo mi billetero separó cinco dólares y lo devolvió a su sitio. Pensé que era bastante honrado al no quedarse con él.

—Cuando salga se le devolverá el cacharro — me dijo mientras pasaba un peine por su grasiento cabello —. ¿Es usted forastero, verdad? No hace falta que me lo diga. Lo veo a la legua. Es por eso por lo que no nos arriesgamos ¿sabe? ¿Policía?

—¿Es que tengo la cara?

—Nadie la tiene. ¿A qué se dedica, pues?

—¿Por qué tengo que dedicarme a nada? He venido a Gulch City a pasar un rato. Estoy algo desorientado. Me han dicho que era interesante visitarles a ustedes.

—¿A mí o a Bunty Moran? ¿La conoce usted?

Moví la cabeza en sentido negativo.

—Pues no tardará en conocerla — me dijo el eficiente empleado —. Usted tiene el tipo que a ella le gusta. No se olvide de recoger su «Colt» al salir

—No es fácil.

El individuo pulsó un botón y se abrió una puerta cuya superficie coincidía exactamente con uno de los largos espejos. Entré a indicación suya y la puerta se cerró tras de mí.

Me encontraba en una sala, grande como un teatro, de alto techo e iluminada por centenares de diminutas lámparas. El suelo estaba cubierto por una espesa alfombra de color verde claro. A cada trecho de unas cuantas yardas alrededor de la sala había compartimentos cerrados por recias cortinas de terciopelo que se levantaban a unos diez pies del suelo. En el centro de cada uno de ellos había la mesa de juego. No podía verlas más que de un modo fugaz debido al gran número de ciudadanos de Gulch City que las rodeaban. Repartidos por los cuatro ángulos de la sala había unos bares derrochando luz, cristal y cromo. El local estaba repleto de «smokings», trajes de americana, vestidos de noche, levitas, ruidos, risas, charla, joyas, carne y perfumes exóticos.

Me dirigí al bar más cercano y me encaramé a un taburete felpudo. El camarero estaba enjugando el cristal del mostrador, en el que uno podía verse

tan bien como en un espejo. Me imaginé que el individuo debía de ser la clase de tipo que llegaba allí desde el Lower East Side de Nueva York tocando el piano para pasar la bandeja y que luego se daba cuenta de que recogía más pasta sirviendo licor que aporreando las teclas.

—Whisky — dije.

El camarero dejó de mover el trapo, me echó una prolongada mirada y me sirvió un vaso. Pagué el tri-ple de lo que me podía costar en cualquier otro sitio.

—¿Forastero? — preguntóme.

—Sí — repuse, echando un sorbo y sacando un ci-garrillo a continuación —. Voy en busca de un indivi-duo que se llama Alvar Liquet.

El camarero encendió un mechero y lo acercó a mi cigarrillo. La mano le dió una pequeña sacudida cuan-do mencionó el nombre del difunto Mr. Liquet, de modo que tuve que afirmar el encendedor para poder prender fuego al pitillo.

—¿Por qué?

—Lo conocí hace mucho tiempo, allá en Texas. En-contrándome ahora aquí por cuestiones de negocio, he pensado que me gustaría tener una charla con él. ¿No suele venir por aquí?

—No — dijo el camarero, sin dejar de mirarme —. No, no creo que esté por aquí. Al menos yo no le he visto. Si usted quiere se lo puedo decir a Bunt-y Moran.

—Sí, se lo agradeceré — repuse.

Terminé mi «Scotch», luego que el mozo se hubo deslizado por detrás del mostrador desapareciendo entre uno de los cortinajes de terciopelo. Oí los acordes de una orquestina. No estaba en la sala-teatro, sino, pro-bablemente, en una sala contigua o en el piso superior. Escuché con atención y me pareció que la banda es-taba compuesta exclusivamente de saxofones.

Observé los jugadores, caballeros y señoras, que ocupaban las mesas de juego y los que estaban senta-dos en divanes situados entre los departamentos de juego Me fijé en las camareras, todas ellas más bien formadas que las coristas en general. Luego descubrí que la cortina frente a mí se movía. Pensé que era tal vez Bunt-y Moran que me estaba inspeccionando antes de decidirse a dar su consentimiento para visitarla. Encendí otro cigarrillo. Una jovencita rubia vino a ocupar el taburete de mi lado.

—¿Estás solo? — me preguntó con aire inexpresivo.

—No — le dije —. Voy con todo el mundo. En un local como este uno no se puede sentir solo, nena.

—Estás de broma, amigo — me espetó al tiempo que se descolgaba del taburete y se alejaba.

Las cortinas de terciopelo se movieron otra vez y entonces reapareció el camarero. Agachóse y pasó de-trás del mostrador. Hice resbalar mi vaso hacia él y me lo llenó de nuevo. Luego cogió el paño y se puso a enjuagar otra vez.

—¿Quién está interesado por Alvar Liquet? — pre-guntó sin levantar los ojos.

—Yo.

—Sí, ya me lo ha dicho antes, pero ¿quién es usted?

—Brent Channing. Como le he dicho, a Liquet le conocí en Texas.

—Sí, también me acuerdo de esto. Tengo buena me-moria. Lo que le hace falta a usted. Alvar Liquet nunca estuvo en Texas.

—¡Qué no estuvo, dice! — exclamé —. Entonces quizá fué en Tennessee.

—Allí debe de haber sido.

Me puse a jugar con el vaso entre los dedos y bebí unos sorbos más.

—Texas o Tennessee o donde usted quiera, pero dígame: ¿puedo o no puedo ver a Bunty Moran? — pre-gunté al fin.

—¡Bien, compadre, bien! Pero le recomiendo que no sea fresco.

—¿Con usted... o con Bunty Moran?

El camarero sonrió y repuso:

—Conmigo: con ella no tendrá oportunidad de po-ner en práctica su frescura.

De nuevo pasó por debajo del puente del mostrador y se deslizó tras las cortinas. Un segundo después re-gresó diciéndome.

—Vamos, Texas Tom; sígame.

Pasé al otro lado de las cortinas y entré en un co-rredor iluminado con lámparas de pared y que tenía una docena de puertas. Allí el silencio ofrecía un con-traste agradable. El camarero empujó una de las puertas.

Creí que me iba a encontrar ante Bunty Moran; no se me ocurrió sospechar siquiera otra cosa; soy así de papanatas. Lo que nunca había sospechado recibir en aquellos momentos era un porrazo en el cogote. Que es precisamente lo que me propinaron.

La cabeza empezó a darme vueltas y las luces de la habitación oscilaron locamente a mis ojos. Abrí los brazos para sostenerme. Noté que perdía el equilibrio y que el suelo parecía hundirse bajo mis pies. Pero el porrazo recibido no permitía dudar de que no necesi-taría guardar el equilibrio por un tiempo regularmen-te largo. El suelo empezó a moverse levantándose y lanzando la alfombra hacia mí de un modo que me fundí con ella en un prolongado e inconsciente abrazo.

CAPÍTULO VIII

Alguien me introdujo en la boca un trozo de sorbo. Otro fulano puso en acción un taladro automático en la base de mi cráneo. Abrí los ojos. Estaba solo, así que pensé que la barrena automática no debía de ser sino el agudo dolor que me atenazaba la cabeza. Transcu-rrieron sus buenos tres minutos hasta que descubrí que el sorbo que me habían puesto en la boca no era otra cosa que mi propia lengua.

Aquella era la pesadilla que acababa con todas mis pesadillas. Forcejeé para levantarme sobre mis codos y eché una mirada a mi alrededor. La alfombra sobre la que estaba tendido era china; verde y espesa. Las luces, suaves; tras otra inspección descubrí el por qué: estaban ocultas en tubos que bajaban del techo. En la habitación había dos grandes sofás y tres butacas. Y yo continuaba solo.

Hasta que se abrió la puerta y él entró con una expresión, como satisfecho de verme.

No era lo que se dice un gigante; era un coloso con una fina rociada de pelo rojizo en su cabeza en forma de obús. No tenía cejas ni pestañas. Para mí su rostro era como una bola de entrenamiento de bo-xeadores con una expresión y rasgos bastante simila-res a ella. Los ojos los tenía blancos e inquietos. Hume-decióse los labios con una lengua monstruosa y dibujó una sonrisa como para quitarme de la cabeza toda idea de hacerle saltar los dientes de un puñetazo; no tenía ninguno. Pensé que debía estar observándole especu-lativamente desde el mismo ángulo horizontal que an-tes habrían ocupado muchas víctimas.

Me levantó de un tirón del suelo y me dejó caer en uno de los sofás. Empezó

entonces a tratarme como si hubiese sido su hermano pequeño herido en un accidente y sin que él pudiese hacer nada más para atenderme. Me golpeó en la cara con la palma de la mano y me dió masaje en el cuello mientras sostenía mi cuerpo con el velludo tronco de su brazo. Luego metió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó una botella que acercó a mis labios obligándome a beber. El líquido tenía sabor de aguardiente.

—¿Te sientes mejor? — me preguntó, disparando las palabras con una maligna sonrisa.

—Sí — dije —, me voy sintiendo mejor. He recibido un golpe en el codo que me han propinado unos fulanos con un poste de teléfonos. ¿Eras tú el tío del poste por casualidad?

El coloso sonrió dejando ver la rendija sin dientes de su boca.

—¿Puedes tenerte en pie?

Me levanté del sofá. Podía sostenerme.

—Puedo — dije.

El individuo se pegó una ruidosa palmada en el muslo.

—Perfectamente. Nuestro deseo es que te sientas bien.

—Sí, ya lo veo. Esto es una especie de bienvenida al estilo de Gulch City. ¿Qué méritos he contraído para ganármela?

La sonrisa afectuosa del raro personaje se transformó en una mueca burlona.

—Que yo sepa has venido aquí por tu propia voluntad. Nadie te lo ha pedido.

—Comprendo — dije —. Por lo visto, por estos andurriales los huéspedes que se invitan a sí mismos reciben un tratamiento especial. De todos modos eres muy amable al preocuparte tanto por mi salud después de haberme obsequiado con una paliza más que regular. ¿A qué conduce, pues, todo eso?

El individuo extendió las manos, la puerta se abrió y entró la mujer.

—A Bunty Moran, naturalmente — dijo —. A ella le gusta que sus visitantes estén en buena forma para recibir lo que se les presente.

Bunty Moran andaba con la gracia y la esbeltez de un ciervo. Su salutación fué una risa contagiosa que penetraba hasta los tuétanos. Parecía tan fría como el «Martini» que estaba sorbiendo. Tenía una mata de pelo que brillaba como una llama, y una cara que debía de haber sido hermosa en su juventud, puesto que ahora, en su madurez, continuaba siendo impresionante, a pesar de las arrugas incipientes. Iba cargada de joyas como para guarnecer un escaparate de joyería: unos pendientes enormes de forma de pera, un macizo anillo de oro en un dedo y media docena de sortijas con diamantes en los demás. Su risa pertenecía a una jovencita no mayor de veinte años, así como su voz, salpicada de carcajadas y que se elevaba en un estridente *falseto*. Tenía unos ojos muy hundidos que en aquellos instantes, estaban enfocados fijamente en mí. Avanzaba con cierta lentitud como para no derramar el «Martini» que no dejaba de sorber mientras se deslizaba por la verde alfombra china. Únicamente dejó de chupar para decirme:

—Me han dicho que quería usted verme. Aquí me tiene.

Dejé de contemplar la joyería y tomé una fuerte dosis del vestido negro de satén que se adaptaba como un guante a su cuerpo de muchacha de conjunto.

—Gracias — contesté —. Y gracias también por el recibimiento que me han dispensado. ¿Todos ustedes llevan encima un palo como un poste de teléfono para dar la bienvenida a sus visitantes?

La mujer emitió una nueva serie de risitas entre-cortadas.

—No. Como no sea que le llame poste de teléfono a Sweetheart y a él le

siente mal. — Echó la cabeza atrás y soltó una nueva risotada. Luego continuó: — Así que usted es Brent Channing, ¿eh? No es tan desco-nocido por aquí. Le conocemos, desde luego. Es usted periodista. Reportero de crímenes.

Aquí se interrumpió como si aguardara a que yo dijese algo. La complací.

—En efecto, no se han equivocado. Soy periodista. ¿Son mal vistos mis colegas por estas latitudes, tal vez?

—Creo que no más que en las otras partes. Por lo que a mí se refiere da la casualidad que no me gustan ni en pintura. ¿A qué viene usted aquí?

—Ya se lo he dicho a su camarero. Me interesaba saber de un sujeto llamado Alvar Liquet.

La dama terminó su «Martini» y Sweetheart cogió la copa que fué a dejar encima de una mesita.

—Mr. Channing — dijo entonces con las manos en las caderas y dejando de reír y de sonreír —. Usted es reportero de crímenes. Trabaja para el «Evening World» de Nueva York. Alvar Liquet fué asesinado en el «Criterion». Usted lo sabe bien. ¿A qué viene, pues, aquí haciéndose el bobo preguntando por Alvar Liquet?

Le concedí a la dama una sonrisa Channing.

—No he dicho que quisiera verle. Lo que me inte-resa es descubrir a su asesino.

Bunty sacó una mano de la cadera y jugueteó con su amarilla cabellera.

—¿Y qué le induce a creer que tiene que estar por Gulch City?

—Tal vez no esté, pero me ha parecido que este es un lugar muy apropiado para empezar la búsqueda, toda vez que Liquet estuvo aquí haciendo comedia.

Bunty se deslizó hacia uno de los sofás y se sentó.

—Nosotros no lo creemos así — dijo con una voz sin tono —. Nuestra opinión es que el asesino ronda por Nueva York. Supongo que le encontraremos allí.

—¿También está interesada?

—Claro que sí.

—¿Por qué?

—Conocíamos a Alvar. Y le apreciábamos.

Bunty hablaba ahora como una chiquilla. Saqué un «Chesterfield» y le alargué el paquete. Ella movió la cabeza y yo encendí el cigarrillo. No recuerdo haber probado nunca un cigarrillo que me supiera tan bien.

—¿Le conocía bastante bien como para saber qué fué lo que le indujo a trasladarse a Nueva York?

—Seguro. El muchacho no era un comediante de pacotilla. Tenía madera de buen actor. Era capaz de conquistar Broadway. Yo creo que podía ir a cualquier parte.

—¿No le supone usted capaz de haberse dedicado al chantaje como ocupación, digamos... complementaria? ¿Qué diría si le afirmasen que amenazó con liquidar al gerente de una tienda de alta costura si no le soltaba cincuenta *grands*?

Los ojos de la dama se endurecieron. Echó una mirada a Sweetheart y movió la cabeza ligeramente.

—Este tema nos interesa a nosotros, Mr. Channing — dijo —. Muy bien, Sweetheart, es como he dicho: el fulano está dispuesto a escarbar en el estercolero. Ob-séquiale bien.

Sweetheart se dispuso a entrar de nuevo en acción. Su puño izquierdo salió disparado hacia mi cara. Como le vi venir, pude esquivar justamente a tiempo.

Bunty Moran continuaba sentada en el sofá jugue-teando con su cabello.

Tenía una expresión de aburrimiento como si aquel espectáculo fuese una cosa corriente que siempre terminaba del mismo modo. También yo lo pensé cuando vi que los brazos de Sweetheart se movían como las aspas de un molino repartiendo puñetazos desde todos los ángulos. Intenté corresponderle, pero vi que mis golpes eran inefectivos. Procuré esquivar una gran cantidad de los suyos y encajé los que no tuve medio de desviar por completo.

Entre tanto, se apoderaba de mí la desalentadora impresión de que la furia del ataque del gigante me anonadaría en absoluto. Pero luego empecé a ver que mi rival no era un boxeador científico. Era rudo, y con toda su terrible brutalidad, sus movimientos revelaban torpeza. Cuando le descargué un puñetazo bien dirigido sobre la cabeza, vi que quedó sorprendido, puesto que había despreciado el prepararse para la defensa. No era todavía mi mejor golpe, aunque le acertó tan bien que le dejé unos instantes tambaleando mientras los ojos se le ponían en blanco. Aproveché la oportunidad y le propiné unos cuantos directos relámpago. Noté en seguida que su mismo peso extraordinario constituía para él un handicap. Mis oídos percibían su fatigada respiración. Rehecho, se lanzó acto seguido a una salvaje acometida. Mientras esquivaba de nuevo con la cabeza gacha, vi fugazmente a Bunty Moran. La dama se había sentado un poco más al borde del sofá y dejaba de jugar con el pelo. Acaso las otras veces no estaba tanto tiempo Sweetheart en terminar su faena.

Me acordé de mi época de práctica de boxeo en el ejército y dejé caer el brazo derecho como si me pesara demasiado para sostenerlo en alto. Sweetheart continuaba dibujando muecas horribles y resoplando como una fiera. Tomó impulso con su derecha y la disparó en un directo que silbó como un obús. El derechazo me habría enviado a California si hubiese dado en el blanco. Pero por suerte mía, no fué así.

Sweetheart no sabía que mi intención era hacer que se acercara a mí. Mientras su puño hendía el aire, le vanté mi derecha que él creía agotada y la descargué de lleno en su mandíbula. Creo que el impacto alcanzó su objetivo con la precisión de una biela de máquina de vapor. Me ayudó considerablemente, desde luego, el gran peso del gigante que le hizo tambalearse tras su puño disparado en el vacío.

Mi golpe le hizo estremecerse de pies a cabeza. Su rostro empezó a perfilar una expresión de asombro, de incredulidad. Echóse hacia atrás y miró fugazmente, asustado, a Bunty, que acababa de ponerse en pie presa de súbita ansiedad. Todavía estaba el gigante pugnando por recuperar el equilibrio cuando hice entrar rápidamente en acción el molino de viento de mis puños, propinándole una nueva dosis de su propia medicina.

Pude observar como les temía a mis ganchos de izquierda, uno de los cuales se hundió en su estómago obligándole a torcerse hacia adelante y a escupir en el suelo. Le enderecé de nuevo en seguida con un perfecto *uppercut* en la barbilla, golpe que le dejó a partir de entonces y por completo, a mi merced.

Ahora ya no tenía el aspecto de matón, la única expresión que reflejaba su rostro era una estupefacción absoluta. A partir de entonces, retrocedió pasando a la defensiva. No le dejé tranquilo, sin embargo. Si-mulé hundirle otro izquierdazo en el estómago y él se curvó con la rapidez de un rayo. Esta fué su equívoco peor. Mi derecha le abrió la mandíbula. Entonces me lo tomé con calma, como el boxeador concienzudo que no tiene ninguna prisa en absoluto y aguarda con calma el momento de dar el golpe final aniquilador. El objetivo definitivo se lo encargué a mi derecha. Tras el directo se le doblaron las rodillas, los ojos se le pusieron en blanco, empezó a jadear como si hubiese

lle-gado corriendo todo el trecho desde Nueva York, ida y vuelta, y se desplomó al fin, pesadamente, cuan largo era sobre la alfombra. Luego dió una vuelta sobre sí mismo y quedó completamente inmóvil.

—¡Le... le ha matado! — exclamó Bunty Moran, atónita y con la mirada fija en Sweetheart.

Yo moví la cabeza en señal negativa.

—No, no será tanto — contesté —. Lo que pasa es que ese muchacho no sabe qué es el boxeo. Está mucho mejor con un poste de teléfonos en las manos siempre que lo pueda descargar sobre la cabeza de un ciudadano de buena fe como yo.

La dama contuvo el aliento por unos instantes.

—Comprenderá que teníamos motivos para tomar precauciones — dijo al fin —. Sospechamos de usted en el mismo momento en que ha entrado. ¡Diantres! De dónde saca usted la fuerza? — Diciendo esto se acercó a mí, mirándome fijamente como si estuviese ante un animal exótico. ¡Channing una pieza de museo! —. Y, además, eres guapo de verdad — prosiguió, llevando una mano a mi frente y echándome el pelo hacia atrás. — Si algún día necesitas empleo, ya sabes que puedes ocupar el lugar de Sweetheart.

Saqué otro «Chesterfield», pero esta vez no le ofre-cí el paquete Me había parecido que el cigarrillo ante-rior era delicioso. Este de ahora sabía a gloria. Eché una nube de humo hacia ella y le pregunté:

—¿Qué otra misión tiene Sweetheart, además de dar la bienvenida a los visitantes?

Bunty sonrió significativamente.

—Siento mucho lo ocurrido, Brent Channing. En verdad que lo siento en el alma. — Luego se me acercó más, de modo que pude oler su perfume, aunque no llegué a identificarlo, y añadió: — Si me prometes dejar de remover el asunto de la muerte de Alvar Liquet, permitiré que me beses.

Eché un poco más de humo.

—Esta es una de las situaciones que más me fas-tidian. Hete aquí una dama estupenda que me ofrece besos y yo no puedo aceptarlos.

Los ojos de Bunty Moran se endurecieron otra vez.

—¿Quieres decir que pretendes continuar removien-do lo del asesinato ese?

Moví la cabeza con aire grave, afirmativamente.

—Sí. Dejemos los besos a un lado y dime, ahora que me acuerdo. ¿Trataste bastante a Sidonie antes de que se fuese también a Nueva York.

No me contestó inmediatamente. Se apartó de mí demasiado de prisa, echó una mirada rápida al cuerpo inerte de Sweetheart y se deslizó, ondulante, hacía la puerta.

—Te doy un consejo — me dijo con los dientes apre-tados —. No trates de mezclar a Sidonie en eso si de-seas llegar a viejo. Si continúas metiendo las narices por aquí, acabarás en el depósito muy pronto. No ol-vide lo que le digo, Mr. Brent Channing. Le conviene por su salud.

Le di un par de minutos de ventaja, observé que Sweetheart empezaba a agitarse débilmente y me fuí tras ella por el corredor. Atravesé una serie de atercio-pelados cortinajes y salí por la puerta espejo que daba al salón de la peluquería. El individuo de la cara relu-ciente y los dientes cariados, me acogió con una son-risilla.

—Qué, ¿le han cortado el pelo? — preguntó.

—Sí.

—¿Y afeitado también?

—Sí, y muy bien.

—Así qué, ¿queda satisfecho del servicio?

—Desde luego.

Agachóse ante un armario y me entregó mi «Colt» 45.

—Hasta la vista — me dijo.

CAPÍTULO IX

Mientras estaba gozando de las delicias de un buen baño con el agua perfectamente templada, pasaba re- vista a los acontecimientos. Alvar Liquet, muerto, exi- gía de Lana Le Vane o del difunto Mr. Oswald Burkell, cincuenta mil pavos para permitirles seguir viviendo sin tropiezos. Algún comparsa, maestro en el arte de disparar flechas, había despachado a Mr. Liquet, y una figura encapuchada empuñando un cacharro, había mandado al otro mundo a Mr. Burkell. Después de la muerte de Mr. Burkell, llegó otra carta que demostraba, sin lugar a dudas, que Mr. Liquet no era el único ele- mento en la operación de chantaje. Quedaban unos ca- bos para atar. El primero de ellos: ¿quién era el socio de Liquet? ¿Quién era la dama de la chaqueta gris que estuvo en el «Criterion» la noche en que el chantajista recibió el flechazo fatal? ¿Era simplemente coinciden- cia que Sidonie Marshall, que a juzgar por la fotografía del teatro de Gulch City, era Sidonie Liquet, trabajase de recepcionista en la oficina de Burkell? ¿Por qué Buntly Moran tenía tanto empeño en que dejase a Sido- nie al margen de mis indagaciones?

Encuentra la respuesta a estas preguntas, Chan-ning, y podrás escribir esa exclusiva para el «Evening World». No tienes que hacer nada más que eso. Sí, nada más que eso.

Me vestí con toda parsimonia y despaché el desayuno a base de jamón y huevos que me tenía preparado Perkins.

Fortalecido, me puse un abrigo recio y salí a tomar el sol invernal. No me dirigí a ningún sitio en concre- to porque una de las cosas que más me gustan de esta vida, es vagar sin objetivo por las calles de la ciudad. Así andurreé por Times Square, pasé a Broadway y ter- miné aterrizando en las cercanías de las oficinas del «Evening World». Me repensé cuando estaba en la puer- ta del edificio y retrocedí.

Regresé hacia Broadway de allí me fui a la calle Atkinson. Me detuve ante el feo bloque de la casa Bur- kell y luego entré en el vestíbulo en busca de la blonda beldad de la oficina de recepción. O mis ojos no estaban bien o la chica había cambiado enormemente. Pero, no. Sidonie Marshall no estaba en su puesto hoy. La dama sentada tras la mesa era pequeña y rolliza, con un pelo de lo más rojo a partir de las raíces, negras como el azabache. Y la cara era larga como la de un caballo. Ni siquiera la Sidonie Marshall que se exhibía en sus buenos tiempos en el teatro de Gulch City, tenía el me- nor parentesco con la figura que veía ante mis ojos. Eché una nueva mirada. No creo que la dama notase mi estremecimiento.

—Iba en busca de Miss Marshall — le dije —. ¿Está arriba, quizá?

—No — repuso la equina mujer, con una especie de relincho —. Creo que hoy no ha venido.

—¿Descansa ahora?

La señora se rascó la rubia cabellera.

—No. En todo caso descansará en su casa.

—Vamos a ver — dije yo, pensativamente —. ¿Vive todavía allá por

Terracehall?

—No sé que nunca hubiese vivido allí — repuso la pelirroja, con una brillante mirada —. Yo creía que vivía en los apartamentos de Broadway.

—Debe de haberse trasladado últimamente — dije, alejándome.

Los apartamentos de Broadway constituyen una serie de habitaciones en número de un par de centenas, ocupadas generalmente por coristas jóvenes y por personas que por lo regular no pueden pagar más que una pequeña renta.

El vestíbulo de la entrada parecía un tanto decaído. Y no digo nada del olor reumático que le agredía a uno al entrar. Eché un vistazo al cuadro de habitaciones. Sidonie Marshall tenía el apartamento número 13 del octavo piso. Lo peor para mí era que no había ascensor. Me lo tomé con calma. Un hombre a los 37 no sube corriendo hasta un octavo piso.

Llamé con los nudillos en la puerta del 13. No estaba bien seguro de si me abriría la puerta aun cuando estuviese dentro. Pero me contestó al punto y abrió solamente el espacio de una rendija suficiente para dejar pasar una racha de aire decembrino. Su abundante cabellera rubia como la miel caía como una catarata sobre sus hombros, cubiertos, a su vez, por una holgada bata casera. Sus ojos revelaban todavía el mismo aire de preocupación que yo le había visto antes.

—¡Ah, es usted! — dijo.

—¿Qué creía que era, la policía? — le pregunté.

—No — repuso ella, tratando de sonreír —. ¿Por qué tenía que ser? Supongo que ya he terminado con ellos. Les dije todo lo que querían saber... por lo menos todo lo que yo les podía decir.

—Bueno, ¿me deja o no me deja entrar?

Acabó de abrir la puerta y se retiró hacia el interior de la habitación. Yo cerré. En el cuarto había una cama. La única ventana estaba adornada con visillos de encaje. La cama no estaba hecha. La pequeña mesa presentaba esparcidos los platos y restos del desayuno. Había una butaca y dos sillas. En el centro de la pieza yacía una alfombra algo raída, cuadrada y minúscula. En los apartamentos de Broadway no le dan a uno demasiadas cosas por el dinero que le hacen pagar.

Al lado de la ventana había un tosco armario que hacía las veces de guardarropía y copero. Estaba entreabierto y pude ver una hilera de vestidos lujosos, nada en consonancia con la clase de la inquilina. Me dejó sorprendido cuando los observé mejor.

Continué pasando revista de la habitación mientras la muchacha me miraba por debajo de sus largas pestañas. En sus bellos ojos había una luz, mezcla de fría desconfianza y de odio desdeñoso. Yo no creía merecerlo. Era una cuestión de ser o no ser correcto. A la segunda mirada que le eché, ya no estaba tan seguro de que sus ojos fuesen realmente bellos.

—Parece que está usted desganada — le dije plantado delante de la mesa y mirando un huevo frito intacto todavía al lado de una delgada rebanada de pan.

—No, no tengo mucho apetito — contestó ella —. Creo que el trastorno de la muerte de Mr. Burkell no me ha hecho ningún bien. Los trastornos me afectan.

—¿Era un buen patrón, verdad Mr. Burkell?

—Bastante bueno — repuso ella, sin dejar de perforarme con su mirada de hielo.

—¿No se enteró usted del asesinato de Alvar Li-quet? ¿No le trastornó también la noticia?

No era mi intención meterle el miedo en el cuerpo tan pronto. La rubia se humedeció los labios y me miró desde lo más hondo de sus profundos ojos. De sus mejillas desapareció todo el color. Me pareció demacrada, agotada. Tragó saliva con visible esfuerzo y se sentó pesadamente en el borde del diván. Parecía fría como una sábana limpia.

—¿Y por qué tenía que afectarme esa noticia? — preguntó.

No aguardó mi respuesta. Se levantó del sofá y fué a enchufar una estufa eléctrica. Al enderezarse, el pequeño esfuerzo había devuelto algún color a sus mejillas. Luego se quitó el peso del cabello de encima de los hombros.

—Sí, leí el suceso en el periódico — dijo, luego —, pero no me llamó la atención.

—¿No? ¿Tan poco importante es que a una señora le maten el marido a mansalva?

Sus ojos llamearon al mirarme.

—¡Periodista tenías que ser! — exclamó, con furor concentrado —. ¡Malditos sean todos! ¿Por qué os ha-béis de meter en lo que no os importa? ¡Claro, has estado husmeando por ahí! Pues si crees que he sido yo quien le ha matado, estás un millón de veces equi-vocado.

—Yo nunca he dicho que hayas asesinado a Alvar Liquet..., señora Liquet. Lo único que creía era que su muerte te tenía que haber afectado.

La rubia se echó encima de mí, cogiéndome por las solapas.

—¡Claro que me afectó la noticia, señor Entrome-tido, si es esto lo que quiere usted saber! ¿Cómo no iba a trastornarme el ver que me arrebataban súbita-mente al único hombre que tenía en el mundo? Alvar lo era todo para mí. Los dos vivíamos uno para el otro. Pero su muerte me ha endurecido el corazón. Ahora nada me importa nada.

—¿No te importa tampoco que tu marido se propu-siera arrancar cincuenta mil dólares de una inocente y muy trabajadora mujer de Nueva York?

Entonces Sidonie se alejó de mí y se echó sobre la cama. La dejé que sollozara por espacio de unos minutos.

—¿Cómo te explicas eso? — repetí.

—No lo creo. Alvar no era capaz de hacer nada malo. Vivía exclusivamente para y por el teatro. Vino a Nueva York porque creía que aquí se haría un nombre.

—¿Y tú? ¿Por qué saliste de Gulch City, Sidonie, antes que él?

La muchacha emitió unos cuantos sollozos más.

—Me interesaba proporcionarle un hogar.

—¿El hogar era esto? — le pregunté, mirándole fija-mente.

Ella se sonrojó.

—Fué todo lo que pude encontrar. Para mí hay suficiente. Él nunca vivió aquí. Se alojaba en algún otro sitio. No podíamos vivir los dos aquí, sino que le hacía guardar las apariencias. Los empresarios no harían caso de artistas que vivieran en apartamentos como este.

—¿Y por esto tú dejaste el teatro y entraste a tra-bajar de recepcionista?

—A mí el teatro no me gustó nunca.

—Y, en cambio, te gustaba trabajar de recepcionis-ta en la misma casa a cuyo dueño tu marido proyec-taba desplumar.

—Acabas de decir que quería arrancarle cincuenta *grands* a una mujer. Y esto no significa de ningún modo que yo lo crea.

—Da la casualidad que Oswald Burkell era el di-rector de la tienda de alta costura de la que es pro-pietaria la mujer a que he aludido. ¿Sabes algo de eso,

Sidonie?

Hice una pausa suficientemente larga para llamarle la atención con mi silencio y ver si de este modo la hacía incorporarse en la cama. Se había cubierto la cara con las manos. Alrededor de sus ojos aparecían las señales hondas de los nudillos de sus dedos. Daba la sensación de que había estado llorando, pero yo tenía la absoluta seguridad de que no era así. Las chicas que han trabajado en el teatro pueden pasar de un estado de ánimo a otro totalmente distinto en un brevísimo espacio de tiempo y sin parpadear tan sólo. De todos modos, yo creía entonces que la artista estaba realizando un esfuerzo supremo para poder conseguir sus fines de ficción.

—¿Qué? — preguntóme en un tono tan débil que apenas lo pude oír.

—Creo que eres muy hermosa, nena.

—Gracias — me interrumpió ella, con marcado y frío sarcasmo.

—Y creo también que eres muy inteligente. Demasiado diría yo. La lástima es que en este caso hayas empleado mal tu inteligencia, Sidonie. No obras bien. Has dado un resbalón serio, nena. Nadie creería la co-media que estás representando.

—¿Tú no me eres? — replicó apretando los labios que quedaran convertidos en una fina línea sin color —. Pues digo la verdad, bobo. Trabajé en el teatro con Alvar. Los dos proyectábamos grandes cosas. Él tenía unos buenos cimientos en el arte dramático. Sabía declamar. Yo, en cambio, no tenía cualidades para ello. Fracase. Por eso abandoné. Te lo digo si es que quieres remover todo el lodo. El «Gulch City News» empleó media columna para llenarme de insultos. No tenía que haber-me empeñado en representar papeles por mí sola. Yo estaba entrenada para el conjunto. Este era mi sino. Asistí al Wanger Chorus Institute. Supongo que lo conoces. Está en Broadway y en la 53, bajo la experta dirección del mismo Dean, Wally Wanger, ese mago fabricante de coristas de Broadway. Allí aprendí toda clase de bailes, desde el ballet clásico, al *boogie*, la *samba* y el *pasodoble*. Aprendí todos los trucos del *escenarío*: maquillaje, ademanes, encanto y peinado.

Sidonie se levantó y de pie en el centro de la raída alfombra, empezó a gesticular mientras hablaba, como si estuviese en el centro de un escenario.

—Luego — prosiguió diciendo — pasé a un club de noche. Pronto me encontré con que no podía cubrir gastos y tuve que recurrir a los empresarios de comedias. Eddie Davis estaba cantando uno de sus pecaminosos himnos una noche cuando llegué a aquel deslumbrador templo de León y Eddie en West de la calle 52. Usted debe conocer aquel ornamento de Manhattan, Mr. Chan-ning. No logré mi propósito de trabajar allí. Al cabo de una semana estaba en un establecimiento de mala muerte al otro lado del puente George Washington. Entonces empezaron los apuros para mí. El empresario quería más figura y menos danza. Salí en seguida. A los pocos días vi un anuncio reclamando una vocalista para *blues* en casa de Bunty Moran, Gulch City, y obtuve el empleo. Allí fué donde conocí a Alvar. Nos casamos y entramos en la compañía de comedias. — Dió un par de pasos hacia mi butaca y resumió, mirándose fijamente: — Y aquí tiene contada toda mi historia, señor reportero... tanto si quiere creerla como si no.

Saqué un cigarrillo que ella cogió ávidamente. Cuando se lo encendí, acercó su cara junto a la mía. La ansiedad había convertido en surcos las finas arrugas que rodeaban sus ojos. Fué a sentarse otra vez al borde de la cama, estirándose la falda sobre las rodillas.

—Creo perfectamente todo lo que me has dicho — contesté —. Es la segunda parte, sin embargo, la que me interesa aclarar. Tú sabes cuál era el

juego de Alvar. No ignoras que vino a la capital para hacer dinero.

—En el teatro, sí — me espetó la rubia.

—¡Fuera del teatro! — chillé yo —. Por eso te colocó a ti en la oficina de recepción de Burkell. Allí tú tenías un papel asignado, nena, y lo sabías. La trama era admirable. Una de las más finas que he visto en mi vida. Los dos pasasteis tiempo estudiando vuestra geografía. Al fin escogisteis a un tío forrado de billetes que, además, estaba asociado con la persona que dirigía una tienda importante. Así teníais dos víctimas con las que poder jugar, si llegaba el caso, enfrentándolos una con otra. Empezasteis con cartas de amenazas. Y pronto comprendisteis que era cuestión de mucha paciencia, que las prisas no podían conducirlos a ninguna parte. Si hubiese habido una sola víctima no habríais podido lograr vuestro objetivo, puesto que, de negarse a soltar la pasta os habríais visto obligados a poner en práctica la amenaza sin obtener ningún resultado positivo. En cambio, siendo dos las víctimas, la idea no puede fallar. No hay más que liquidar a la víctima número uno para que la víctima dos quede temblando horrorizada y con grandes deseos de entregar el dinero para salvar su pellejo. Ahí es donde entra en el juego Lana Le Vane. Vosotros dos contabais con que Miss Le Vane habría soltado los cincuenta *grands* a estas horas.

—¡Tú estás loco, muchacho! — exclamó la rubia, en un tono que iba *in crescendo* —. Aunque fuese verdad todo lo que has dicho, has olvidado que Alvar Li-quet está muerto también.

—No me he olvidado de eso, nena. Le he dejado aparte. ¿Por qué no eres sincera y no admites sin tapujos que mataste a Burkell por los motivos que acabo de señalar?

—¡Es que no es verdad! — chilló Sidonie entre un nuevo coro de sollozos —. Y aun cuando lo hubiese hecho, tú no podrías demostrarlo. No eres tan hábil, señor petulante.

—A ti no te hace falta ser inteligente, Sidonie. Todo lo que te conviene es alejarte de la silla eléctrica. Y no sé por qué, voy viendo que no eres bastante astuta para evitar ese fin.

—Entonces, ¿quién mató a Alvar, pues? — preguntó con energía, mientras se comía prácticamente el cigarrillo.

—¡Ay! — exclamé, con un hondo suspiro —. Aquí es donde me coges a mí. He de rendirme ante esos asesinatos que, a primera vista, parecen una cosa tan sencilla. Y hablando de Bunty Moran, ¿qué me dices de esa dama?

Sidonie se enderezó y tiró la colilla del cigarrillo en el plato al lado de la rebanada de pan a medio comer.

—Ya te lo he dicho. Es la dueña de un club de noche de Gulch City. Supongo que al salir de aquí correrás hacia allá para recoger un poco más de basura.

—¿Quién, yo ir a Gulch City? Oye, niña, permíteme que te diga que te has formado una opinión muy pobre de tío Brent. He regresado ya.

Los ojos de la rubia centellearon.

—¿Estuviste allí? — preguntó, vivamente — ¿Y qué te dijo Bunty Moran?

En esta ocasión me lancé a fondo.

—Le dije — repuse, observándole la cara — que tú y Alvar teníais un magnífico establecimiento en Nueva York. Ella me contestó que eso debía de ser solamente una mampara para guardar las apariencias.

—¡La perra maldita! — chilló Sidonie —. ¡La miserable cobarde y traidora hiena! Prometió no hablar nunca de Colindale por nada del mundo. Hace un año que le advertí a Alvar. Está visto que una no se puede fiar ni siquiera de su

propio... — Se interrumpió bruscamente y dió salida a un torrente de lágrimas que esta vez pensé eran genuinas y añadió, con voz entrecortada: — ¡No te puedes fiar de nadie!

CAPÍTULO X

El teniente Spud Murphy, de la Brigada Criminal, parecía muy abatido cuando fui a verle en la Jefatura de Policía. Como ya he dejado dicho, no es extraño que un hombre con una mujer de cien y pico de kilos y once pequeños Murphys, este siempre con la cabeza gacha. La cabeza calva que se estaba rascando mientras chupaba de una olorosa y pequeña pipa de boj cuando yo entré.

—No me digas — musitó sin levantar los ojos de la mesa donde miraba tristemente —. Tengo buen olfato. Ya sé que eres Channing.

—Tengo mucho placer en verte de nuevo, amigazo — le anuncié.

—¿Qué nuevo desacato has estado cometiendo para que vengas a prepararte el terreno ahora, bribón? — refunfuñó sacándose la pipa de los labios.

—Nada de desacatos — contestéle, sentándome en el borde de su mesa —. Haces cara de preocupado, Spud. ¿Qué tienes en la cabeza?

—Nada — repuso él, levantándola y echándome la mirada que uno suele guardar para los gusanos de calidad inferior —. Nada en absoluto, en absoluto. Cuando uno tiene un par de discos tan complicados como los que yo tengo, acaba por no saber qué pensar siquiera.

—¿Esos discos se llaman Alvar Liquet y Oswald Burkell, acaso?

—¿Qué otra cosa podía ser? — contestó. De pronto, inclinándose encima de la mesa, imprimió súbitamente a su rostro una expresión casi humana —. ¿Has estado recogiendo algo por ahí? ¿Me traes algo nuevo?

—Vengo con los bolsillos vacíos — repuse.

—¡Lo mismo que yo! — exclamó Murphy, suspirando. De pronto sus ojos se ensombrecieron y añadió: — Aunque si quieres que te diga lo que pienso, Brent, tú podrías enterarme de muchas cosas. Es muy extraño que estuvieses en la mesa de Liquet cuando el hombre recibió la flecha emponzoñada y también en la oficina de Burkell cuando le despacharon de un tiro.

—No es nada extraño — dije —. Pura coincidencia, no lo dudes.

—Se necesitaría ser un periodista muy papanatas, Channing, para presenciar un par de asesinatos y quedar sin saber una maldita palabra acerca de ellos.

—Hombre, algo puedo saber — me apresuré a contestar —. Me gustaría que hicieses una indagación para mí cerca de la policía de Gulch City.

—¡Gulch City! — exclamó —. ¿Y qué tienen que ver aquellos muchachos con ese jaleo?

—Nada, pero podríamos lograr algo si hiciesen una indagación en torno a una dama llamada Buntie Moran. Es la dueña de una casa de juego situada allí.

Quisiera saber su verdadero nombre, suponiendo que el de Mo-ran sea falso y si tiene, además, algún hijo.

—¿Piensas casarte con ella? — bromeó Spud.

—No — repuse —. Me darás un telefonazo luego, ¿verdad?

—Muchacho, estás mal de la cabeza — dijo Spud —. Pero si te empeñas tanto en saber si esa beldad de Bunty Moran tiene o no tiene hijos, haré la gestión para complacerte. — Y apoyando ambos codos sobre la mesa, soltó una estruendosa carcajada —. Oye — me preguntó a continuación: — ¿No será que andando por ahí has cogido frío en los pies?

A veces me parece creer que ni siquiera un policía merece respuesta. Aquella fué una de ellas.

A través de la neblina del anochecer, iba avanzando lentamente con mi coche y pensando cuán tentadoras y brillantes estaban las tiendas de Broadway donde se vendía, aun en las postrimerías del mes de diciembre, refrescos, mantecados, frutas heladas y naturalmente, también *hot dogs* (7) y avellanas tostadas. Viró hacia Times Square. En Broadway las aceras estaban apretujadas de gente. Muchos iban entrando en cines y tea-tros. Otros leían las noticias del día en los diarios luminosos.

Luego el público de la calle se fué aclarando y los luminosos desapareciendo. Al pasar por el iluminado puente de George Washington sobre el Hudson, divisé fugazmente el haz de luces del «Queen Mary» anclado allí.

Había procurado que efectuasen una gestión oficial en Colindale y me mantuve apartado el tiempo suficiente para que Watkins ladrase como un perro perdido y despachase media docena de aspirinas con sendas tazas de té frío. Luego me deslicé hacia el bar de Toots Shor para tomar una cerveza y me puse en marcha con mi «De Soto» hacia Colindale.

Leí el nombre con la ayuda de una lámpara eléctrica de bolsillo. Era un rótulo formado con rústicas barras de madera. Colindale era una casa baja, de un solo piso, con un porche al que se subía por dos peldaños y que hacía gala de una graciosa columna de tipo colonial en cada extremo. Estaba oscuro. La casa lo mismo que la noche. Si había luces encendidas no traslucían al exterior. El edificio estaba situado a unas treinta yardas de la acera, apartado además del resto de viviendas como si estuviese en malas relaciones con sus vecinos.

Según me enteré en la oficina, Colindale había sido alquilado recientemente por un sujeto que vino de fuera de la ciudad. Lo tomó tal como estaba, amueblado, por un período de seis meses. Yo sabía que el inquilino no llegaría a utilizar todo el período del arriendo.

Subí al porche y revisé mi lámpara de bolsillo y mi «Colt 45». Podía ser que tuviese necesidad de ambos instrumentos. Continuaba soplando un viento frío que me hería el rostro. Tenía la sensación cada vez más clara, de que Colindale podría confirmar una serie de cosas que ya estaba sospechando.

Channing sería un embustero si dijera luego que en aquellos momentos se sentía tranquilo, sereno y confortable. Channing no es ningún embustero. El ruido hondo que sentía eran los fuertes latidos de su corazón y aquel silbar leve y misterioso no era otra cosa que su propia respiración. En realidad, el contenido de mi estómago empezaba a sentirse incómodo, puesto que trataba de cambiar de sitio continuamente.

Y, sin embargo, no estaba haciendo otra cosa que visitar a la inquilina de una casa, a una señora que en aquellos instantes era muy probable que se estuviese en algún garito del interior de Broadway.

Una tabla crujió en el piso del porche. El ruido me hizo llevar la mano rápidamente hacia el «Colt». A continuación, avancé otra vez y oí otro crujido que me obligó a no demorar más el sacar el arma y encender la lámpara.

Un gato negro voló súbitamente por el aire y aterrizó a mis pies. Tenía los ojos verdes y asustados, erizado el pelo y la cola erguida. Echóme una horrorizada mirada, y desapareció en la noche. El maldito animal me dió un susto más terrible que si se hubiese tratado de una pandilla de facinerosos armados hasta los dientes. Principalmente porque salió por la puerta frontal. Me quedó todavía bastante fuerza en la mano derecha para empujar suavemente la puerta que, sin hacer ruido, giró sobre sus goznes. Enfoqué la lámpara frente a mí hacia el vestíbulo y entorné otra vez la puerta con cuidado de modo que no quedase cerrada del todo. Dirigí el haz de luz de la lámpara a mi alrededor y descubrí un reloj de caja grande, un diván, una mesita con un teléfono color crema, una escalera alfombrada y dos puertas.

Empujé con un dedo humedecido la más cercana y se deslizó hacia dentro sin el menor ruido. Apagué la lámpara y metí la nariz para husmear el interior de la pieza. La más completa oscuridad. Agucé el oído porque me pareció haber notado algo más por encima del latir de mi corazón. Y afilé la vista también.

De pronto, se encendió una lámpara de mesa con una pantalla rosada que iluminó un amplio círculo en el interior de la habitación.

Pude ver la sombra de una mujer agachada al pie de una cómoda de nogal labrado. Mi mente corrió fugazmente con la visión de las mujeres relacionadas con el caso Lana Le Vane, Laura Burkell, Sidonie Liquet (o Marshall), y Buntzy Moran. La única dama de estas cuatro que de buena gana habría borrado de la lista era Buntzy Moran.

Entré al cuarto en un súbito impulso con el foco de luz delante de mí. Cuando le dió en la cara, la mujer se volvió hacia el otro lado con un grito ahogado. Aquel rostro preso de terror al cual estaba mirando, tenía una aureola de vaporoso pelo amarillo. Su mano derecha llena de sortijas sostenía un puñado de papel de libreta de notas color azul. Era como el papel que Burkell me mostró en su oficina el día que le mataron.

Dirigí rápidamente el haz de luz por las paredes en busca de un interruptor. Pronto encontré uno y di vuelta a la llave. Mientras me ponía la lámpara en el bolsillo, Buntzy Moran hizo una serie de muecas moviendo al mismo tiempo los ojos aterrorizados. Entre tanto, su mano derecha no cesaba de moverse tratando de cubrir la libreta de notas azul.

Quizá creyese que yo no ponía excesiva atención en los detalles. Sus dilatados ojos estaban fijos en mí. Sabía, seguramente, que mi interés se centraba mucho más hacia un maletín negro que había encima de la cómoda. Empuñé bien el «Colt» y me dirigí hacia el maletín. Ella tuvo que volverse para seguirme con la mirada. Su aspecto revelaba que había recibido el susto más grande de su vida. Abrí el maletín mientras la mujer estaba todavía balbuceando a causa de su horrible asombro.

—¿Te gusta disfrazarte? — le pregunté.

—¡Maldito seas! — exclamó, con voz entrecortada. — ¿Por qué no te apartarás de mi camino de una vez para siempre?

—Esta capa negra y la máscara fueron utilizadas por la persona que mató a Oswald Burkell — dije —. Y ese papel de bloc azul que tú crees que yo no veo es de la misma clase que el que había en la oficina de Burkell el día que le mataron. En él había escrita una amenaza.

De momento, pareció que iba a desmayarse, pero luego se reanimó realizando el esfuerzo suficiente para marcar una arruga de dolor en la frente y señaló el diván.

Yo estaba preparado para enfrentarme con cual-quier trampa. Le enseñé el cañón de mi «Colt» y le hice marchar a ella delante. Al llegar al respaldo, se detuvo de repente. Por la expresión de su rostro, adi-viné que nadie era capaz de hacerle dar otro paso.

Eché una mirada detrás del diván. Supongo que mi cara debía de reflejar una expresión un tanto impre-sionante, porque la dama se echó a llorar lastimera-mente. No sé por qué el papel azul, la capa y máscara negras se alejaron un poco de mi cerebro. Me parecía que no veía la amarilla cabellera, las ensortijadas ma-nos ni la brillante chaqueta de terciopelo que Buntty Moran llevaba en aquellos momentos.

Principalmente porque estaba contemplando el cuer-po sin vida de la joven Sidonie Liquet. Y por primera vez desde que la vi en la oficina de recepción en casa Burkell, mis ojos no se centraban en la hermosa cabe-llera color de miel, ni en los atractivos y profundos ojos ni en las suaves y provocativas curvas de su cuerpo juvenil. Todo esto desaparecía de mi visión como arras-trado, por una fuerza magnética y, en su lugar, se per-filaba una flecha hundida en la parte de atrás del cuello.

CAPÍTULO XI

Encima de la cómoda había una botella de Kentucky Tavern, *bourbon* legítimo. Y un vaso. Observé que el cristal estaba empañado y que en uno de los bordes había una marca de carmín de los labios. Cogí la bo-tella y llené el vaso. Al llevarlo a los labios lo hice gi-rar alejando de mí el carmín. Me pareció sentirme un poquitín mejor.

Buntty Moran, entre tanto, no dejaba de observarme con sus grandes ojos muy dilatados.

—¿Te gusta jugar a disparar flechas? — le pre-gunté.

Al menos creí que debía de haber sido yo quien habló, puesto que en la pieza éramos nosotros dos solos y no vi que aquella cabeza amarilla moviese los labios en aquellos instantes. Aunque aquella no era mi voz. Y si lo era, sonaba diferente como si hubiese quedado impregnada de algo denso y pesado.

Ella volvió la espalda al diván y a lo que en él se escondía y vino hacia mí con aire feroz.

—¡Estúpido! — gritó —. ¿Crees, acaso, que la he matado? ¡La he encontrado de este mismo modo!

—¿Por qué tenías que matarla, Buntty Moran?

Me habría desgarrado la cara con sus uñas color cereza si no la hubiese sujetado firmemente por los puños.

—¡Matarla! — exclamó —. ¡Yo que le di la vida, no podía arrebatarársela ahora!

Ahora me tocó a mí fruncir el ceño con hondos surcos.

—¿Que tú le diste la vida? — repetí, lentamente —. ¿Quieres decir... quieres decir que eres... su madre?

Ella retrocedió un par de pasos entre sollozos y alaridos, de modo que tuve que ir hacia ella y darle una serie de fuertes bofetadas para cortar su ataque de histeria. Luego se apaciguó y me miró con expresión beligerante.

—Soy su madre — dijo, con voz apagada.

Aspiré un poco de aire y noté que el sabor del *bourbon* se me iba agriando.

—Siendo así, ¿quién podía tener interés en matar-la? — pregunté, al fin.

Ella me miró en silencio por unos instantes como si tuviese que librar una batalla interior antes de de-cidirse a confesar.

—Ya te dije que quería descubrir el asesino de Al-var Liquet, ¿no es verdad? Pues ahora quiero descu-brir el de Sidonie. Supongo que los dos tendrán la misma cara.

—Pero, ¿por qué? — pregunté, con voz intrigada.

Ella encogió los hombros.

—Yo no voy contra la Ley, Mr. Channing — dijo —. En cierto modo, estoy dentro de ella. Pero te aseguro que no descansaré hasta que haya metido la mano en-cima del miserable que ha matado a mi hija y a su marido. Ahora no tengo nada que perder, así que creo puedo decir toda la verdad. Usted no sabe más que el comienzo de esa historia, sin duda alguna.

—Yo sé que Alvar Liquet escribía cartas amena-zando a Oswald Burkell y a Lana Le Vane — contesté.

Bunty Moran se pasó los dedos por su sedosa ca-bellera. Vi que la mancha negra de sus raíces había desaparecido tras un reciente teñido.

—Sí, va sé que lo sabe usted. Pero eso no es más que una parte de la cuestión. Voy a levantar el telón si lo desea usted. Cuando Alvar fué asesinado, Sidonie mandó otra carta de amenaza para desviar cualquier sospecha que pudiera recaer sobre Alvar como autor de las cartas anteriores. Le escribió en el papel de libreta de notas que yo trataba de destruir antes que entrase la policía. Y la capa negra...

—Y la capa negra — le interrumpí —, y el sombrero y la máscara de seda que la muchacha utilizó el día que asesinó a Burkell —. Eché una mirada de desprecio a sus joyas y proseguí: — ¿Qué efecto te hace tener una hija asesina?

La mujer pareció encogerse. Describió un círculo lentamente y con temor alrededor de un par de sillas para desviarse cautelosamente del diván. Ya no andaba ahora con la gracia y la esbeltez de un ciervo, y tam-bién habían desaparecido aquellas risas musicales de muchacha de quince a veinte años, y aquella voz de *falsetto* que usaba cuando yo estuve en Gulch City. Aho-ra era una mujer vieja que croaba como un cuervo.

Se paró frente a mí. Sus ojos eran puntas de alfiler que brillaban en el centro de los hoyos que eran sus órbitas.

—No hay por qué negarlo ya, supongo. Sí, Sidonie mató a Burkell. Volvió a mí después que la policía la soltó, después que usted la vió allá en Broadway. La situación estaba bastante bien para ella. Su coartada era muy sólida. Esta es la casa que tenemos en Nueva York, Mr. Channing. Este es nuestro verdadero hogar aunque lo conservemos para guardar las apariencias. Creí que esto les serviría de refugio a ella y a Alvar, pero Sidonie tuvo miedo y se trasladó a un cuartucho del fondo de Broadway. Temía que si los policías des-cubrían este Colindale me mezclarían a mí con ellos dos, y esto es cosa que la pobre quería ahorrarle a su madre. Luego el miedo se apoderó de ella y vino aquí a esconderse.

—Pero, ¿por qué tenía que matar a Burkell? — pre-gunté, como si estuviese planteando el enigma más grande del mundo.

Bunty Moran me miró fijamente y continuó:

—Supongo que para asustar a Lana Le Vane. No olvide usted que yo me he enterado de todo eso luego. No he tomado la más pequeña parte en el asunto. Al contrario, si intervine fué para tratar de disuadirles. De que abandonasen lo que a mi entender era una locura.

—No te resultará nada fácil convencer a la Brigada Criminal — dije, secamente.

Sus ojos se endurecieron y se encogió de hombros otra vez. Aunque a mí me pareció que era un encogi-miento de bravuconería, no de inocencia.

—Yo conocí a Oswald Burkell hace mucho tiempo — prosiguió diciendo, ahora con los ojos cerrados, de manera que parecía estar reviviendo el pasado —. No llegué a quererle nunca, pero tenía dinero. Esto era lo que me interesaba de él. Con paciencia, logré que me estableciese en Gulch City. Naturalmente, él exigió su precio, Mr. Channing, un precio que nada tiene que ver con las finanzas. Vivimos juntos durante seis me-ses. A su mujer le dijo que había salido en viaje de negocios por la América del Sur.

El relato había despertado bruscamente en mi me-moria algún detalle. Levanté una mano indicándole que callase.

—Ya sé que soy lento en la solución de este rom-pecabezas — dije —. Pero las piezas van colocándose en su sitio. Dime, ¿quién era el padre de Sidonie?

Bunty abrió los ojos y dibujó una sonrisa burlona que no presagiaba nada agradable.

—Esto debería saberlo ya. ¿De qué le sirve tanta inteligencia? Y nada menos que reportero de críme-nes.

—Sí — dije, lentamente —. Lo sé. El viejo Burkell tuvo una hermoso: hija llamada Sidonie. ¿Y de dónde salió el apellido Marshall?

—Es el de mi marido — replicó Bunty, como si es-tuviese haciendo equilibrios sobre un alambre.

—¿Tu marido?

—Sí, y usted lo conoce. Es un simio. Le llamo Sweetheart. No tiene nada más que fuerza. Me ayuda a... a llevar el negocio. Le ofrecí a usted su empleo una vez y despreció mi oferta. Nunca se lo perdonaré. Channing. Los hombres no suelen rechazar tales ofre-cimientos.

—No — respondí —, es verdad que no suelen recha-zarlos: Pero yo debo de ser diferente de los demás. O quizá no tan rastrero como otros. Pero, vamos a ver, si Burkell era el padre de Sidonie, ¿por qué tenía que matarle? Esto lo encuentro absurdo.

La mujer lanzó una risotada dura como el granito. Su ruido no se esparcía como la miel, tal como me ha-bía parecido en Gulch City. Noté como si una garra fría me oprimiese el corazón.

—Ya se lo he dicho. Para meterle el miedo en el cuerpo a Lana Le Vane y hacer con ello que soltase los cincuenta *grands*. Esos jóvenes no tenían nada de suerte. El mundo parecía haberles vuelto la espalda. En el teatro trabajaron duramente, pero nunca se les ofreció la más pequeña oportunidad de triunfo. Fué entonces cuando idearon un sistema fácil de sacarle dinero a los demás. Yo no les reñí por ello, aun cuando les puse mis objeciones sobre los métodos que pensa-ban emplear. No soy ningún ángel, bien lo sabe Dios, pero siempre me he esforzado por ir con la frente alta. Además, Sidonie mató a Burkell por otra razón. Desde hacía tiempo, le estaba corroyendo el alma la idea de que me hubiese dado un hijo fuera del matrimonio. Le odiaba por esto. Nunca pudo

sobreponerse al trastorno que le causó saberse hija ilegítima. Y ahora, Mr. Chan-ning, si tiene un grano de bondad humana bajo esa piel de reportero de crímenes, desaparecerá de aquí dejando que los policías se estrujen los sesos sin que se mezcle en ello mi nombre ni el de Sidonie. Es preciso que no recaiga ninguna sospecha contra nosotras. Aho-ra que mi pobre hija ha muerto, ¿qué se podría obtener con señalar con el dedo a un cadáver diciendo que es el de una asesina?

Le eché una dura y prolongada mirada y le volví la espalda. Crucé la alfombra a grandes zancadas y abrí la puerta. No volví a mirar al diván ni a la difunta Si-donie Liquet.

—¡Channing! — La voz de Bunty Moran había re-cobrado aquella arista de terror que yo conocía en sus alaridos —. ¿Dónde va ahora? ¿Qué piensa hacer?

Yo creo que mi cara no me traicionó. Aunque, si hubiese podido traspasarme con la mirada habría visto que la procesión me iba por dentro.

Pasé al corredor y me detuve ante el teléfono color crema. Estaba marcando el número de la Brigada Criminal cuando Bunty Moran llegó corriendo hasta mí, jadeante, resoplando. No hizo ningún ademán para arre-batarme el aparato de las manos, que es lo que de momento creí iba a intentar. Se quedó plantada allí, con el pecho agitado por una terrible tempestad interna. Con la lengua trataba de humedecer sus resecos labios, mientras sus ojos escudriñaban mi rostro.

—El teniente Murphy — dije al micrófono. Y un momento después: — ¿Spud? ¿Tienes algo para mí?

—Sí — contestó el policía —. El verdadero nombre de Bunty Moran es Marshall, si es que esto te sirve de algo. — En cualquier otro instante la noticia me habría hecho sonreír. Era muy propio de Murphy el facilitar las noticias con retraso. La voz en el teléfono continuó: — Se casó con un orangután que llevaba ese nombre y tuvo una hija que se llama Sidonie. — Murphy hizo una pequeña pausa como para plantearme la incógnita que me soltó a continuación: — Oye, Brent, precisamente ese nombre es el de la dama que tuvimos detenida después del asesinato de Burkell. La rubia que trabajaba en su oficina de recepción.

—Tenías que haberlo sabido, Spud — le espeté —. Creo que eres tú el que lleva este caso, ¿no?

—¡Déjate de pullas ahora, Brent! — protestó él —. Estás hablando con la Jefatura de Policía. Yo sé que el nombre de la chica es Sidonie Marshall. Lo que me pregunto ahora es si podría ser la misma. Voy a mandar que me la traigan para interrogarla de nuevo. Creo que no perderemos nada con ello.

—A ese paso no llegarás nunca a ninguna parte, Spud — le dije con cierta sequedad que, por lo general, no solía usar con Murphy.

—Ya te he dicho, Channing, que dejes las chanzas para otra ocasión. Y otra cosa: tengo una información en marcha. Si te interesa saberlo te diré que el veneno de la flecha que mató a Alvar Liquet era curare.

—Pronto vas a sufrir de la presión de la sangre, Spud — le dije —. Oye, ¿no valía más que hubieses procurado descubrir quién fué el que lanzó la flecha? Esto sí que me interesaría saberlo.

El silencio que siguió indicaba que el hombre estaba rascándose la cabeza mirando el teléfono con cara boba.

—Hombre — dijo al fin —. Creo que continuamos trabajando en eso.

—Bien, pues, interrumpe en seguida cualquier clase de trabajo que estéis haciendo en este sentido y ven cuanto antes a una quinta llamada Colindale situada al otro lado del puente de George Washington.

Murphy refunfuñó.

—¡No me digas que continuas armando más jaleo! Brent, te advierto que no voy a tolerar...

—Bueno, no te diré nada más si ese es tu deseo, pero como has mencionado que querías hablar otra vez con Sidonie Marshall...

—¿Es que está ahí? — preguntó el policía, súbita-mente excitado.

—Sí, está aquí, pero no podrás decirte nada, aunque la interrogues, Spud.

—¿Eh? ¿Que no hablará, dices? — vociferó: Y yo me lo imaginé curvando sus dedos en el cinto y po-niéndose rojo como una amapola —. ¡Ya verás como no tardo en hacerle hablar!

—¡Vamos, hombre! ¿Desde cuándo eres capaz de hacerle preguntas a una dama que tiene una flecha en-venenada clavada al cuello?

Se produjo otra pausa, mientras el hombre se ras-caba la cabeza, y supongo yo, debía de llevarse luego la mano al corazón para acallar sus furiosos latidos.

—Oye, Brent, ¿me estás tomando el pelo? ¿Hay al-guien más ahí contigo?

—No, estoy solo.

—¡No te muevas, pues, Brent! No loques nada en absoluto. ¡Pronto estaremos ahí! ¡Si serás malo! ¿Có-mo es posible que estés siempre allí donde se comete un asesinato? Este es el tercero de la serie. Me parece que ahora te será muy difícil justificarte, Channing Será mejor que empieces a ensayar otro cuento para la justicia. Ya veremos cómo sales do ese nuevo ato-lladero en que te has metido por tu mala cabeza.

Colgué el aparato. Bunt Moran no había dejado de mirarme ni un solo instante. Estaba apoyada, encogida, contra la pared, como si intentase esconderse, desapa-recer del mundo como por encanto. El color natural o artificial que antes tenía en el rostro se había eva-porado por completo.

—¡Falso! — exclamó, con los dientes apretados.

—Ya lo sé. Escúchame, lo que no sé es por qué estoy haciendo esto por ti. Quizá ande equivocado, pero creo que lo hago por una criatura a quien la suerte le fué adversa desde el momento en que vino al mundo. Coge ese papel azul y mételo en tu saco con la capa. Y lárgate cuanto antes. Vete con la velocidad de un relámpago. Y donde quiera que vayas procura pegarles fuego a esas pruebas acusatorias y aventa luego las cenizas.

En sus mejillas volvió un poco del color perdido. Al menos lo suficiente para marcar el centro de cada una de ellas.

—¿Me deja huir? ¿No me retiene aquí hasta que lleguen los policías? ¿No intenta hacerme caer en una trampa?

Al preguntarme esto, me miraba de un modo escu-driñador y lleno de recelo, como si no hubiese todavía conocido un solo hombre hasta entonces que no la hu-biese traicionado. Movi6 unas cuantas veces los labios como si quisiera decir algo más, pero la expresión que se reflejó en su cara daba a entender claramente que su corazón estaba demasiado lleno de emociones para poder traducirlas en palabras.

—Yo no traiciono a nadie — le repliqué, con desdén. — Te he dicho que te vayas. Podrías hablar demasiado. O menos de lo necesario. O pudiera surgir alguna otra complicación. ¡Márchate en seguida!

Parecía que tenía que librar una batalla para deci-dirse. Dibujó otra vez la misma sonrisa coqueta que le había visto en Gulch City, se acercó a mí y me tiró de una manga. Vaciló unos instantes y levantó su rostro hacia el mío. Era aquella una faz que parecía de per-gamino. Cuando creyó que se había afianzado sobre sus



La seguí y cerré la puerta

pies, levantó los labios y me besó en un lado de la boca.

—Quizá te he mirado desde un ángulo falso — dijo con una leve risita que tenía reminiscencias de miel —. Acaso tengamos que vernos nuevamente. Tal vez un hombre como tú sería capaz de regenerar a una mu-jezuela como yo.

Sus ojos giraron hacia la puerta principal. Al vol-ver a mirarme brillaban en ellos la gratitud.

Luego huyó a toda prisa.

CAPÍTULO XII

Después de haber pasado unas Navidades tristes, sombrías y solitarias, sin poder asistir casi a ninguna tertulia ni a celebración alguna a base de comer o beber, puesto que tuve que pasar demasiadas horas contes-tando a estúpidas preguntas que me hacía Murphy en su despacho de la Jefatura de Policía, era natural que sintiese deseos de alegrarme un poco.

Al, el camarero que tenía la nariz rota a consecuen-cia de un puñetazo que le propinó una vez Joe Louis, me saludó cordialmente como si estuviese satisfecho de verme. Y al parecer, lo estaba realmente.

—¿Reponiéndonos de los estragos de Navidad, eh? — preguntóme con una sonrisa que le llegaba de una a otra oreja.

—Sí — contesté yo, con cara un tanto agria —. Poco a poco.

—Ya es hora, ¿eh? — preguntó.

—Sí, ya es hora — asentí.

—Supongo que no habrás visto a Watkins, tu jefe, que ha estado aquí hace una hora aproximadamente.

—Desde luego, no le he visto. Hace una hora esta-ba tomando un baño.

Al me sirvió un vaso de Scotch, que yo despaché en seguida.

—Pues te estaba buscando.

—Watkins es muy amable. ¿Iba tal vez con barba de Papá Noel y llevaba un paquete grande?

Al sonrió otra vez.

—Lo que llevaba era una cara de pocos amigos, que todavía se le ha puesto más agria al decirle yo que hacía muchas horas que no te había visto.

—El sabe dónde vivo.

—¿Así no has ido a la oficina?

—Estos últimos días, no. Estaba demasiado ocu-pado. Le he telefoneado muchas veces para evitarle mayor consumo de aspirinas.

Al me llenó otro vaso de Scotch.

—Pues no parecía que le hubiesen hecho demasiado efecto las aspirinas.

Al se fué hacia el otro extremo del mostrador. In-mediatamente se acercó Eddie Terroni, todo afabili-dad, sonrisas y perfume caro. Cuando Eddie nació, hace sesenta años, debía de haber sido para Italia un verda-dero acontecimiento. Es un tipo excelente. Cuando abandonó Italia, los Estados Unidos obtuvieron con él una espléndida ganancia.

—Ya estábamos pensando si nos habías abandona-do, Brent — me dijo —. Raramente te vemos por aquí.

Maisie, la gorda señora de Eddie, vino también en seguida al descubrirme hablando con su marido.

—Este bar es muy diferente cuando no estás tú, Brent — me dijo con una voz todo mieles y con una especie de runruneo —. Es lástima que no hayas podido estar aquí por Navidad. Mi felicitación, aunque retardada.

—Muchas gracias. Se le corresponde — dije yo, sor-biendo mi *whisky* y sintiendo un nuevo calorcito agra-dable que me venía a decir que este viejo mundo no era tan malo después de todo —. ¿Tomarás un Grand Marnier, Maisie?

A Eddie no le invité a beber. Él nunca bebe du-rante el día. En lugar de ello, le ofrecí un «Chester-field». Maisie cogió también el paquete y sacó un ciga-rillo mientras me ofrecía una especie de sonrisa ma-ternal, aun cuando la dama tiene pocos años más que yo.

Cogimos los vasos y fuimos a sentarnos a la mesa de un rincón, al otro lado

de una hilera de tiestos con palmas. Eddie me aseguró, una vez más, que se sentían muy satisfechos de tenerme entre ellos otra vez.

—Me imagino cómo habrás estado de ocupado con esos tres asesinatos, muchacho — me dijo —. A pesar de que el «Evening World» parece que ha facilitado menos datos sobre ellos que los demás periódicos.

—Así es — respondí —. Por eso es por lo que Wat-kins me está buscando por todos los bares y estable-cimientos a los que sabe que voy alguna vez. Esos ase-sinatos están llenando muchos folios en el despacho de la policía. Yo no quiero decir más que lo imprescindi-ble acerca de ellos hasta que pueda dar publicidad a la historia completa.

—Watkins estuvo aquí esta mañana — dijo Maisie, chupando su cigarrillo como si fuese un hombre —. Nos llamó la atención ver aquí una cara desconocida. Al nos ha dicho quién era.

—Sí — contesté —. Es lo que pasa en estos estable-cimientos pequeños. Todos parecemos de familia, y en cuanto asoma las narices un forastero, a todo el mundo le llama la atención

—En efecto — asintió Maisie —. Como la dama del cabello blanco azulado muy reluciente que vino ano-che. Aquella no es que fuese solamente extraña en esta casa. Creo que era la primera vez que entraba en una cervecería. Entró como un conejo asustado. Al tuvo que preguntarle tres veces qué deseaba tomar.

—Cabello blanco azulado — repetí yo, como un loro.

—Sí — replicó Maisie, apoyando en la mesa sus co-dos anchos como muslos —. Y lo tiene muy largo. Se lo peina formando un par de círculos en la parte de atrás de la cabeza. No llevaba sombrero. Pero, chico, qué vestido. Salido de la misma Quinta Avenida. Algo realmente deslumbrador.

—Realmente deslumbrador — repetí yo, continuan-do con la entonación de un loro pesado.

Eddie me miró con extrañeza, algo amoscado.

—¿No estás en nuestra conversación? — me pre-guntó.

—Quizá — dije —. Me parece que conozco a esa dama. ¿Así, pues, no llevaba luto?

—¿Luto? — preguntó Maisie, sorprendida —. Si aque-llo era luto sería el que una llevaría para celebrar la muerte de alguien.

—Eso es lo que quería decir — expliqué.

—Y hablando de caras extrañas — dijo Eddie, escu-driñando a través de la hilera de palmas —, ahí llega otra.

Miré hacia la puerta. El recién llegado apenas osa-ba entrar mirando a uno y otro lado con aire inexpressivo. Se le veía nervioso e irresoluto.

—Ese — dije yo, con una sonrisilla — no es foras-tero. Es Perkins, que viene como si esta fuese la pri-mera vez que desciende a un garito del infierno. Perkins es mi criado, y aunque os cueste creerlo, es real-mente humano. Come, bebe, duerme y ronca. Tiene bra-zos, piernas y boca como la gente corriente.

Salí de detrás del parapeto de tiestos. Perkins me descubrió visiblemente aliviado, como si le hubiesen quitado un peso de encima.

—Creí que me habría avisado que estaba usted aquí, señor — dijo buscando ansiosamente en un bolsillo y sa-cando luego un sobre que me entregó.

Cogí el papel y volví la cabeza hacia el mostrador.

—Supongo querrás echar un trago para reanimarte después de la carrera que te has dado, Perkins — le dije.

—¿Qué dice, señor?

—¿Whisky?

El hombre me echó una mirada que parecía más bien una bofetada, así que no continué insistiendo.

Perkins, que tiene la facilidad natural de aparecer y desaparecer como por arte de encantamiento, se es-fumó a los pocos instantes. Creo que aquella vez debía de ir a la velocidad de unas cincuenta millas por hora.

Apoyé un codo en el mostrador que Al secaba, de-jándolo como para que uno pudiera afeitarse en él, y abrí el sobre. Era de papel amarillo pálido, alargado y un poco arrugado por haber viajado en el bolsillo de Perkins durante un rato. En él estaba escrito mi nom-bre con una caligrafía de araña. Su contenido era la-cónico:

«Querido Brent Channing:

»Tal vez pienses que es ya un poco tarde, pero he invitado a unas pocas amistades a una cena que daré el jueves. ¿Me harás el gran favor de venir? A las siete y media.

»Sinceramente,

”Laura Burkell”

Lo leí un par de veces más y me lo puse en el bol-sillo. Volví donde estaban Eddie y Maisie y dejé de sil-bar en el momento de sentarme.

—Habrán sido buenas noticias por lo que se ve — insinuó Eddie.

—Podría ser — respondí —. Y volviendo a lo de la dama del cabello blanquiazul, ¿qué bebida tomó al fin?

—No le tengas envidia, ahora — replicó Maisie —. Tragó al menos media botella de Scotch.

—¿Quién la llevó a casa luego? — pregunté.

Eddie dibujó una sonrisita maliciosa.

—Nadie — dijo —. La dama está acostumbrada al licor fuerte. Andaba firme como una roca. A mí me dejó boquiabierto.

Estaba todavía silbando cuando regresaba a mi apartamento para despachar un biftec de dos pulga-das de espesor que Perkins me tenía preparado para la comida de la tarde. Dejé de silbar para comer y reanu-dé la canción cuando mi estómago se negó a ingerir nada más. Entonces opiné que me tenía bien ganada una siestecita de quince minutos. Pero no logré ni uno siquiera. Fué el timbre del teléfono el que se inter-puso. En seguida pensé que sería Watkins que andaría rabioso para saber qué sabía yo qué.

Pero, no. La voz del otro extremo del hilo era de mujer. De momento, no la reconocí.

—¿Brent?

—Podría ser.

—¿Lo es?

—Debo de serlo. Estoy en su apartamento y me llaman Channing. El criado que me ha servido la co-mida es el criado de Channing, y las mandíbulas con las que he triturado el biftec son también de Channing.

—¡Déjate de chanzas, Brent! No se trata de bro-mas ahora. Lo verás en cuanto me oigas.

Entonces conocí que la dueña de la voz que resona-ba en mis oídos debía de

lucir uno de los despampantes modelos de su tienda de alta costura, y que su cabello color de cobre oscuro estaría bañado en brillantina. Pensaba también que en aquellos instantes debía de centellear en sus ojos castaños una lucecita maliciosa. ¡Cuidado, Channing, no seas bobo en dejar traslucir que estás contento de oír su voz! Porque el caso era que el gozo me desbordaba el corazón.

—Bien, ¿qué me puedes decir de nuevo? — le pregunté —. Yo creía que Lana Le Vane estaba mordiendo el bocado en cierto elegante escondrijo recomendado por la policía.

—Lo he mordido ya bastante — replicó la dama —. Además, no era ningún escondrijo elegante ni mucho menos. Era una barraca de maderos, pero la policía creía que allí estaría perfectamente a cubierto de todo peligro.

—¿Y lo has estado?

—Demasiado, quizá. Me he aburrido como una ostra. Estuve a punto de pedirte que vinieras a rescatarme de aquella horrible soledad.

—Las damas siempre están a punto de pedirme cosas parecidas — contesté.

—¿Es que no somos socios, por ventura? — preguntóme, y yo me la imaginaba en aquel momento pa-sándose una mano por el contorno de la cabeza.

—Claro que lo somos — contesté —, aunque ya em-piezo a creer que soy únicamente socio comanditario.

—¿No me puedes dar ninguna noticia interesante? ¿No sabes todavía quién mató al hombre de las cartas de amenaza, Alvar Lique?

—Yo no hablo, Lana. Hablar es muy difícil. Pienso que podría equivocarme.

—Pero, ¿tienes alguna idea?

—Seguro. Tengo puñados de ellas.

—¿Y quién mató a Oswald?

Agudicé el oído para ver de descubrir un temblor de emoción en su voz, pero no lo conseguí. Seguro que no había en ella temblor alguno.

—¿Estás preparada para recibir un golpe fuerte, mi querida socia?

—Creo que no quedan ya golpes fuertes para mí — replicó ella, con aire de suficiencia.

—Muy bien, pues. Sabe que Oswald fué asesinado por su propia hija. Una hija ilegítima. — Aguardé a que se produjera una exclamación de sorpresa en el otro extremo del hilo. Como continuase el silencio, pregunté: — ¿Estás todavía ahí, Lana?

—Naturalmente que estoy. Te he oído muy bien.

—¿Y no haces ningún comentario?

—Ninguno. Sólo... — Aquí hizo una breve pausa y luego continuó: — Sólo quería preguntarte: ¿quién es su madre?

—Una dama que vive en Gulch City — repliqué —. Se llama Bunty Moran.

—Nunca he oído tal nombre.

—La muchacha que mató a Burkell estaba empleada en su oficina de recepción.

—¿Una rubia? Esa sí que la tengo vista.

—Sí, una rubia de color miel. Estaba también en el negocio con Alvar Lique, que resulta ser su marido. Los dos se proponían aligerarte de esos cincuenta *grands*.

—Oye, ahora no me pareces un socio comanditario.

—Es que quizá tenía que haber dormido (8) un poco más — respondí.

—¿La chica va a ser detenida?

Me pareció ver que los nudillos de los dedos que sostenían el aparato del

teléfono estaban blancos en aquellos instantes.

—No. Está muerta también. Murió de una flecha en-venenada, lo mismo que su marido.

—Comprendo.

Lana parecía estar recibiendo el informe de un jefe de sección de ventas a sus órdenes. ¿Por qué tenía que demostrar mayor interés? Ella no había hecho sino bor-dear el peligro. Había recibido amenazas, sí, pero aho-ra parecía que las negras nubes se habían despejado y no volverían a aparecer en su cielo.

—¿Y quién la mató?

—Eso quisiera saber yo.

—¿Quieres decir que no sabes quién ha sido el que ha disparado las flechas?

—Exactamente. Pero confío en que cada minuto que transcurre me acerca al descubrimiento del autor. Dime Lana, ¿me has llamado porque querías realmente saber algo o sólo para comprobar si todavía estoy vivo?

—Da gusto oír tu voz y saber que todavía estás vivo, pero te he llamado para decirte que acabo de re-cibir una carta muy extraña. Ahora vuelvo a estar en la Tercera Avenida.

—¿Una carta extraña?

—Sí. ¿Quieres que te la lea, Brent? — Oí un crujido de papeles y la voz de Lana, continuó: — Es de su es-posa... su viuda.

—¿La de Burkell?

—Exacto. Dice: «Querida Miss Le Vane. Tal vez piense que es ya un poco tarde, pero...».

—No sigas — la interrumpí, mientras una rápida chispa de excitación me recorría el espinazo —. Te dice que desea que vayas a cenar a su casa el jueves, a las siete y media, y te asegura que le harás un gran favor si aceptas.

Lana emitió un bufido.

—¿Será posible? — exclamó —. Lo has adivinado, Brent. ¿Cómo lo sabes?

—Es que yo he recibido una invitación igual — con-testé —. Parece que nos vamos a reunir, pues, el jueves, Lana.

—¿Tú irás?

—No hay bastante policía en Nueva York para im-pedírmelo.

—¿Y... y crees que yo debo ir también?

—Si no vas no nos veremos.

En el auricular resonó una risa cordial, que fué apagándose como un eco.

—¿Es que tienes realmente ganas de verme, Brent? — preguntó, con un leve acento de ansiedad.

—No soy tan estúpido como para desperdiciar la oportunidad de contemplar una vez más a una mujer guapa, Lana — contesté.

El suspiro que llegó por el hilo telefónico se pro-longó extraordinariamente.

CAPÍTULO XIII

Me puse de *smoking* y subí a mi «De Soto» poniendo proa a Riverside Drive. Un par de horas antes me ha-bía hecho cortar el cabello, tras un buen champú. Me sentía rejuvenecido y lleno de energía, capaz de enfren-tarme con el mundo entero. Hasta tenía humor suficiente para tararear una canción de moda mientras iba pilo-tando el automóvil entre el monótono zumbido del trá-fico ciudadano.

Al pasar entre los dos macizos leones de bronce que coronaban los pilares de la verja de la señorial man-sión de Burkell levanté el sombrero. Me pareció que los dos animales temblaban de frío allá arriba cubiertos de nieve.

Paré el coche en la parte trasera de la casa y me encaminé hacia el porche sostenido por una hilera de columnas.

Henry, el atiesado criado con talla de gigantón, me abrió la puerta y me hizo pasar a la antesala, y de allí al espacioso salón que tenía capacidad suficiente para poder reunirse en él una convención para la elección de presidente.

Respirando aquel aire perfumado, sentí la soledad de la rica mansión cuando Henry salió cerrando la puer-ta tras de sí.

Esforzando la vista, pude divisar el otro extremo de la sala. Una buena fogata crepitaba en una chimenea de ladrillo de grandes proporciones. Desde las paredes, ocho lámparas proyectaban su luz hacia el alto techo de donde se reflejaba amortiguada en un tono anaran-jado que resplandecía a mi alrededor. Empecé a con-tar los sofás y canapés, pero al llegar a dieciocho lo dejé. Estaba delante del soberbio mueble bar Chippen-dale, cuando se abrió la puerta.

Lana Le Vane apareció ante mí radiante como una princesa de un cuento de hadas. Me imagino que al viejo Burkell debía de causarle también el mismo efec-to que la princesa fabulosa le causaría a un niño. Iba con un vestido completamente blanco con un collar de perlas que refulgía bajo la luz anaranjada y enmar-caba las generosas dimensiones del escote Su cabello de color cobre lanzaba también destellos a causa de la abundante brillantina, y en su rostro lucía una de aquellas exóticas sonrisas que solía regalar con la boca cerrada y el labio inferior sobresaliéndole un poco.

—Tú tienes la palabra, Brent — dijo cuando Henry hubo cerrado la puerta.

Sus palabras sonaban como si pensase que estába-mos hablando todavía por teléfono sin que hubiese ha-bido ninguna interrupción.

—Guapa — le dije sin poder apartar de ella la mi-rada, aunque no tenía precisamente ganas de apartarla ni mucho menos —. ¡Eres un verdadero hechizo! Ante tu belleza es forzoso rendirse incondicionalmente.

Ella retiró la sonrisa y me tendió las manos. Se las cogí entre las mías y noté que su perfume anulaba, prácticamente, el de la suntuosa sala.

—Quiero creer que eres humano, a pesar de todo — me dijo, reteniendo mis manos entrelazadas con las suyas y acercando más su rostro hacia mí.

La besé en la boca húmeda y cálida Ella apretó su cuerpo contra el mío con una vehemencia que indicaba el largo tiempo que había estado deseando la llegada de aquel momento.

Cuando llevábamos los dos tanto rato sin respirar, que no podíamos resistir más, ella se separó de mí, dulcemente, y se fué hacia el mueble bar.

—¿Nadie nos invita a beber un poco? — preguntó, brillando de nuevo en su rostro su característica son-risa de la boca cerrada.

Sacó una botella de Jerez y llenó dos vasos. Me ofre-ció uno y aplicó sus labios al otro que sujetaba firme-mente con la mano mientras me miraba por encima del borde del cristal.

—La dueña de la casa no ha aparecido todavía — dije.

—Mejor. De otro modo no me habrías besado, Brent. Como no soy una jovencita, puedo hablar así. Brent Channing, si quisieras serías un magnífico ma-rido para una mujer.

Eché otro sorbo y me reí un poco.

—Sí, uno de esos maridos a los que de vez en cuan-do la mujer tiene que pasarse varias semanas sin ver-les.

—Una mujer podría acostumbrarse a esto si te qui-siera de verdad.

—No hay nada que hacer, Lana. Estoy casado ya.

Una súbita sacudida de la mano le hizo derramar un poco de Jerez. Dejó el vaso de nuevo sobre el mueble y exclamó, con una honda arruga entre los ojos:

—¿Casado? ¡Brent! Nunca llegué a sospecharlo.

—Sí — repliqué, secamente —. Estoy casado con un periódico. — Vi cómo ella temblaba ligeramente al tiempo que emitía un suspiro —. Si me diera por casarme con una mujer — proseguí diciendo — sería un verdadero caso de bigamia. Los periodistas que trabajan y se casan, no pueden tener ninguna consideración a su señora.

—Por un momento, creí que eras un hombre serio — dijo Lana.

—Aquí está el mal: que lo soy. La vida de un re-portero de crímenes pertenece a su periódico. No parece así al principio, pero sí lo es siempre al final. No es posible que lo comparta con su mujer. Esto no sería justo. Para la dama, naturalmente.

Lana meditó mis palabras por un instante. Luego, dijo:

—Pero... yo tengo también que cuidar de un negocio. ¿No podría, acaso, resultar que nuestras vidas se complementaran, Brent?

—Podría — respondí —, pero no será así. En primer lugar, porque yo nunca he podido imaginar siquiera el vivir sin trabajar en un periódico, y mientras sea periodista no dejo la soltería. Yo soy uno de esos tipos anticuados que creen que el lugar de la mujer es el hogar, y el del hombre, está en un empleo que le permita ponerse las zapatillas y sentarse ante la chimenea alrededor de las seis de la tarde, disponiendo, además, para sí, de todas las horas que el trabajo le deja libres. Los periodistas no tienen ninguna hora libre. Viven en mundo aparte. Lana, en el que las horas corrientes se estiran como la goma. En fin, una clase de mundo al que no debe llevarse a una mujer.

Lana empezó a hacer pucheritos.

—Así, pues — expuso —, cuando se haya liquidado este caso, ¿no querrás continuar siendo mi socio?

—Cuando este caso llegue a su fin, Lana, no tendrás ya necesidad de ningún socio. Habrá desaparecido todo el peligro, y mi labor habrá terminado por lo que a ti se refiere.

Ella cogió otra vez su vaso y lo hizo girar entre sus dedos.

—Me parece que voy a sentirme muy triste cuando todo esto quede liquidado — dijo.

De pronto, interrumpimos nuestro diálogo sentimental. Henry, tieso como siempre y con su cara impasible, abrió la puerta lo suficiente para dejar pasar a Bunty Moran, que entró con su grácil andar de ciervo. El criado volvió a cerrar a continuación, sin decir nada.

El rubio cabello de Bunty le enmarcaba la cara como la llama de una lámpara recién avivada. Vestía de terciopelo marrón con un cinturón dorado y aparecía envuelta en el misterioso encanto que le era peculiar. Se adivinaba que no tenía entonces sino un solo pensamiento: ¿Por qué me habrán llamado aquí? Lo leí en sus ojos y cuando habló, lo noté en su voz.

La dama continuaba todavía pareciendo el escaparaté de una joyería.

—Brent, dime, ¿a qué viene esto? — preguntó, mientras sus ojos recorrían la sala hasta ponerse en el rostro de Lana —. ¿Quién es esta señora? ¿La dueña que nos invita a los dos?

Sus brazos flotaron en el aire. Entonces comprendí dónde había aprendido Sidonie sus ademanes y su inclinación teatral.

—Lana Le Vane, te presento a Bunty Moran... o Marshall — dije, observándolas a las dos.

Lana alargó una delgada mano y sonrió. Bunty Moran apoyó las suyas en las caderas y quedó mirando con una expresión que no podría definir.

—Tengo sumo placer en conocerla — dijo entonces Lana, retirando la mano y colocándola a lo largo de la línea de su blanco vestido.

—¿Por qué? — preguntó la visitante, con su estri-dente voz de *falsetto*.

Rápidamente intervine. Cogí un vaso de Jerez y lo llevé a la mano que Bunty Moran apartó de mala gana de su cadera.

La puerta se abrió otra vez y Laura Burkell empezó a estrechar manos, mientras repartía a diestra y si-niestra sonrisas de circunstancias. Iba con un vestido rojo, largo, flotante, que llegaba a ras de la alfombra, con anchas mangas floreadas y cuello cerrado. Su ca-bello blanco azulado estaba recogido en dos graciosas anillas holgadamente sujetas en lo alto. Llevaba bas-tante maquillaje como para despertar celos a las coris-tas de primera fila. Yo pensé que su tez se agrietaría si continuaba prodigando las sonrisas, pero no fué así.

—¡Esto es maravilloso! — exclamó jadeante, cen-telleándole los ojos —. ¡Es la primera vez que tengo el placer de organizar una cena siendo yo quien invite a los comensales! — No pude evitar la idea de que su voz sonaba como la de una jovencita que había bebido ya un poco más de la cuenta. Rápidamente prosiguió: — ¡Gracias muchísimas gracias a todos por haber ve-nido! Temía que pudiesen pensar que no debía hacer esto... precisamente ahora. Pero mi deseo era tenerles a todos ustedes reunidos aquí — concluyó con una ancha sonrisa que dejó al descubierto sus dientes postizos. Todos ellos.

—¿Para qué? — preguntó Bunty Moran otra vez.

Laura Burkell se limitó a mirarla detenidamente sin contestar. Henry apareció en el umbral y anunció que la cena estaba preparada. Mientras salíamos de la sala de estar para cruzar el amplio pasillo y entrar lue-go en el vasto comedor con su adusto mobiliario Chip-pendale — el viejo Burkell debía de haber estado resen-tido de todos los demás estilos de mobiliario — creo que todos nos estábamos haciendo la misma pregunta: «¿Por qué nos habían llamado?». Cuando nos sentamos en la mesa suntuosamente puesta y Henry empezó a revolotear a nuestro alrededor creo que todos sospe-chábamos que la comida en cuestión no era sino una especie de prólogo del acontecimiento principal.

La mesa era bastante grande para dar cabida a treinta y seis comensales. Los cuatro que éramos pa-recíamos diminutas islas en un vasto mar de mantel con encajes. Entre nosotros quedaba una enorme bre-cha. Laura estaba a la cabeza de la mesa y yo al otro extremo, de modo que para verla bien tenía que agudizar la vista. Situadas a igual distancia una a cada lado de la mesa estaban Bunty Moran y Lana ésta a mi derecha. Yo pensé que Laura podía haber acertado la mesa y ponernos más juntos para mayor comodidad. Así colocados se me ocurrió mirar si había por allí al-gún micrófono para el caso que tuviera que dirigirle la palabra.

La comida fué servida hábilmente por Henry. Em-pezó con un Egg Fu, la idea del cual sospecho que el viejo Burkell debía sacarla del Mike Fish de Chicago. A continuación vino una quesadilla a la crema y luego unas magníficas albóndigas de carne exquisita. Para postre tuvimos piña americana, café y licores variados. Fué un perfecto menú para una cena.

Comíamos en silencio mirándonos furtivamente unos a otros y en especial los invitados a su anfitriona. Pero Laura Burkell parecía haberse olvidado de que está-bamos allí. Cada vez que la miré vi su blanquiazulada cabeza

inclinada sobre el plato del momento. Una de las veces iba a decir algo pero pensé que ello representaba un esfuerzo demasiado considerable. Además nunca me ha gustado ser el primero en romper un silencio real-mente solemne un silencio de catedral

Los vinos eran abundantes y lo mismo que la co-mida escogidos con consumada maestría. Terminamos con Chartreuse Verde y cigarrillos. Ni Henry habló una sola vez durante el transcurso del ágape.

Las lámparas estaban bajas y la mesa en sí iluminada únicamente por candelabros que se erguían como centinelas multicolores sobre sus sólidos pedestales de plata. A cada bocado que daba, a cada sorbo de vino o de licor que echaba, esperaba que una mano se pusiera sobre mi hombro y oyera una voz diciendo: «Bueno, ha llegado el momento de poner las cartas boca arriba».

Por la tensa expresión reflejada en el rostro de Lana y de Bunty Moran adivinaba que también ellas pensaban lo mismo. Lo que más me sorprendía era que Bunty Moran, locuaz por naturaleza, lograra permanecer tanto rato silenciosa. Por mi parte tenía el cerebro ocupado continuamente con la idea de que veía reunidas tres damas relacionadas de uno u otro modo con el difunto Oswald Burkell, sin que ninguna de ellas sintiese por él ni un adarme de afecto. Parecía injusto que estuviesen allí utilizando su mobiliario y comiendo manjares pagados con su dinero. Tal vez Laura, en el fondo no estaba tan tranquila, después de todo.

«¡Ahora! — dije para mis adentros —. El prólogo ha terminado.»

El telón se iba a levantar. La orquesta iniciaba la apertura. Se terminaron los preámbulos, prólogos e introducciones. Y ello cuando la más extraña de las co-midas tocaba a su fin.

—Les debo o ustedes una explicación — empezó diciendo Laura con voz tensa.

Lana tenía los codos sobre el mantel; su hermoso rostro apoyábalo con la barbilla en las dos manos. Sus ojos estaban fijos en la cara de Laura Burkell con curiosa fascinación. Bunty Moran movía su cigarrillo entre los labios y agudizaba sus ojos para penetrar la neblina del humo. Se apoyaba en el respaldo de la silla y su estómago aparecía algo curvado.

—Esto es lo que pensamos, desde luego — dijo Bunty, como por favor de los invitados.

—¿No saben ustedes de dónde vengo yo? — preguntó Laura. Y sin darle tiempo a nadie para contestar, prosiguió: — De una familia de Boston con tradición y rigidez señorial. ¿Saben ustedes lo que esto significa? Un padre austero, frío, impasible; tres veces a la iglesia los domingos; oraciones cada mañana antes y después de cada comida... Para hablar con mi padre tenía que obtener su permiso. A mi madre la tenía en el puño. Tampoco ella podía hablarle sino determinadas veces al día. En los primeros tiempos de su matrimonio quería huir de su vera; con frecuencia me hablaba de eso y ya a su regreso del viaje de bodas sintióse horrorizada al pensar en los años que se extendían delante de ella. Su mente estaba siempre puesta en la maleta, en el tren que la llevaría lejos de allí y en la nota que dejaría escrita para él.

»Pero pasaron los días y los años, y continuaba como un pájaro en la jaula, mejor dicho, peor que un pájaro enjaulado, puesto que ella tenía la puerta abierta y le faltaba valor para huir. — Mientras hablaba iba entrelazando y desentrelazando las manos continuamente.

—¡Nadie le impedía huir! — dijo Bunty Moran, con su estridente *falsetto*.

No creo que Laura oyese la interrupción, puesto que prosiguió diciendo:

—Así fué mi vida en el hogar. Tuve que imponerme y transcurrió mucho tiempo hasta que se me permitió salir con Oswald. Cada noche, a las nueve, tenía que estar de nuevo en casa. Y luego mi matrimonio... ¡Mi matrimonio! ¡Esa trágica farsa! El lazo indisoluble. Unidos hasta la muerte... Mi vida matrimonial contri-buyó a empequeñecerme aun más, a sentirme más insignificante todavía. Yo oculté mi dolor. Nadie sabía mis penas. Fingí. La gente creía que éramos felices puesto que parecíamos una pareja normal. Pero él se burlaba de mí; me hería diciéndome que estaba deformada interiormente porque no le daba hijos. Desde el principio empezó a negarme dinero para mis vestidos y para todo lo demás. Para arrancarle cualquier extra-ordinario tenía que suplicarle continuamente. Nunca me sacaba con él; nunca procuraba divertirme. Vivía la vida de un verdadero ermitaño.

—Nadie le impedía, huir — replicó Bunty Moran.

—Quería marcharme. ¡Dios mío, cuántas veces ro-gué me concediera la fuerza necesaria para dar ese paso decisivo! Pero era débil, me aterrorizaba el es-cándalo, las habladurías de todas nuestras amistades y conocidos. Más tarde empecé a pensar, y cuando una mujer que ha pasado toda una vida en una cárcel en-cadenada como yo estaba, azotada por el fracaso de todas las ilusiones, quebradas todas las esperanzas, em-pieza a pensar que algo tiene que suceder inevitable-mente...

Eché una mirada a las tres mujeres, Lana había apartado sus manos de la cara. Estaba mirando fija-mente a Laura, como si estuviese viendo un animal raro. Bunty Moran había sacado un segundo cigarrillo que se le había apagado sin darse cuenta.

Sólo sabía que ante sí una mujer ponía su alma al desnudo y que sus revelaciones no le hacían ningún bien a nuestro estómago.

En cuanto a Laura Burkell, parecía haberse hincha-do hasta rebasar su tamaño normal. Sus manos ya no eran pequeñas y blancas; habíanse cerrado formando unos puños relucientes. Todos sus músculos vibraban.

En la puerta se produjo un levisimo ruido; todos dirigimos hacia allí nuestra mirada, conteniendo el aliento.

Era Henry, rígido, arrogante, que traía una sola botella en una maciza bandeja de plata que sostenía en sus brazos como si fuese las joyas de la Corona. La depositó en la mesa, a la derecha de Laura y se fué otra vez con paso ligero como si tuviese horror a de-jar una marca en la alfombra. Laura se puso en pie y permaneció así un momento, indecisa. Lana me miró como si me invitase a decir algo. Pero yo no había oído todavía bastante del relato de nuestra anfitriona.

Laura continuó:

—Oswald creía que yo seguía siendo la niña boba de siempre. Nunca se le ocurrió pensar que aun cuan-do necesité bastante tiempo, al fin comprendí que tenía mis derechos. Traté de plantarle cara y decirle lo que yo creía que merecía cómo esposa: que lo que necesi-taba en primer lugar era amor y cariño. Él me respon-dió de un modo destemplado; mi determinación, frá-gil como una delicada figura de porcelana, quedó hecha añicos. Más tarde descubrí quién era su querida...

Aquí sus ojos describieron un pequeño círculo has-ta posarse en Lana. La dama de la cabellera color de cobre recibió la mirada sin parpadear, y hasta que los ojos de Laura volvieron a fijarse en el centro de la mesa. Lana se humedeció un poco los labios con la len-gua y me echó una rápida y asombrada mirada.

—No importa, de todos modos — prosiguió Laura —. Entonces nada podía ya herirme; cualquier nueva hu-millación no significaba nada. No obstante, me vi con fuerzas para iniciar la ofensiva. Esto sucedió no hace muchos días. Él me había necesitado durante todo el día. Yo me sentía como el gatillo oxidado de una pis-tola que él hubiese olvidado que estaba cargada. Hacía falta algo para que el arma estuviese a punto de hacer fuego. Aquella fué la ocasión. No me acuerdo de cómo empezó, pero sí sé que, en lugar de aceptar sus insultos le respondí adecuadamente. ¡Por poco se me des-maya! — exclamó Laura, con una breve risa gutural. Luego prosiguió: — Le dejé *groggy* y me recreé viéndole así. La pelea terminó durmiendo con él aquella noche... después de tantísimo tiempo de dormir sola...

El cuerpo de Laura parecía tenso bajo su rojo vestido. En sus ojos brillaba una luz febril. Su voz revelaba también la tensión de la temperatura en que se encontraba.

—Comprendo lo que quiere decir — asintió Bunt Moran, humedeciéndose también los labios.

—Y entonces fué cuando Oswald recibió una carta amenazándole de muerte — continuó Laura con un so-llozo —. Él no sabía que yo estaba enterada. Continué mis investigaciones con cautela y descubrí una serie de cosas. Era la primera vez en mi vida que hacía algo por mi propia cuenta, y bendije haberlo hecho. Descubrí que un hombre llamado Alvar Lique le enviaba las cartas. Descubrí que ese hombre tenía que estar en el «*Criterion*» a una hora determinada. Y fui allí.

Me puse en pie rápidamente.

—¡No digas más! — le grité —. No hay necesidad de que nos digas nada más, Laura. Aguarda a que venga la policía. Entonces se lo cuentas todo si quieres, pero antes será mejor que se lo expliques a un abogado. Esto podría ser peligroso.

—No se enfades conmigo, Brent — suplicó en el tono de una criaturilla —. He empezado y quiero terminar. Y no me impondrán ninguna condena; ya verás. Fui al «*Criterion*», como iba diciendo. Yo había leído un libro sobre asesinatos misteriosos. Me procuré una flecha bañada en curare y la disparé sobre Lique.

—¡Tú, perra maldita! — chilló Bunt Moran.

Le eché una mirada. Debía de haber algo muy expresivo en mis ojos porque la mujer calló inmediata-mente. Lana se humedecía los labios sin cesar.

Laura tenía en aquellos momentos una cara maligna, profundamente inhumana. En los ojos de Lana se leía una compasión arrolladora mezclada de disgusto, rencor, horror y repulsión, como si estuviese presenciando la reencarnación de alguna sucia pesadilla que tuviese su origen en unas cloacas.

—Aquella noche en el «*Criterion*» estuve a punto de ser presa del pánico — prosiguió Laura, con voz llena de temblores —. Estaba de pie cerca de la mesa con la flecha en la mano. A mi alrededor se agrupaban los parroquianos del local. Luego descubrí a Brent Channing. Pero él no me vió a mí.

Sus labios se contrajeron en una desdeñosa sonrisa mientras me miraba, diciendo:

—Maté a Alvar Lique y quedé hondamente satisfecho. — De sus ojos salía ahora una luz tan fría, tan cruel, tan distante que no pertenecía al tiempo; era la expresión de una hembra resuelta que no conocía la existencia de las leyes. Interrumpidamente continuó: — Me hacía un gran bien la sensación de haberle demostrado a Oswald que le quedaba agradecida al mostrarse súbitamente humano conmigo. Era la forma de darle las gracias por haberse

dignado al fin a mirarme, a reconocermme como esposa. Él creyó que me sentía realmente agradecida. No sabía que había llegado el momento álgido para mí. No sabía que yo estaba loca; que pronto le mataría a él lo mismo que al hombre que escribía las cartas de amenaza. No me importaba matar a quienquiera que fuese. Había encontrado la fuerza; ya no me sentía débil y desalentada. Estaba en mis manos el arrebatarle la vida a cualquiera. Entonces mi servicio de información particular me enteró de la existencia de la mujerzuela de Gulch City; la hembra a quien Oswald había dado una hija.

Miré rápidamente a Bunty Moran, pero vi que tenía los ojos cerrados. No sé si estaría durmiendo o simplemente estupefacta.

—Me reí de buena gana cuando vi que la hija de Oswald mataba a su padre — prosiguió Laura —. Te-nía gracia. Me ahorró el trabajo de matarle yo y, sin embargo, en cierto modo quede resentida por ello: me había arrebatado mi victoria final. La risa se convirtió en sollozos. Lloré sinceramente por primera vez después de cuarenta años. Luego de unas pesquisas descubrí a Sidonie Marshall. Estaba en una suntuosa mansión llamada Colindale. La estuve vigilando mientras pensaba que ella era fruto de mi propio marido. La estuve atormentando durante varias horas. Le hice peinarse su hermosa cabellera, y pintarse la cara y los labios. Acaricié el delicioso satén de su piel. En un rápido impulso comprendí entonces que todo lo que yo había sido, hecho y sufrido tenía que encontrar allí plena venganza. Él, Oswald, había creado; yo destruiría. Me sentí presa de una irresistible oleada de felicidad. Obligué a la muchacha a que se desnudase y se tendiese en el diván. Estaba muy hermosa. Temblaba como una hoja en la brisa de la primavera, «¡No me mates!», repetía entre sollozos. Le enseñé la flecha y se la clavé lentamente en el cuello. No le causé dolor. No exhaló el más leve gemido. Estaba muerta antes que terminase de pasarle las manos por el cabello. Así fué de sencillo. Y con ello recobré nuevas fuerzas. Había dejado de ser la muchachita dócil de Boston. Me había hecho mujer. Había aprendido de la vida. Encontré una tienda donde pude comprar flechas. Todavía me quedan diez. Me gusta jugar con ellas. Y con veneno. Eso me infunde ánimo; me fortalece. Le di a Oswald mi amor, mi cariño, mi solicitud, todo lo que tenía. Él confundió mi aire meditativo con la debilidad. Mi devoción hacia él la tomó por servilismo. Le llamaba con palabras dulces que no hacían sino aumentar el odio que sentía por mí.

La luz que fulguraba en los ojos de Laura era realmente impresionante. Aquel mismo brillo lo había visto yo en la mirada de criminales convictos, pero en ella me parecía más siniestro todavía, acaso debido al contraste con su feminidad. En la mujer asesina hay siempre una emoción más honda; la emoción que en aquellos momentos reflejaba el rostro de Laura Burkell. Sentí un estremecimiento en todo mi ser. ¡Yo que en principio la había clasificado, simplemente, como una mujer humillada, débil, ansiosa de cariño y de mimo!

Reconozco que me he encontrado con casi todos los más diversos ejemplares de la raza humana. Y que siempre han sido los pequeños detalles los que me han hecho conocer el verdadero carácter de la persona sometida a mi observación. Sin embargo, por lo que se refiere a Laura Burkell, nunca pude descubrir el menor síntoma de su propensión al homicidio. Hasta aquel instante, aun cuando tuve mi opinión particular sobre la dama vestida de gris que me llamó la atención en el «Criterion» la noche en que Liquez recibió el flechazo, no empecé a preocuparme seriamente el siniestro fulgor de aquellos ojos, que me hacía sentir un escalofrío que se calaba hasta los tuétanos.

Bunty Moran no estaba dormida ahora. Ni estupefacta. Miraba fijamente a Laura Burkell como si mirase a una víbora. Lana había echado su silla atrás y

aparecía profundamente pálida. Yo hice un movimiento para levantarme. Laura alargó la mano y cogió la botella que Henry había traído como si fuesen las joyas de la Corona. Sacó el corcho y nos regaló una prolongada e histérica risotada, estridente y loca.

—¡Siéntense! — gritó en un tono que me hizo com-primir el estómago —. Por si se les hubiese ocurrido alguna idea será mejor que sepan, señoras mías, que el contenido de esta botella es vitriolo puro. Y que sé manejarlo con la misma habilidad que sé arrojar una flecha. No se muevan de su asiento, amiguitas mías. ¡Amiguitas! ¡Esa concubina barata de cara hermosa y esa dama de la cabellera de cobre que Oswald admira devotamente!

—¡Brent! — gritó Lana —. ¡Por Dios, haz algo!

—No puede hacer nada para salvarte — respondió Laura, con una sonrisa burlona —. Ni tampoco para salvar a esa manceba de Gulch City que tuvo una hija que tenía que haber sido mía. — Al decir eso dirigió su torcido rostro desde Bunty Moran a mí mientras buscaba en su bolso otro cigarrillo. — He aquí el hombre que no quiere limitarse a cuidar de sus propios asuntos; el reportero de crímenes que me ha obligado a reunirme a los tres para demostraros mi poder. ¡Te odio! ¡Dios mío cómo os odio a todos!

—¡Deja esa botella! — ordené.

La agarró más fuertemente todavía y la blandió amenazadoramente, de modo que Lana se agachó por instinto, sin querer. Al ver su gesto, Laura Burkell la insultó con una nueva sonrisa de desprecio:

—¡Calma, calma, señores! ¡Piensen en todas las cosas que más han deseado siempre: sus gustos y dis-gustos personales; sus ansias, sus sueños, sus ambiciones! Porque no tendrán ustedes ocasión de volver a pensar ya en nada de ellos...

Yo no sé en qué estarían pensando Lana Le Vane y Bunty Moran, cada una con un nuevo cigarrillo col-gándoles de los labios, pero sí sé lo que pensaba yo. Mis esperanzas estaban puestas en el teniente detective Murphy y en la llamada que le había hecho una hora antes de ponerme en camino para Riverside Drive. Murphy, el jefe de la Brigada Criminal; el hombre que conocía y era conocido; el hombre que hablaba y que no hablaba; que sabía cuándo había que entrar en un sitio y cuándo tenía que mantenerse lejos de él. Murphy, el ángel custodio de Broadway, el policía de County Cork, el responsable de la Ley y del orden en todo lo largo de la zona de la Great White Way...

¿Quieren ustedes conocer los buenos chicos, las ma-las chicas, los pillos, los estafadores, los criminales profesionales, todo ese inframundo que se cobija en los bajos fondos de la capital más trepidante del mundo? Quizá no tengan ustedes ningún interés en relacionarse con tales personajes, pero en todo caso no duden que Murphy les conoce a todos.

Murphy conoce cada una de las gotas de jugo de coco que fluye en Big Street; conoce cada una de sus piñas americanas. Procuren ustedes que esté fuera de servicio, si les es posible, y verán cómo el hombre se convierte en un tipo corriente, que mece a los críos en sus rodillas, deshaciéndose en ternuras al llevarlos a la cama, arropándoles, procurando buenos presentes para toda la familia en las solemnidades, y ayudando solícitamente a Mrs. Murphy en todos los quehaceres domésticos. Pónganle otra vez de servicio y el hombre no para un instante. Puede que sea lento, pero siem-pre llega a tiempo. Y aquella noche llegó a Riverside Drive, como yo le había indicado. Llegó rápido, cuando yo estaba ya empezando a sospechar si no lo resultaría bastante para poderme ser de alguna utilidad.

Laura Burkell no obsequió a todos, individual y co-lectivamente, con la

última sonrisilla burlona antes de apuntar el vitriolo hacia nosotros.

—¡Laura! — grité con toda la fuerza de mis pul-mones como si tratase de llegarle al alma.

Una figura entró en la sala y avanzó hasta situarse detrás de aquella loca. No se trataba de Henry, el cria-do, sino de un hombre que llevaba un revólver en la mano. Mis ojos se clavaron en él, del mismo modo que lo hacían los de Lana y los de Bunty Moran. Pero Lau-ra no tenía los ojos para fijarse en revólveres; los tenía sólo para matar, para saciar su sed de sangre. A ninguno de nosotros tres nos impresionaba ya ahora la terrible expresión de su rostro, frío, impasible y siniestramente resuelto. Todo presentíamos el próximo final. La figura levantó la mano armada y Laura blan-dió la botella hacia nosotros.

—¡Cógela! — gritó la figura.

Preparado y aguardando el momento como estaba, brinqué desde mi silla y me apoderé de la botella. La mujer no me miró; no dijo una sola palabra ni peleó tampoco; se volvió justamente a tiempo de ver la re-pentina llama que escupía el revólver. Oímos la deto-nación como si viniese de un punto muy distante.

Laura Burkell se deslizó hacia el suelo sin emitir el más leve murmullo. Tenía la boca ligeramente entre-abierta; su pelo blanco-azulado, suave y sedoso, se des-parramó por su cara como una máscara de muerte, ocultando los hinchados pliegues de su carne pálida.

Murphy se agachó y apartó el cabello muy suave-mente. Luego, con cierto aire reverente hizo dar una vuelta al cuerpo que agonizaba. Carraspeó un poco para aclarar la garganta y volvió a enderezarse.

—Caso que a alguno de ustedes se le ocurriese lar-garse de la ciudad, que no lo haga — declaró el poli-cía —. Estoy dispuesto a creer que alguien estará con las manos y la conciencia limpia, pero como es cosa que ignoro, no puedo dejarles marchar sin que me asegure de ello.

Por lo que a mí se refería, aquello era el fin de la aventura. Los hechos eran todos conocidos. El asunto estaba terminado. Lana le Vane ocultó los ojos tras sus manos cerradas. Vi que estaba llorando. En el aire vi-bró un suspiro profundo, amargo, enternecedor. Había salido de la garganta de Bunty Moran. Un minuto des-pués la dama encendía otro cigarrillo. Por lo visto, en Gulch City no suelen usar eso que se llama corazón.

Eché una postrer mirada a Laura Burkell, la mujer que quería ser una buena esposa y que terminó siendo una refinada asesina.

Allí yacía la muchacha con la que Oswald Burkell se había casado; la jovencita que había luchado con-tra la rancia tradición de Boston y que escapó de ella para entrar en la cárcel de la que Burkell era alcaide. Su rostro era ahora diminuto y enjuto, no obstante lo cual sus abiertos ojos reflejaban una felicidad que nun-ca había conocido en toda su vida. Mientras la contem-plaba se me ocurrió pensar que en aquella su última expresión, había un levísimo parecido con la joven Si-donie, la rubia color de miel que tenía que haber sido su hija y no lo fue.

FIN



*Mírelo bien. La bala
que pienso alojarle en
el corazón brillaría
tanto como ésto si los
dos pudiésemos verla.*

Y en los ojos del hom-
bre chispeaba la

TRÁGICA OBSESIÓN

que le producía la vi-
sión de aquella piedra
ensangrentada...

TRÁGICA OBSESIÓN

título tras el que palpitan los inigualables
episodios de una aventura cruel, intensa, apa-
sionante como ninguna otra...

...es el del próximo número de

COLECCIÓN DETECTIVE

DANNY SPADE

el autor de

TRÁGICA OBSESIÓN

ocupará en seguida un lugar entre sus favo-
ritos porque usted nunca olvidará la lectura
de esta obra.

¡Encargue hoy mismo a su proveedor habi-
tual un ejemplar de

TRÁGICA OBSESIÓN!

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

- Núm. 338 - Agatha Mar.
■ **ALMAS EN PELIGRO**
Núm. 339 - May Carré.
■ **FEUCHA**
Núm. 340 - María Teresa Largo.
○ **SIN FÉ**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

- Núm. 178 - Corín Tellado.
■ **PRISIONERO EN SUS REDES**
Núm. 179 - María Lar.
■ **SI NO ANOCHECIERA**
Núm. 180 - Carlos de Santader.
○ **NOCHE OSCURA**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN BISONTE

- Núm. 279 - Raf Segram.
■ **EL AVENTURERO LOCO**
Núm. 280 - John F. Abbat.
■ **EL SECRETO DEL "GOLD MILL"**
Núm. 281 - Fidel Prado.
○ **MUERTE CITY**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

- Núm. 143 - A. Roicest.
■ **EL SECTOR CONDENADO**
Núm. 144 - Andrew Castle.
■ **DEMASIADO TARDE**
Núm. 145 - Kent Miller.
○ **¡TRAICIÓN!**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN MADREPERLA

- Núm. 234 - Matilde Redón.
■ **ESCANDALO EN EL «SIROCO»**
Núm. 235 - Trini de Figueroa.
■ **PARAISO EN TRES ETAPAS**
Núm. 236 - Desabel.
○ **CAMINO DEFINITIVO**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

- Núm. 64 - Bárbara Santromán.
■ **RELATO SENTIMENTAL**
Núm. 65 - César Monterrey.
■ **LA LLAMA DE LA DISCORDIA**
Núm. 66 - Sergio Duval.
○ **TRAS EL TABIQUE**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN DETECTIVE

- Núm. 22 - Vic Peterson.
■ **EL AMABLE PISTOLERO**
Núm. 23 - Brent Channing.
■ **DARDOS SINIESTROS**
Núm. 24 - Denny Spade.
○ **TRÁGICA OBSESIÓN**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

- Núm. 17 - Georgina Rann.
■ **¡MÍA SERÁS!**
Núm. 18 - María Marfí.
■ **MI TRIUNFO ERES TÚ**
Núm. 19 - M.ª Adela Durango.
○ **MERCADO DE ESCLAVAS**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.

Notes

[←1]

○ Literalmente: "agonía". Se llama así en términos familiares la sección general de un periódico que contiene noticias personales.

[←2]

() *Gowns, vestidos de señora.*

[←3]

O *Lean “Let the dead sleep on” («La tumba de los diamantes») Numero
5 de esta colección.*

[←4]

O *Billetes de mil dólares.*

[←5]

O *Del East End de Londres, barrios bajos.*

[←6]

O «*La bahía del hombre muerto*».

[←7]

O “Perros calientes”, en realidad, embutidos.

[←8]

() *Juego de palabras intraducible. En inglés, "socio comanditario" es "sleeping-partner", literal-mente, "socio durmiente". (N. del T.).*

